COLECCIÓN UNIVERSAL

R. DOZY

Historia
de los musulmanes de España
hasta la conquista de los Almoravides

TOMO IV Y ULTIMO

La traducción del francés ha sido
hecha por Magdalena Fuentes.



MADRID, 1920

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID

LIBRO CUARTO Y ULTIMO

LOS REINOS DE TAIFAS (1)

I

Hacía muchos años que las provincias de la España musulmana se hallaban involuntariamente abandonadas a sí mismas. En general, el pueblo se afligía de esto, pensaba con espanto en el porvenir y sentía nostalgia del pasado. Los capitanes extranjeros fueron los únicos que se aprovecharon de la desmembración de la península. Los generales berberiscos se repartieron el Mediodía; los eslavos reinaron en Levante, y el resto tocó en suerte, ya a advenedizos, ya al corto número de familias nobles que, por cualquier azar, habían resistido a los golpes que Abderrahman III y Al-

(1) El autor titula el cuarto tomo de esta obra *Les petits souverains;* pero, tratándose de un libro de historia española, me ha parecido más propio y castizo titularle *Los reinos de taifas,* por ser la denominación con que los modernos historiadores españoles denominan, generalmente, este período.—N. de la T.

manzor habían asestado a la aristocracia. Finalmente, las dos ciudades más importantes, Córdoba y Sevilla, se habían constituído en repúblicas.

Los hamuditas eran, aunque sólo de nombre, los jefes del partido berberisco. Pretendían tener derecho a todas las comarcas árabes de la península; pero, en realidad, no poseían más que la ciudad de Málaga y su término. Sus vasallos más poderosos eran los príncipes de Granada: Zaui, que elevó esta población a la categoría de capital (1), y su sobrino Habus, que le sucedió. Había, además, príncipes bereberes en Carmona, Morón y Ronda. Los aftasidas, que reinaban en Badajoz, pertenecían a la misma nación; pero, completamente arabizados, se atribuían un origen árabe y ocupaban una posición bastante aislada.

En el partido opuesto, los hombres más notables eran: Jairan, príncipe de Almería; Zohair, que le sucedió en 1028, y Mochehid, príncipe de Denia y de las Baleares. Este último, el mayor pirata de su tiempo, se hizo célebre por sus expediciones a Cerdeña y a las costas de Italia, así como por la protección que dispensó a los literatos. Otros eslavos reinaron al principio en Valencia; pero, en 1021, fué proclamado rey Abdalaziz, nieto del célebre Almanzor (2). En Zaragoza, una noble familia árabe, la de los Beni-Hud,

---

(1) Hasta entonces Elvira había sido la capital de la provincia; pero habiendo sufrido mucho esta ciudad con la guerra civil, emigraron sus habitantes hacia el año 1010 y se trasladaron a *Granada*.

(2) Su padre fué el infortunado Abderrahman-Sanchol.

alcanzó el poder después de la muerte de Mondir, ocurrida en 1039.

Finalmente, sin contar gran número de pequeños estados, existía además el reino de Toledo, donde reinó un tal Yaix hasta el año 1036, en que los Beni-Di-'n-nun tomaron posesión de él. Pertenecían a una antigua familia berberisca, que había tomado parte en la conquista de España en el siglo VIII.

En Córdoba, después de abolido el califato, reuniéronse los principales vecinos y resolvieron confiar el poder ejecutivo a Aben-Chanars, cuya capacidad era reconocida universalmente. El rehusó al principio la dignidad que se le ofrecía, y cuando cedió al fin a las instancias de la asamblea, fué sólo a condición de que le diesen por compañeros dos miembros del Senado, pertenecientes a su familia, es decir, Mohámed ben-Abas y Abdalaziz ben-Hasan. La asamblea consintió en ello; pero estipulando que ambos tendrían solamente voto consultivo.

El primer cónsul gobernó la república con equidad y prudencia, y, gracias a él, los cordobeses no tuvieron que quejarse de la brutalidad de los berberiscos. Su primer cuidado había sido licenciarlos, reteniendo tan sólo a los Beni-Iforen, con cuya obediencia podía contar, y reemplazando a los demás por una milicia cívica. En apariencia, dejó subsistir las instituciones republicanas. Cuando se le pedía un favor: "No soy yo quien puede concederlo—respondía—; eso atañe al Senado, y yo

no soy más que el ejecutor de sus órdenes." Cuando recibía una comunicación oficial dirigida a él sólo, rehusaba enterarse de ella, diciendo que debía ir dirigida a los visires. Antes de adoptar una resolución, consultaba siempre al Senado. Jamás se daba tono de príncipe, y, en vez de habitar el palacio real, permaneció en la modesta casa que siempre había ocupado. Sin embargo, en realidad era ilimitado su poder, porque al Senado nunca se le ocurría contrariarle. Su probidad era rígida y escrupulosa; no quería que el tesoro público estuviera en su casa, y confió su custodia a los hombres más respetados de la ciudad. Cierto que era aficionado al dinero, pero nunca el interés le indujo a nada indecoroso. Económico y circunspecto, por no decir avaro, duplicó su fortuna, llegando a ser el hombre más rico de Córdoba; pero, al mismo tiempo, hacía esfuerzos laudables para restablecer la prosperidad pública. Esforzábase en mantener amistosas relaciones con los estados vecinos, y lo consiguió tan bien, que el comercio y la industria gozaron al poco tiempo de la seguridad que tanto necesitaban. Con esto bajaron los precios de los géneros, y Córdoba se repobló con nuevos habitantes, que reconstruyeron algunos de los barrios, demolidos o incendiados por los bereberes durante el saqueo de la ciudad (1). Mas, a pesar de esto, la antigua capital del califato no recuperó su preponderancia política. El primer pues-

(1) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basam, t. I, fol. 157 r. y v.; Abd-al-Uahid, pp. 42-43.

to perteneció desde entonces a Sevilla, en cuya historia habremos de ocuparnos principalmente.

La suerte de Sevilla había estado ligada durante largo tiempo a la de Córdoba. Lo mismo que la capital, había obedecido sucesivamente a soberanos de la familia ommíada y hamudita; pero la revolución de Córdoba en 1023 repercutió en Sevilla. Habiéndose sublevado los cordobeses contra Casim el Hamudita, y habiéndole arrojado de su territorio, este príncipe decidió refugiarse en Sevilla, donde se hallaban dos hijos suyos con una guarnición berberisca, mandada por Mohámed aben-Ziri, de la tribu de Iforen. En consecuencia, ordenó a los sevillanos evacuar mil casas, que debían ser ocupadas por sus tropas. Esta orden causó un descontento tanto más vivo cuanto que los soldados de Casim—los más pobres de su raza—tenían la triste reputación de ser grandes saqueadores. Córdoba acababa de mostrar a los sevillanos la posibilidad de sacudir el yugo, y estaban tentados a seguir el ejemplo de la capital. El temor a la guarnición berberisca los detenía aún; pero el cadí de la ciudad, Abu-'l-Casim Mohámed, de la familia de los Beni-Abad, consiguió sobornar al jefe de esta guarnición. Le dijo que le sería fácil hacerse dueño de Sevilla, y desde entonces Mohámed aben-Ziri se declaró dispuesto a secundarle. El cadí se alió también con el comandante berberisco de Carmona, y entonces los sevillanos, ayudados por la guarnición, tomaron las armas contra los hijos de Casim, cuyo palacio sitiaron.

Cuando llegó a las puertas de Sevilla, que encontró cerradas, Casim procuró ganarse a los habitantes con promesas; pero no lo consiguió, y, como sus hijos estaban expuestos a un inminente peligro, se comprometió, por último, a evacuar el territorio sevillano con tal que le devolvieran sus hijos y sus bienes. Los sevillanos accedieron a ello, y, habiéndose retirado Casim, aprovecharon la primera ocasión para echar a la guarnición berberisca (1).

Habiéndose libertado así la ciudad, los patricios se reunieron para constituir un gobierno. Sin embargo, no estaban tranquilos acerca de las consecuencias de su rebelión, pues temían que volviesen muy pronto los hamuditas irritados para castigar a los culpables; así que ninguno se atrevió a echar sobre sí la responsabilidad de lo ocurrido, poniéndose todos de acuerdo para hacerla recaer únicamente sobre el cadí, cuyas riquezas envidiaban, previendo, con secreto placer, el instante en que dichas riquezas fuesen confiscadas (2). Ofrecióse, pues, al cadí la autoridad soberana; pero cualquiera que fuese su ambición, era demasiado prudente para aceptarla en aquellos momentos. Su origen no era ilustre. Era muy rico, porque poseía el tercio del territorio sevillano, y gozaba de gran consideración por su saber y su talento; pero su familia no pertenecía, sino desde

(1) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basam, t. I, fol. 129 r.; *Abad*, tomo II, pp. 32, 208, etc.
(2) *Abad*, t. I, p. 221.

hacía poco, a la alta nobleza, y comprendía que, no teniendo soldados a su disposición—y aun no los tenía—, la exclusivista y orgullosa aristocracia de Sevilla se sublevaría pronto contra un advenedizo. Y en verdad que no era otra cosa. Cierto que después, cuando los abaditas estuvieron a punto de restablecer en provecho propio el trono de los califas, ellos pretendieron descender de los antiguos reyes lajmitas, que, antes de Mahoma, habían reinado en Hira; cierto que los famélicos poetas de su corte aprovechaban todas las ocasiones para celebrar tan ilustre origen; pero no justifica semejante pretensión: los abaditas y sus aduladores no pudieron probarla jamás. Todo lo que esta familia tenía de común con los antiguos reyes de Hira es que pertenecía, como ellos, a la tribu yemenita de Lajm; pero la rama de esta tribu, de la cual procedían los abaditas, parece que no había habitado nunca en Hira, sino en Arix, en las fronteras de Siria y Egipto, distrito de Emesa (1), y los abaditas, lejos de poder enlazar su genealogía con la de los reyes de Hira, no lograron nunca remontarla más allá de Noaim, padre de Itaf, capitán de una división de las tropas de Emesa, que había llegado a España con Balch. y, habiendo recibido los soldados de Emesa tierras cerca de Sevilla, él se estableció en la aldea de Yamin, situada en el distrito de Tocina, a orillas del Guadalquivir. Siete generaciones de gen-

(1) *Abad,* t. I, p. 220, cf. Caussin, t. III, pp. 212, 422.

tes honradas, económicas y laboriosas sacaron a la familia, lenta y penosamente, de la obscuridad. Ismael, padre de nuestro cadí, fué el primero que la ilustró, el que, por así decirlo, hizo inscribir en el *libro de oro* de la nobleza sevillana el nombre de los Beni-Abad o abaditas (1). A la vez teólogo, jurisconsulto y guerrero, había mandado un regimiento de la guardia de Hixem II, y después había sido imán de la gran mezquita de Córdoba y cadí de Sevilla. Renombrado por su clarividencia, por su sagacidad, por la prudencia de sus consejos y la firmeza de su carácter, no lo era menos por su probidad; porque, a despecho de la general corrupción, no aceptó nunca ningún donativo del califa ni de sus ministros. Su liberalidad no tenía límites, y los cordobeses desterrados encontraban en su casa hospitalidad generosa. Todas estas cualidades le valieron el título del hombre más noble de Occidente. Había muerto en 1019, poco antes de la época de que tratamos (2).

Su hijo Abu-'l-Casim Mohámed acaso igualó al padre en saber, pero no en virtudes. Egoísta y ambicioso, su primer acto había sido un acto de ingratitud. Cuando murió su padre, y esperaba sucederle como cadí, fué preferido otro. Dirigióse a Casim aben-Hamud, y, gracias a la intervención de este príncipe, obtuvo el empleo que deseaba (3). Ya hemos visto cómo correspondió después a este favor.

---

(1) Abad era el tatarabuelo de Ismael.
(2) *Abad*, t. I, pp. 220, 381 y sigs.; t. II, p. 173.
(3) *Abad*, t. I, p. 221.

Los patricios de Sevilla le ofrecían ahora el poder; pero él, adivinando los motivos, les respondió que no podía aceptar su ofrecimiento, por honroso que fuese, sino a condición de que le asociasen algunas personas que él designaría. "Estas personas—añadió—serían sus visires y sus colegas, y no tomaría ninguna resolución sin consultarlos." A pesar suyo, los sevillanos se vieron obligados a aceptar esta proposición, porque el cadí se negó enérgicamente a gobernar solo. Rogáronle entonces que nombrase sus colegas, y designó a los jefes de algunas familias patricias, tales como los Hozanies y los Aben-Hachach, y a algunas personas que se consideraban como hechuras suyas, o al menos como sus partidarios, tales como Mohámed aben-Yarin, de la tribu de Alhan, y Abu-Becr Zobairi, el célebre gramático, que había sido preceptor de Hixem II (1). Hecho esto, su primer cuidado fué procurarse tropas. Gracias a la buena paga que les prometía, atrajo a sus banderas a muchos soldados árabes, berberiscos y de otras procedencias, y compró además muchos esclavos que hizo adiestrar en el ejercicio de las armas (2). Una expedición dirigida al Norte, probablemente con otros príncipes, le proporcionó el medio de engrosar este núcleo de ejército. En aquella expedición sitió dos castillos al norte de Viseo, construídos uno frente a otro sobre dos rocas separadas por un barranco, y deno-

(1) Abd-al-Uahid, p. 65; *Abad,* t. I, p. 221.
(2) *Abad,* t. I, p. 221.

minadas *al-ajauen* o *al-ajouen*, los *dos hermanos*, nombre que se ha conservado en la denominación actual de *Alafoenz* (1). Estaban habitados por españoles cristianos, cuyos ascendientes habían firmado un tratado con Muza aben-Nosair, cuando este general conquistó a Viseo (2); pero en la época de que hablamos no parece que estaban sometidos al rey de León ni a ningún príncipe musulmán. El cadí se hizo dueño de estas dos fortalezas, y obligó a trescientos de sus defensores a entrar a su servicio (3), de suerte que desde entonces pudo disponer de quinientos jinetes. Tenía, pues, bastantes soldados para hacer correrías por los vecinos dominios (4), pero no para defender a Sevilla contra un ataque fuerte. Esto es lo que ocurrió en 1027, cuando el califa hamudita Yahya ben-Alí y el señor berberisco de Carmona, Mohámen ben-Abdala, fueron a sitiar a Sevilla (5). Demasiado débiles para oponer una larga resisten-

---

(1) Los españoles y los portugueses suelen emplear la letra f en vez de la gutural árabe kh; véase mi Glosario de Ben-Adari, p. 23. Por lo demás, se recordará que en la orilla derecha del Rin, cerca de Caub, hay también dos castillos, Liebenstein y Sternberg, llamados *los hermanos*—die Bruder—.

(2) La conquista de Viseo por Muza fué mencionada por Macari, t. I, p. 174.

(3) Sisenando, del cual habla el monje de Silos—c. 90—, y que, después de haber abandonado el servicio de Motadid por el de Fernando I, llegó a ser gobernador de Coimbra, era, según toda probabilidad, uno de los cristianos de Alafoenz.

(4) *Abad*, t. II, p. 7. El autor refiere esto hablando de Motadid, hijo del cadí; pero se equivoca en este punto.

(5) *Abad*, t. II, p. 216. El autor árabe—Aben-Jaldun—, en vez de nombrar al cadí nombra aquí, por error, a Motadid, su hijo.

cia, los sevillanos entraron en negociaciones con Yahya, declarándose dispuestos a reconocer su soberanía, a condición de que no entrasen los berberiscos en la ciudad. Yahya consintió en ello; pero exigió como rehenes a algunos jóvenes patricios que respondiesen con su cabeza de la fidelidad de los sevillanos. Esta demanda difundió la consternación en la ciudad; ningún patricio quería entregar su hijo a los bereberes, que podían matarle a la menor sospecha. Tan sólo el cadí no vaciló, ofreciendo a Yahya su hijo Abad; y el califa, sabiendo que el cadí gozaba de gran influencia, se contentó con este único rehén. Gracias a aquel acto de abnegación, el cadí vió acrecentada su popularidad. Y no teniendo desde entonces nada que temer ni de los nobles ni del califa, pues reconocía su soberanía en apariencia, creyó llegado el momento de reinar solo. Descartados ya del consejo algunos patricios, como Ben Hachach y Hozani, no le quedaban más que dos colegas: Zobaidi y Aben-Yarim. Los despidió, y Zobairi fué además desterrado (1). Un plebeyo de los alrededores de Sevilla, llamado Habib, fué nombrado primer ministro. Era un hombre sin principios, pero inteligente, activo y adicto en absoluto a los intereses de su señor (2).

El cadí quiso en seguida ensanchar su territorio, apoderándose de Beja, ciudad que en los úl-

(1) Fué primero a Cairauan y después a Almería, donde llegó a ser cadí. Véase Abad, t. I, p. 234, nota 49.
(2) *Abad*, t. I. p. 223.

timos tiempos había sufrido mucho, lo mismo que en el siglo IX, por la guerra civil entre árabes y renegados, y había sido expoliada y destruída en parte por los bereberes que habían recorrido el país saqueando e incendiando cuanto encontraban al paso. Tenía el cadí intención de reconstruirla; pero, informado de su proyecto, Abdala ben-al-Aftas, príncipe de Badajoz, envió allí tropas mandadas por su hijo Mohámed—que le sucedió después con el nombre de Moddafar—, y estas tropas habían ya tomado posesión de Beja, cuando Ismael, el hijo del cadí, se presentó ante las puertas con el ejército de Sevilla y con el del señor de Carmona, aliado de su padre. Inmediatamente comenzó el asedio, haciendo que la caballería saquease los pueblos situados entre Evora y el mar. A pesar del refuerzo que había recibido del señor de Mertola, llamado Aben-Taifur, Mohámed el Aftasita fué muy desgraciado, y, después de haber perdido a sus mejores guerreros, cayó en manos de sus enemigos y fué enviado a Carmona.

Enardecidos por los éxitos alcanzados, el cadí y su aliado hicieron incursiones, no sólo por el territorio de Badajoz, sino también por el de Córdoba, hasta el punto de que el gobierno de esta ciudad tuvo que tomar a su servicio a los bereberes de la provincia de Sidona. Algún tiempo después firmaron, no obstante, la paz, o al menos un armisticio con el aftasita, y entonces Mohámed salió de su prisión con el consentimiento del cadí—marzo de 1030—. Al anunciarle que estaba libre, el señor de

Carmona le recomendó que pasase por Sevilla y diese gracias al cadí; pero Mohámed sentía hacia éste tal aversión, que respondió al berberisco: "Prefiero morir siendo tu prisionero, que contraer ninguna obligación con ese hombre. Si no es a ti sólo a quien debo mi libertad, si también tengo que agradecérsela al cadí de Sevilla, permaneceré donde estoy." El señor de Carmona, respetando sus sentimientos y sin insistir más, mandó conducirle a Badajoz con todos los honores inherentes a su jerarquía.

Cuatro años después, en 1034, Abdala el aftasita se vengó, pero de una manera poco noble, de los reveses experimentados. Había concedido al cadí paso para su ejército, que, a las órdenes de Ismael, debía hacer una correría por el reino de León; pero cuando Ismael llegó a un desfiladero, no lejos de la frontera leonesa, le atacó de improviso. Muchos soldados sevillanos fueron muertos; otros, asesinados en su fuga por los jinetes leoneses. El mismo Ismael escapó de la carnicería con un puñado de guerreros; pero mientras se dirigía a Lisboa, ciudad fronteriza al noroeste de los estados de su padre, él y los suyos tuvieron que sufrir las mayores privaciones.

Desde entonces el cadí se convirtió en el más mortal enemigo del príncipe de Badajoz (1); pero

(1) Abad, t. I, pp. 223, 225; Aben-Jaldun—Abad, t. II, páginas 209, 216—dedica también algunas palabras a estos acontecimientos; pero, en vez de nombrar al cadí, nombra a su hijo Motadid.

no poseemos detalles sobre las batallas que se dieron más adelante, y sin duda esta guerra no tuvo en la España musulmana consecuencias tan importantes como un acontecimiento de otro orden de que ahora vamos a ocuparnos.

El cadí, como ya hemos dicho, había reconocido la soberanía del califa hamudita Yahya ben-Ali. Esto había sido durante mucho tiempo un acto sin ninguna consecuencia; el cadí reinaba sin fiscalización en Sevilla, pues Yahya era demasiado débil para hacer valer allí sus derechos. Tal estado de cosas cambió poco a poco. Yahya logró atraer sucesivamente a su causa a todos los jefes berberiscos; llegó a ser, en realidad, lo que antes había sido de nombre: el jefe de todo el partido africano, y como había establecido su cuartel general en Carmona, de donde había arrojado a Mohámed ben-Abdala (1). amenazó a la vez a Córdoba y a Sevilla (2).

La gravedad del peligro inspiró entonces al cadí un pensamiento que hubiera sido grande y patriótico si no se lo hubiese sugerido, en parte, la ambición. Para impedir a los berberiscos, unidos ahora, reconquistar el terreno perdido, era necesaria la unión de los árabes y los eslavos bajo un solo jefe, como único medio de preservar al país de volver a sufrir los males que había padecido. El cadí lo conocía; deseaba que se formase una

---

(1) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basam, t. I, fol. 81 r. y v., 82 r.

(2) Abd-al-Uahid, pp. 37-38; Abad, t. I, p. 222, l. 22.

gran liga en que entraran todos los enemigos de los africanos; pero al mismo tiempo quería ser su jefe. No ignoraba los obstáculos que tenía que vencer; sabía que los príncipes eslavos, los señores árabes y los senadores de Córdoba se sentirían heridos en su desconfiado orgullo si trataba de dominarlos; pero no se desalentó por estas consideraciones, y como las circunstancias le prestaban un poderoso apoyo, consiguió hasta cierto punto realizar su proyecto. Veamos lo que hizo.

Hemos dicho antes que el desgraciado califa Hixem II se había evadido de palacio durante el reinado de Solimán, y, según las apariencias, había muerto en Asia ignorado y desconocido. Sin embargo, el pueblo, adicto siempre a la dinastía ommíada, que le había proporcionado prosperidad y gloria, se resistía a creer en la muerte de este monarca, y acogía ávidamente los extraños rumores que circulaban sobre él. Había algunos que se preciaban de poder dar los detalles más precisos de su permanencia en Asia. Primero, decían, había ido a la Meca, provisto de una bolsa repleta de dinero y piedras preciosas; pero, habiéndosela quitado los negros de la guardia del emir, pasó dos días y dos noches sin comer, hasta que, compadecido un alfarero, le preguntó si sabía amasar el barro. Hixem le respondió al azar que sí. "Pues bien—dijo entonces el alfarero—, si quieres entrar a mi servicio, te daré un *dirhem* y un pan diarios." "Acepto reconocido tu oferta—le respondió Hixem—, pero te suplico que me des en segui-

da un pan, porque llevo dos días sin comer." Durante algún tiempo, Hixem, aunque era un obrero muy perezoso, se ganó la vida en casa del alfarero; pero al fin, disgustado de su trabajo, se escapó, uniéndose a una caravana que iba a partir para Palestina. Llegó a Jerusalén completamente desnudo. Un día que se paseaba por el mercado, se detuvo ante la tienda en que trabajaba un esterero. "¿Por qué me miras con tal atención?—le preguntó aquel hombre? ¿Sabes acaso mi oficio?" "No—repuso tristemente Hixem—, y lo lamento, porque no tengo ningún medio de subsistencia." "Pues bien, quédate conmigo—replicó el esterero—; podrás serme útil yendo a buscarme juncos, y pagaré tus servicios." Hixem aceptó con júbilo esta proposición, y poco a poco aprendió a hacer esteras. Así transcurrieron muchos años, pero en 1033 regresó a España (1). Después de haberse dejado ver en Málaga (2), se trasladó a Almería, adonde llegó en 1035; pero, habiéndole expulsado de sus estados el príncipe Zobair, fijó su residencia en Calatrava (3).

Este relato, que el pueblo aceptaba con ciega credulidad, no parece merecer ninguna confianza. El hecho es que en la época en que Yahya amenazaba a Sevilla y a Córdoba había en Calatrava un esterero llamado Jalaf, que se parecía extraordinariamente a Hixem; pero nada prueba que

---

(1) Abad, t. II, pp. 127-128.
(2) Abad, t. II, p. 34.
(3) Abad, t. I, p. 222; t. II, p. 34.

aquel hombre fuese el ex califa, y los clientes ommíadas, tales como los historiadores Ben-Hayan y Ben-Hazm, aunque interesados en reconocer al supuesto Hixem, han protestado siempre, del modo más enérgico, contra esto que llamaban una grosera impostura. Jalaf, sin embargo, tenía ambición. Habiendo oído decir con frecuencia que se parecía mucho a Hixem, fingió ser este monarca, y, como no había nacido en Calatrava, sus convecinos le creyeron, y lo que es más, le reconocieron como soberano, rebelándose contra su señor, Ismael aben-Di-'n-nun, príncipe de Toledo. Este fué a sitiarlos; pero su resistencia no fué larga, y, haciendo salir de su ciudad al supuesto Hixem, se sometieron de nuevo a su antiguo señor (1).

Sin embargo, el papel de Jalaf no había terminado: no había hecho más que comenzar. En cuanto el cadí de Sevilla fué informado de la reaparición de Hixem II, comprendió inmediatamente el partido que podía sacarse de aquel hombre haciéndole venir a Sevilla. Le importaba poco que fuese o no fuese Hixem; para él lo esencial era que la semejanza fuera bastante grande para poder sostener, sin comprometerse mucho, que era Hixem, porque entonces podía organizarse en su nombre una liga contra los berberiscos, liga de que el cadí, como primer ministro del califa, sería el jefe y el alma. Por lo tanto, invitó al pretendiente a trasladarse a Sevilla, y le prometió su apoyo

(1) Abad, t. II, p. 34.

en el caso de que se comprobara su identidad. No se hizo rogar el esterero, y fué a Sevilla, donde el cadí le presentó a las mujeres del serrallo de Hixem. Sabiendo lo que tenían que decir, declararon casi todas que aquel hombre era realmente el ex califa, y entonces el cadí, apoyándose en su testimonio, escribió al Senado de Córdoba y a los señores árabes y eslavos, anunciándoles que Hixem II estaba con él, e invitándolos a tomar las armas en favor suyo (1). Este paso fué coronado por un brillante éxito, y la soberanía de Hixem reconocida por Mohámed ben-Abdala, príncipe destronado de Carmona, que se había refugiado en Sevilla (2); por Abdalaziz, príncipe de Valencia; por Mochehid, príncipe de Denia y de las Baleares, y por el señor de Tortosa (3). En Córdoba, el pueblo supo con entusiasmo que vivía aún. Menos crédulo y más celoso de su poder, el presidente de la república, Abu-'l-Hazm aben Chauar, no fué engañado con esta impostura; pero sabía que le sería imposible resistir a la voluntad del pueblo; comprendía la necesidad de la unión de los árabes y de los eslavos bajo un jefe único, y temía ver atacada Córdoba por los berberiscos. Por consiguiente, no se opuso a los deseos de sus conciudadanos, y permitió que se prestase nuevamente juramento a Hixem II—noviembre de 1035—(4)

---

(1) Abad, t. I, p. 222.
(2) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basan, t. I, fol. 81 r. y v.
(3) Abad, t. II, p. 34.
(4) Abad, t. I, p. 222; t. II, p. 34. Respecto a la fecha, véase la nota A al fin de este volumen.

En tanto, y mientras el partido eslavo árabe se armaba por doquiera contra él, Yahya sitiaba a Sevilla y asolaba su territorio, resuelto a vengarse ruidosamente del astuto cadí. Pero estaba rodeado de traidores. Los berberiscos de Carmona, a quienes había obligado a alistarse bajo sus banderas, eran muy adictos a su antiguo señor; mantenían inteligencias con él, y en octubre de 1035 algunos de ellos se fueron secretamente a Sevilla. Una vez allí informaron al cadí y a Mohámed ben-Abdala de que les sería muy fácil sorprender a Yahya, pues este príncipe estaba casi siempre ebrio. El cadí y su aliado decidieron aprovechar inmediatamente este aviso. En consecuencia, Ismael, hijo del cadí, se puso en marcha al frente del ejército sevillano, y acompañado de Mohámed ben-Abdala. Llegada la noche, se emboscó con el grueso de sus tropas y envió un escuadrón contra Carmona, con objeto de atraer a Yahya fuera de la plaza. Su proyecto tuvo éxito. Yahya estaba entretenido en beber cuando le informaron de la aproximación de los sevillanos, y, levantándose de su sofá, exclamó: "¡Qué felicidad! ¡Ben-Abad viene a devolverme la visita! ¡Que se armen al momento! ¡A caballo!" Fueron ejecutadas sus órdenes, y poco después salía de la ciudad acompañado de trescientos jinetes. Excitado por el vino, se precipitó sobre sus adversarios, sin tomarse tiempo para distribuir sus tropas en orden de batalla, y a pesar de que la obscuridad casi le impedía distinguir los objetos. Aunque algo desconcertados al

principio por tan brusco ataque, los sevillanos respondieron a él con vigor, y cuando al fin se vieron obligados a retirarse, retrocedieron hacia el sitio en que se hallaba Ismael. Desde entonces, Yahya estaba perdido. Ismael cayó sobre los enemigos a la cabeza de los cristianos de Alafoens y los derrotó, muriendo el mismo Yahya; y acaso la mayoría de sus soldados habrían compartido su suerte, si Mohámed ben-Abdala no lo hubiese impedido, rogando a Ismael que perdonase a aquellos desgraciados. "Casi todos—le dijo—son bereberes de Carmona, obligados, contra su voluntad, a servir a un usurpador a quien aborrecían." Ismael cedió a sus instancias y ordenó que cesase la persecución. Apenas dada esta orden, Mohámed galopó hacia Carmona para volver a apoderarse de su principado. Los negros de Yahya, que se habían hecho dueños de las puertas de la ciudad, quisieron impedirles la entrada; pero Mohámed, secundado por el pueblo, penetró por una brecha, se dirigió al palacio de Yahya, entregó las mujeres de este príncipe a sus hijos y se apropió todos sus tesoros—noviembre de 1035—.

La noticia de la muerte de Yahya causó indecible júbilo, tanto en Sevilla como en Córdoba. El cadí, cuando la recibió, cayó de rodillas, dando gracias al cielo, y cuantos le rodeaban siguieron su ejemplo (1). Por de pronto, no había nada que

---

(1) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basan, t. I, fol. 81 r., 82 r.; Abd-al-Uahid, pp. 38 y 43; *Abad,* t. II, p. 33. Compárese con la nota A al fin de este volumen.

temer de los hamuditas. Idris, hermano de Yahya, había sido proclamado califa en Málaga; pero necesitaba tiempo para atraerse, a fuerza de promesas y concesiones, a los jefes berberiscos, y ni aun se hallaba en estado de reducir a la obediencia a Algeciras, donde su primo Mohámed había sido proclamado califa por los negros (1). Viendo que las circunstancias le eran propicias, el cadí quiso instalarse con el supuesto Hixem II en el palacio real de Córdoba. Pero Aben-Chauar no tenía ganas de abdicar el consulado. Logró convencer a sus conciudadanos de que el pretendido califa no era más que un impostor; el nombre de Hixem II fué suprimido en las oraciones públicas, y cuando el cadí llegó a las puertas de la ciudad, las encontró cerradas. No siendo bastante poderoso para reducir a mano armada una ciudad tan importante, se vió obligado a volverse por donde había venido (2).

Entonces resolvió volver sus armas contra el único príncipe eslavo que se había negado a reconocer a Hixem II, o sea contra Zohair de Almería. Desde que el califa Casim, queriendo conciliarse el afecto de los amiritas, le dió muchos feudos, Zohair hizo de ordinario causa común con los amuditas, y cuando Idris fué proclamado califa, se apresuró a reconocerle (3). Amenazado ahora por

(1) Abd-al-Uahid, pp. 43, 45.
(2) Aben-Jaldun, fol. 25 v.
(3) Aben-Jaldun, fol. 22 v. Compárese con la carta que Zohair hizo escribir a su ministro Ben-Abas para los cordobeses, *apud* Aben-Basan, t. I, fol. 170 r. y v.

el cadí, concertó una alianza con Habus de Granada; y cuando se puso en marcha el ejército sevillano, salió a su encuentro con sus propias tropas y con las de su aliado y le obligó a retirarse (1).

Era evidente que el cadí había confiado demasiado en sus fuerzas, y podía temer que llegase el momento en que los ejércitos de Almería y Granada, tomando a su vez la ofensiva, invadieran el territorio sevillano. Afortunadamente para él, el azar, que le servía casi siempre a medida de sus deseos, quiso que uno de sus enemigos le librase del otro.

II

En la época de que hablamos, dos hombres igualmente notables, pero que se odiaban mortalmente, dirigían los asuntos de Granada y Almería. Eran el árabe Ben Abas y el judío Samuel.

Rabi Samuel ha-Levi, llamado ordinariamente Aben-Nagdela, había nacido en Córdoba, donde había aprendido el Talmud con el rabino Hanoj, jefe espiritual de la comunidad judía. También se había aplicado con gran éxito al estudio de la literatura árabe y de casi todas las ciencias cultivadas entonces. Por otra parte, no había sido durante mucho tiempo otra cosa que un simple droguero, primero en Córdoba, luego en Málaga,

(1) *Abad*, t. II, p. 34.

donde se estableció después de la toma de la capital por los berberiscos de Solimán, cuando un afortunado azar vino a sacarle de su humilde condición.

Su tienda se hallaba cerca de un castillo perteneciente a Abu-'l Casim ben-al-Arif, visir de Habus, rey de Granada. Como la gente de este castillo tenía muchas veces que escribir a su señor, y eran iliteratos, hacían redactar sus cartas a Samuel. Estas cartas excitaron la admiración del visir, porque estaban escritas con la mayor elegancia y esmaltadas artísticamente con las más bellas flores de la retórica árabe. Así que cuando tuvo ocasión de ir a Málaga se apresuró a informarse de quién las había escrito, y llamando al judío, le dijo: "No es digno de ti estar en una tienda. Mereces brillar en la corte, y si quieres, serás mi secretario." Samuel acompañó al visir cuando éste regresó a Granada, y la simpatía que había sentido hacia él se acrecentó cuando en sus conversaciones sobre negocios de estado descubrió en él un raro conocimiento de los hombres y de las cosas y un golpe de vista verdaderamente maravilloso. "Todos los consejos que daba Samuel era como si alguien interrogase la palabra de Dios", dice un historiador judío. Por eso, el visir los seguía siempre, y nunca tuvo más que motivos de elogio. Después, habiendo caído enfermo y comprendiendo que se aproximaba su fin, dijo al rey que había venido a visitarle y que no sabía cómo reemplazar al fiel servidor que iba a perder. "Se-

ñor, en estos últimos tiempos no te he aconsejado por mi propia cuenta, sino por inspiración de mi secretario, el judío Samuel. Fija en él tu atención, porque será para ti un padre y un ministro; haz cuanto te diga, y Dios te ayudará." El rey Habus siguió este consejo, alojó a Samuel en su palacio, y el judío llegó a ser su secretario y su inspirador (1).

En ningún otro estado musulmán había gobernado un judío directa y públicamente con el título de visir y de canciller. Cierto que con frecuencia los judíos habían gozado de cierta consideración cerca de los príncipes musulmanes, que solían confiarles, sobre todo, la administración de las rentas; pero de ordinario la tolerancia musulmana no llegaba hasta el punto de consentir pacientemente que un judío fuese primer ministro. Pero también si esto había de ser posible en alguna parte tenía que ser en Granada. Los judíos eran allí tan numerosos, que la denominaban la "ciudad de los judíos" (2); y como eran poderosos y ricos, intervenían muy a menudo en los asuntos del Estado. Allí, en una palabra, habían encontrado, si no la tierra prometida, al menos el maná del desierto y la roca de Horeb. La elevación de Samuel tenía aún otra explicación. Para el rey de Granada no era fácil hallar un primer ministro; porque, a decir verdad, no podía confiar tan importante car-

(1) *Journal Asiat.*, serie IV, t. XVI, pp. 203-205—artículo de M. Munk—.
(2) Crónica del Moro Rasis, p. 37.

go ni a un bereber ni a un árabe. En aquel tiempo se exigía que un ministro fuese muy ilustrado, que fuera capaz de redactar las cartas destinadas a otros príncipes, y que se escribían en prosa rimada y en un estilo sumamente rebuscado. El rey de Granada prefería, sobre todo, esta clase de talento. Parecía un advenedizo, que tratara de darse tono de gran señor, y, por lo mismo que era semibárbaro, se preocupaba mucho de no parecerlo. Preciábase de ser algo literato, y hasta pretendía que la nación de que era oriundo—la de Cinhecha—no era de origen berberisco, sino árabe (1). Necesitaba a toda costa un ministro que no fuese inferior a los de sus vecinos; pero ¿dónde encontrarlo? Sus berberiscos sabían batirse, conquistar, saquear e incendiar ciudades; pero eran incapaces de escribir correctamente una sola línea en la lengua del Corán. Respecto a los árabes, que soportaban su yugo trémulos de ira y de vergüenza, no podía fiarse de ellos. Hubieran creído honrarse engañándole y vendiéndole. En estas circunstancias, un judío como Samuel, que, según el testimonio de los mismos sabios árabes, dominaba todas las sutilezas de su lengua, y que por celoso que fuera de su religión, cuando escribía a musulmanes no sentía escrúpulo al emplear las fórmulas religiosas que eran de ritual (2), tenía que ser para él un verdadero tesoro. Y no tuvo que aver-

(1) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basan, t. I, fol. 122 r.
(2) Véase mi Introducción a la Crónica de Ben-Adari, página 97.

gonzarse de haberlo elevado a la categoría de primer ministro: su elección fué aprobada por los mismos árabes, que, a pesar de su intolerancia y de sus prejuicios contra los hijos de Israel, se vieron obligados a confesar que Samuel era un genio superior. Verdaderamente su saber era inmenso, variado, pues era matemático, lógico, astrónomo (1), y sabía nada menos que siete lenguas (2). Unase a esto que era muy generoso con los poetas y con los literatos en general; así que aquellos a quienes había colmado de favores no le regateaban sus elogios, y el poeta Monfatil hasta le dirigió estos versos, que los escritores musulmanes citan con un santo horror:

"¡Oh, tú, que has reunido todas las buenas cualidades que los demás sólo en parte poseen; tú, que has devuelto la libertad a la generosidad cautiva; tú, que eres tan superior a los hombres más generosos de Oriente y Occidente, como el oro es superior al cobre! ¡Ah si los hombres pudieran distinguir lo verdadero de lo falso, no pondrían su boca más que sobre tus dedos! En vez de pretender agradar a Dios, besando en la Meca la piedra negra, besarían tus manos, porque ellas son las que disponen de la felicidad. Gracias a ti he obtenido aquí abajo lo que deseaba, y espero que, gracias a ti, obtendré allá arriba lo que deseo. Cuando me hallo cerca de ti y de los tuyos, profeso

---

(1) *Vid.* mi Introducción a la Crón. de Ben-Adari, páginas 96-97.

(2) *Journ. Asiat.*, p. 209, en la nota.

abiertamente la religión que prescribe observar el sábado, y cuando estoy cerca de mi mismo pueblo, la profeso secretamente." (1).

Pero lo que los árabes no podían estimar en su justo valor eran los servicios que Samuel prestaba a la literatura hebraica. Y eran importantísimos. Publicó en hebreo una introducción al Talmud y veintidós obras de estudios gramaticales, entre las cuales la más extensa y notable era el *Libro de la riqueza*, que un juez competentísimo, un correligionario de Samuel, que floreció en el siglo XII, pone por cima de todos los demás tratados de gramática. Era también poeta; escribió imitaciones de los Salmos de los Proverbios y del Eclesiastés. Henchidas de alusiones, de proverbios árabes, de sentencias tomadas de los filósofos, de raras expresiones sacadas de los poetas sagrados, estas poesías eran muy difíciles de comprender; aun los más sabios judíos no podían penetrar su sentido sin la ayuda de un comentario (2); pero como la afectación y el alambicamiento eran entonces tan comunes en la literatura hebrea como en la árabe, que le servía de modelo, la obscuridad se consideraba más como un mérito que como un defecto. Velaba, además, con paternal solicitud por los estudiantes judíos, y, si eran pobres, subvenía generosamente a sus necesidades. Tenía a su servicio escribientes que copiaban la Michna y el

(1) Aben-Basam, t. I, fol. 200 r.
(2) *Journ. Asiat.*, pp. 222-224.

Talmud, y regalaba estas copias a los alumnos que no tenían recursos para comprarlas. No se limitaban sus beneficios a sus correligionarios de España. En Africa, en Sicilia, en Jerusalén, en Bagdad, en todas partes, los judíos podían contar con su apoyo y sus liberalidades (1). Por eso los judíos del principado de Granada, queriendo darle una prueba de su estimación y reconocimiento, le habían conferido desde el año 1027 el título de *naghid*, es decir, el de jefe o príncipe de los hebreos granadinos.

Como hombre de Estado, unía a un espíritu lúcido y sagaz un carácter firme y una prudencia consumada. De ordinario—cualidad preciosa en un diplomático — hablaba poco y pensaba mucho. Aprovechaba todas las circunstancias con arte maravilloso; conocía el carácter y las pasiones de los hombres y los medios de dominarlos por sus vicios. Era, además, un hombre de mundo; en los magníficos salones de la Alhambra se encontraba tan a su gusto, que se le hubiera creído nacido en la riqueza. Nadie hablaba con más habilidad y elegancia, ni manejaba mejor la adulación, ni sabía con tanto arte ser halagador o familiar en el discurso, arrastrando con su elocuencia y con sus persuasivos argumentos. Y, sin embargo—cosa rara en aquellos a quienes la rueda de la Fortuna ha elevado a una súbita opulencia y a una alta dignidad—, no tenía ni la altivez ni la fatuidad

(1) *Journ. Asiat.*, p. 209.

insolente y necia, tan frecuente en los advenedizos. Bondadoso y amable con todos, poseía la dignidad verdadera, que resulta de la naturalidad, de la carencia absoluta de pretensiones. Lejos de avergonzarse de su primitiva condición y de quererer ocultarla, se gloriaba de ella, y con su sencillez se imponía a sus mismos detractores (1).

También Zohair, visir de Almería, era un hombre muy notable. Decíase de él que no tenía igual en cuatro cosas: el estilo epistolar, la riqueza, la vanidad y la avaricia. Su riqueza era, en efecto, casi fabulosa, pues su fortuna se valuaba en más de quinientos mil ducados (2). Su palacio estaba amueblado con magnificencia principesca y atestado de sirvientes; tenía quinientas cantadoras, todas de rara belleza; pero lo que admiraba más era una inmensa biblioteca que, sin contar con innumerables cuadernos sueltos, contenía cuatrocientos mil volúmenes. Parecía que no debía faltarle nada para ser feliz a este favorito de la Fortuna. Era hermoso y joven aún, porque apenas contaba treinta años; su origen, muy noble, por pertenecer a la antigua tribu de los defensores de Mahoma; nadaba en oro, y además, como era muy instruído, como tenía la respuesta pronta y se expresaba con suma elegancia y corrección, gozaba de gran renombre literario. Pero, des-

---

(1) Véase mi Introducción a la Crónica de Ben-Adari, páginas 96-97.

(2) Cinco millones de francos; en el valor actual de nuestra moneda equivale a treinta y cinco millones.

graciadamente, una especie de vértigo se había apoderado de él; su presunción no tenía límites, y le había creado innumerables enemigos. Sobre todo, los cordobeses estaban furiosos contra él, porque una vez que había ido a su ciudad con Zohair había tratado con el mayor desdén a los hombres más distinguidos por su linaje o por su talento, y al marchar había dicho: "No he visto aquí más que *sail* y *chail*—mendigos e ignorantes—". El hecho es que su presunción rayaba casi en locura. "Aunque todos los hombres fuesen mis esclavos—decía en sus versos—, mi alma aun no estaría satisfecha. Desearía ascender a un lugar más elevado que las más lejanas estrellas, y una vez allí, querría subir todavía." Había compuesto también este verso, que repetía en cualquier ocasión, pero principalmente mientras jugaba al ajedrez:

"Cuando se trata de mí, la desgracia duerme siempre y tiene expresamente prohibido el herirme."

Desafío tan insolente, lanzado contra el destino, había excitado la indignación de todo el mundo en Almería, y un atrevido poeta, interpretando la opinión pública, substituyó la segunda mitad del verso con estas palabras, que entrañaban una verdadera profecía:

"Pero tiempo llegará en que el destino, que nunca duerme, la despierte—a la desgracia—."

Arabe de pura sangre, Ben-Abas aborrecía a los bereberes y menospreciaba a los judíos. Tal vez no quisiera precisamente que su señor se uniese a la liga arábigo-eslava, porque en este caso Zohair hubiese quedado obscurecido por el cadí de Sevilla, jefe de dicha coalición; pero, por lo menos, se indignaba al verle aliado con un bereber, que tenía por ministro a un judío a quien detestaba y de quien sabía era odiado. De acuerdo con Aben-Bacana (1), visir de los hamuditas de Málaga, intentó primero derribar a Samuel, inventando para conseguirlo innumerables calumnias, pero sin lograr su objeto. Entonces procuró enemistar a su señor con el rey de Granada, induciéndole a prestar su apoyo a Mohámed de Carmona, enemigo de Habus, y este plan tuvo éxito.

Poco después, en junio de 1038 (2), Habus murió, dejando dos hijos, llamados, el mayor, Badis, y el menor, Bologuin. Los berberiscos y algunos judíos querían entronizar a este último; otros hebreos, entre ellos Samuel, se inclinaban a Badis, lo mismo que los árabes. Habría estallado una guerra civil si Bologuin no hubiese renunciado espontáneamente a la corona, y cuando prestó juramento a su hermano, sus partidarios, aun a pe-

(1) Moisés ben-Ezra—en el *Journ. Asiat.*, p. 212, nota—le llama Ben-abi-Musa. Tal es, en efecto, el nombre que Homaidi da al visir Aben-Bacana, y sólo por error el copista del man. de Abd-al-Uahid—véase mi edición de este autor, página 43—ha tachado la palabra *abi*, que había escrito primeramente.

(2) *Abad*, t. II, p. 34.

sar suyo, se vieron obligados a seguir su ejemplo (1).

El nuevo príncipe hizo todo lo posible por restablecer la alianza con el señor de Almería, el cual declaró al fin que todo quedaría arreglado en una entrevista. Acompañado de numeroso y magnífico cortejo, se puso en marcha, y llegó inopinadamente a las puertas de Granada, sin haber demandado permiso para cruzar la frontera. Badis quedó profundamente lastimado por este paso inconveniente; pero recibió al príncipe de Almería con muchos miramientos, obsequió espléndidamente a su comitiva y los colmó de regalos. Sin embargo, la negociación no condujo a nada; ni los príncipes ni sus ministros—Samuel había conservado su puesto—lograron entenderse. Unase a esto que Zohair, que se dejaba influir por Ben-Abas, adoptó respecto a Badis un aire de superioridad muy ofensivo; así que el rey de Granada pensaba ya en castigar al príncipe de Almería por su insolencia, cuando uno de sus capitanes, llamado Bologuin, se encargó de hacer la última tentativa para conseguir una reconciliación. Llegada la noche, fué a ver a Ben-Abas y le dijo: "Teme el castigo de Dios. Tú eres el obstáculo para llegar a un acomodamiento, porque tu señor se deja guiar por ti. Sín embargo, sabes, lo mismo que nosotros, que, cuando obrábamos de acuerdo, triunfábamos en nuestras empresas, de tal suerte

(1) *Journ. Asiat.*, pp. 206-208.

que todos nos envidiaban. Pues bien, restablezcamos nuestra alianza. El punto en que no hemos podido entendernos hasta ahora es el apoyo que prestáis a Mohámed de Carmona. Abandonad a este príncipe a su suerte, como exige nuestro emir, y todo lo demás se arreglará por sí mismo. Ben-Abas le respondió en un tono medio protector, medio desdeñoso, y cuando el berberisco intentó conmoverle, abrazándole y derramando lágrimas: "Ahórrate todas esas demostraciones y palabras de efecto—le dijo—, porque no me producen ninguna sensación. Te repito hoy lo que te dije ayer: si tú y los tuyos no hacéis lo que queremos, procederé de suerte que tengáis que arrepentiros." Exasperado con estas palabras, preguntó Bologuin: "¿Es ésa la respuesta que debo dar al Consejo?" "Sin duda—replicó Ben-Abas—, y si quieres atribuirme términos todavía más fuertes que los que he empleado, de buen grado te lo permito."

Llorando de indignación y de ira, Bologuin volvió a presencia de Badis y de su Consejo, y después de referir la conferencia con el visir: "¡Cinechitas—exclamó—, la arrogancia de este hombre es insoportable! ¡Alzaos todos para humillarla, porque si no, no seréis dueños ni de vuestras moradas!" Los granadinos compartieron su cólera, y el otro Bologuin, el hermano de Badis, se mostró más indignado que todos, induciendo a su hermano a que adoptase en el mismo instante las medidas necesarias para castigar a los almerienses, y Badis se lo prometió.

Para regresar a sus Estados, tenía Zohair que atravesar muchos desfiladeros y un puente, del cual tomaba un pueblo cercano el nombre de Alpuente. Badis ordenó cortar dicho puente, y envió soldados para que ocupasen los desfiladeros. Sin embargo, como estaba menos exasperado que su hermano contra Zohair, y no desesperaba aún de traer al antiguo amigo de su padre a mejor acuerdo, resolvió advertirle secretamente del peligro que le amenazaba, valiéndose al efecto de un oficial berberisco que servía en el ejército almeriense. Este oficial fué durante la noche en busca de Zohair, y le habló en estos términos: "Créeme, señor; te aseguro que mañana será difícil atravesar los desfiladeros que hay en el camino. Te aconsejo que partas al instante, y acaso de este modo podrás atravesarlos antes que los granadinos los hayan ocupado; entonces, si te persiguen, podrás presentarles batalla en la llanura, o ponerte a salvo en algunas de tus fortalezas." Este consejo pareció no desagradar a Zohair; pero Ben-Abas, que asistía a la conferencia, exclamó: "El miedo es el que te hace hablar así." "¡Qué!—preguntó el oficial—. ¿Te refieres a mí al decir eso? ¡A mí, que he tomado parte en veinte batallas, mientras tú jamás has visto una sola! ¡Pues bien, ya verás si los acontecimientos me dan la razón!" Y salió indignado.

Los enemigos de Ben-Abas—y ya hemos dicho que tenía muchos—pretenden que rechazó el consejo del oficial berberisco, no porque lo creyese

malo, sino porque deseaba la muerte de Zohair. Ben-Abas, dicen, ambicionaba reinar en Almería, por lo que deseaba que Zohair muriese combatiendo contra los granadinos, pues él esperaba poder salvarse huyendo y hacerse proclamar soberano en aquella ciudad. Tal vez haya algo de verdad en esta acusación; hemos de ver, por lo menos, que más adelante Ben-Abas se alabó ante Badis de haber tendido un lazo a Zohair.

Sea de ello lo que quiera, a la mañana siguiente, 3 de agosto de 1038, Zohair se vió cercado por las tropas de Granada. Sus guerreros quedaron consternados; pero él no perdió su presencia de ánimo. Inmediatamente alineó en orden de batalla su infantería negra, formada por quinientos hombres, y sus andaluces, ordenando a su lugarteniente Hodail caer sobre los enemigos al frente de la caballería eslava. Hodail le obedeció; mas, apenas entablado el combate, fué desmontado, sea por una lanzada, sea por un resbalón de su caballo, y entonces sus jinetes emprendieron la fuga en el mayor desorden. En el mismo instante, Zahoir fué traicionado por los negros, en quienes tenía gran confianza, pero que se pasaron al enemigo después de apoderarse del depósito de armas. No quedaban, pues, más que los andaluces; pero éstos, que eran en general muy malos soldados, se apresuraron a huir, y, de grado o por fuerza, Zohair tuvo que hacer otro tanto. Como el puente de Alpuente estaba cortadó y los desfiladeros ocupados por los enemigos, los fugitivos

tuvieron que refugiarse en las montañas. La mayoría fué acuchillada por los granadinos, que no daban cuartel; otros hallaron la muerte en espantosos precipicios, entre ellos el propio Zohair.

Todos los funcionarios civiles, entre los cuales figuraba Ben-Abas, cayeron prisioneros; pero Badis ordenó perdonarles la vida. Ben-Abas, creyendo que no tenía nada que temer, no se inquietaba más que por sus libros. "¡Dios mío, Dios mío!—gritaba—, ¿qué será de mis paquetes?" Y dirigiéndose a los soldados que le conducían a presencia de Badis, les encargó: "Id a decir a vuestro señor que cuide mucho de mis paquetes, no sea que se rompa algo, porque contienen libros de inestimable valor." Cuando hubo llegado a presencia de Badis preguntó sonriente: "Y bien, ¿no he servido a vuestros intereses, puesto que os he entregado estos perros?"—y señalaba con el dedo a los prisioneros eslavos. "Préstame a tu vez un servicio—continuó—: ordena que mis libros sean respetados, porque nada me preocupa tanto." Mientras así hablaba, los prisioneros almerienses le dirigían miradas furiosas, y uno de ellos, el capitán Ben-Xabib, exclamó dirigiéndose a Badis: "¡Señor, te ruego por aquel que te ha dado la victoria que no dejes escapar a ese infame que perdió a nuestro soberano. El es el único culpable de todo lo ocurrido, y con tal de ser testigo de su suplicio, de buen grado me dejaría cortar la cabeza un instante después." Al oír estas palabras sonrió Badis benévolamente, y ordenó poner

en libertad al capitán, único de los militares que salvó su vida, pues todos los demás fueron entregados sucesivamente al verdugo. Por el contrario, Ben-Abas fué el único de los funcionarios civiles que no recobró la libertad. El orgulloso visir conoció al fin la desgracia que con su loca audacia había desafiado, y vió cumplirse la predicción del poeta almeriense. Encerrado en un calabozo de la Alhambra, le cargaron de cadenas que no pesaban menos de cuarenta libras. Sabía que Badis estaba muy irritado contra él y que Samuel deseaba su muerte; pero aun conservaba alguna esperanza, porque Badis, a quien había ofrecido treinta mil ducados como precio de su libertad, mandó responderle que tomaba su demanda en consideración, y había dejado transcurrir casi dos meses sin decidir nada respecto a él. Durante este tiempo luchaban encontradas influencias en la corte granadina: por una parte, el embajador de Córdoba solicitaba la libertad de los prisioneros, y principalmente la de Ben-Abas; por otra, Abu-'l-Ahuas Man aben-Somadi, embajador y cuñado del amirita Abdalaziz de Valencia, insistía con Badis para que diese muerte a todos los prisioneros, y en primer término a Ben-Abas. Abdalaziz se había apresurado a tomar posesión del principado de Almería, bajo pretexto de que le correspondía por derecho de devolución, pues Zohair había sido cliente de su familia, y temía que si Ben-Abas y los demás prisioneros recobraban la libertad, le disputasen el poder. El mismo Badis no sabía qué

partido adoptar; la avaricia y el deseo de venganza luchaban en su corazón; pero una tarde, que paseaba a caballo con su hermano Bologuin, le habló de la proposición de Ben-Abas y le pidió su parecer. "Si aceptas su dinero—le respondió— y recobra la libertad, promoverá una guerra que te costará el doble de su rescate. Opino que harás bien en darle muerte en seguida."

Terminado el paseo, Badis mandó traer al prisionero, y le reprochó sus faltas con las palabras más duras. Ben-Abas esperó resignado el fin de esta larga invectiva, y cuando el rey cesó de hablar: "¡Señor—exclamó—, te suplico que tengas piedad de mí; ¡líbrame de mis penas!" "Hoy mismo quedarás libre", respondió el príncipe; y como viese brillar un rayo de esperanza en el pálido y sombrío rostro de su prisionero, calló por algunos instantes; después continuó con feroz sonrisa: "Te enviaré adonde sufras más." En seguida dirigió a Bologuin algunas palabras en bereber, idioma que Ben-Abas no comprendía; pero la última frase de Badis, su terrible sonrisa, su aire feroz y amenazador, todo le indicaba claramente que iba a sonar su última hora. "¡Príncipe, príncipe—exclamó, cayendo de rodillas—; perdóname la vida, te lo suplico! ¡Apiádate de mis mujeres, de mis tiernos hijos! No ya treinta mil ducados; te ofrezco sesenta mil; pero, en nombre de Dios, ¡perdóname la vida!"

Badis le escuchó sin contestar palabra; después, blandiendo su azagaya, se la hundió en el pecho.

Su hermano Bologuin y su chambelán Ali ben-al-Caraui le imitaron; pero Ben-Abas, que no cesaba de implorar la clemencia de sus verdugos, no cayó en tierra hasta el décimoséptimo golpe—24 de septiembre de 1038—(1).

No tardó en saberse en Granada que el rico y orgulloso Ben-Abas había cesado de existir. Regocijáronse los africanos; pero nadie recibió esta noticia con tanta satisfacción como Samuel. Ya no le quedaba más que un enemigo peligroso, Aben-Bacana, y un secreto presentimiento le decía que perecería también muy pronto. Los judíos creían entonces, lo mismo que los árabes, que muchas veces se oían en sueños espíritus que vaticinaban el porvenir en verso, y una noche, mientras dormía, escuchó Samuel una voz que le recitaba tres versos hebraicos, cuyo sentido es éste:

"¡Ya ha perecido Ben-Abas, así como sus amigos y confidentes; Dios sea loado y santificado! Y el otro ministro, el que conspiraba con él, también será pronto abatido y molido como la algarroba. ¿Qué ha sido de sus murmuraciones, sus maldades y su poder? ¡Santificado sea el nombre de Dios! (2)."

---

(1) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basan, t. I, fol. 171 r., 175 r.: Ben-al-Jatib, man. G., fol. 134 v., 135 r.—artículo sobre Zohair—, 51 v., 52 v.—artículo sobre Abu-Kafar, Ahmed ben-Abas al-Ansari—; Macari, t. II, pp. 359-360; *Abad*, t. II, página 34.

(2) Véase Moisés ben-Ezra, citado por M. Munk en el *Journ. Asiat.*, p. 212. En este pasaje hay que pronunciar *onxida*, en pasiva, en vez de *anxada*, en activa, como hace M. Munk.

Pocos años después, como ya referiremos, vió Samuel cumplirse esta profecía; tan cierto es que el odio y el amor producen a veces una singular presciencia de lo futuro.

III

Bien a pesar suyo, Badis había prestado a los coligados, que reconocían por califa al supuesto Hixem, un importante servicio cuando hizo asaltar y dar muerte a Zohair. El amirita Abdalaziz, de Valencia, que, como hemos dicho, había tomado posesión del príncipado de Almería, no estaba en estado de socorrer a su aliado el cadí de Sevilla, porque no tardó él mismo en tener que defenderse contra Mochehid, de Denia, que veía con ojos malos el engrandecimiento de los Estados de su vecino (1); pero, al menos, el cadí no tenía ya que temer una guerra contra Almería, y, completamente tranquilo por esta parte, no pensó desde entonces más que en tomar la ofensiva contra los berberiscos, comenzando por Mohámed, de Carmona, con el cual se había enemistado. Al mismo tiempo, mantenía inteligencias con una facción de Granada y trataba de promover allí una revolución.

En Granada había muchos descontentos de Badis. Al comienzo de su reinado, este príncipe ha-

(1) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, p. 245.

bía hecho concebir algunas esperanzas (1); pero después se había mostrado cada vez más cruel, más pérfido, más sanguinario y entregado a la embriaguez más vergonzosa. Primero se quejaron, después murmuraron y, por último, conspiraron.

El alma de la conspiración era un aventurero llamado Abu-'l-Fotuh. Nacido a gran distancia de España, de una familia noble, oriunda del Chorchan—antigua Hircania—, había estudiado literatura, filosofía y astronomía con los más renombrados maestros de Bagdad; pero no era sólo un sabio: excelente jinete y guerrero intrépido, apreciaba un noble corcel o una espada bien templada tanto como un hermoso poema o un profundo tratado científico. Llegado a España en el año 1015, probablemente para buscar fortuna, pasó algún tiempo en la corte de Mochehid, de Denia. Allí se dedicó, ya a la literatura con este sabio príncipe, ya a trabajar en su comentario sobre el tratado gramatical titulado *Chomal*, ya a combatir al lado del príncipe en Cerdeña; a veces meditaba también sobre las cuestiones filosóficas más abstractas, o procuraba adivinar el porvenir observando el curso de los astros. Habiendo ido en seguida a Zaragoza, residencia de Mondir, este príncipe le cobró afecto y le confió la educación de su hijo; pero como—según la observación muy justa, aunque un poco discutida, del historiador árabe a que nos atenemos—los tiempos cambian, y con ellos

(1) Véase *Abad*, t. I, p. 51.

los hombres, Mondir le dió a entender un día que ya no necesitaba sus servicios y que le autorizaba a abandonar Zaragoza. Abu-'l-Fotuh fué entonces a establecerse en Granada, donde abrió un curso acerca de las antiguas poesías, y especialmente sobre la colección conocida con el título de *Hamasa* (1); pero además hizo otra cosa: sabiendo que Badis tenía muchos enemigos, estimuló la ambición de Yazir, primo hermano del rey, asegurándole que había leído en las estrellas que Badis perdería el trono y que su primo reinaría treinta años. De este modo logró tramar una conspiración; pero descubierta por Badis antes del tiempo prefijado para que estallara, Abu-'l-Fotuh, Yazir y los demás conjurados apenas tuvieron tiempo para librarse de su venganza mediante la fuga. Fueron a refugiarse al lado del cadí de Sevilla, sin duda su cómplice, aunque sea imposible precisar hasta qué punto lo era (2).

En tanto, el cadí había atacado a Mohámed, de Carmona, y su ejército, mandado como de costumbre, por su hijo Ismael, había ya alcanzado brillantes ventajas. Osuna y Ecija habían tenido que rendirse, y la misma Carmona se hallaba sitiada. Reducido al último extremo, Mohámed de-

(1) Véase, sobre Abu-'l-Fotuh Tabit aben-Mohámed al-Chorchani, además del artículo de Ben-al-Jatib, los que le han consagrado Soyuti, en su *Diccionario biográfico de los gramáticos*, y Homaidi. Compárese también con el artículo sobre Mochehid, en Dabi—man. de la Sociedad Asiática—.
(2) Ben-al-Jatib, man. G., fol. 114 r. y v.—artículo sobre Abu-'l-Fotuh—.

mandó socorro a Badis y a Idris, de Málaga. Ambos respondieron a su llamamiento; Idris, que estaba enfermo, le envió tropas a las órdenes de su primer ministro, Aben-Bacana; Badis acudió en persona con los suyos. Reunidos ambos ejércitos, Ismael, lleno de confianza en el número y en el valor de sus soldados, les presentó batalla inmediatamente; pero Badis y Aben-Bacana, viendo que el enemigo tenía superioridad numérica, o creyéndolo al menos, no se atrevieron a aceptarla, y, sin preocuparse del señor de Carmona, le abandonaron a su suerte, tomando uno el camino de Granada y otro el de Málaga. Ismael comenzó en seguida la persecución de los granadinos. Afortunadamente para Badis, cuando apenas hacía una hora que Aben-Bacana se había separado de él, envióle un propio a toda prisa, rogándole que viniera en su auxilio, sin el cual iba a ser aniquilado por los sevillanos. Aben-Bacana se le reunió en seguida, y, unidos los dos ejércitos en las inmediaciones de Ecija, esperaron a pie firme al enemigo.

Los sevillanos, que creían tener que habérselas con un ejército en retirada, quedaron desagradablemente sorprendidos cuando vieron que tenían que pelear contra dos ejércitos perfectamente preparados para recibirlos. Desmoralizados por esta circunstancia inesperada, bastó el primer choque para sembrar el desorden en sus filas. En vano intentó Ismael rehacerlos y arrastrarlos de nuevo al combate; víctima de su valor, fué muerto el

primero de todos, y entonces los sevillanos no pensaron más que en salvarse (1).

Dueño del campo de batalla con tan fácil victoria, y habiendo establecido su campamento a las puertas de Ecija, Badis se quedó asombrado viendo venir a Abu-'l-Fotuh a echarse a sus pies. Le inducía a ello el amor hacia su familia. Con tal precipitación había tenido que salir de Granada, que se había visto obligado a abandonar a su suerte a su mujer y a sus hijos. Sabía que Badis había hecho que los prendiera el negro Codam, su gran preboste, su Tristán el Ermitaño, y que Codam los había encerrado en Almuñécar. Pero él amaba apasionadamente a su mujer, joven y bella andaluza, y la ternura hacia sus hijos—un hijo y una hija—era extremada. No pudiendo resolverse a vivir sin ellos, y sobre todo, temiendo que Badis se vengase de su crimen en aquellos seres queridos, iba a implorar su perdón; y aunque conocía el genio sanguinario e implacable del tirano, esperaba al menos en aquella ocasión que no se mostrase inflexible, puesto que ya había perdonado a su tío Abu-Rix, igualmente complicado en la conspiración.

Arrodillándose ante el príncipe:

—¡Señor—le dijo—, ten piedad de mí! ¡Te aseguro que soy inocente!

—¡Qué!—exclamó Badis, con los ojos inflama-

---

(1) Abd-al-Uahid, pp. 44, 65; *Abad*, t. II, pp. 33, 34, 207, 217. Cf. Ben-al-Jatib, fol. 114 v.

dos por la cólera—. ¿Te atreves a presentarte delante de mí? ¡Has sembrado la discordia en mi familia, y ahora vienes a decirme que no eres culpable! ¿Crees que soy tan fácil de engañar?

—¡Señor, por amor de Dios, sé clemente! Acuérdate de que un día me tomaste bajo tu protección, y que, condenado a vivir lejos de donde nací, ya soy bastante desgraciado. No me imputes el crimen cometido por tu primo, en el que no tengo participación alguna. Cierto que le acompañé en su huída; pero lo hice porque, como sabías que estaba aliado con él, temía ser castigado como cómplice suyo. Pero aquí me tienes; si absolutamente lo deseas, estoy dispuesto a confesarme culpable de un crimen de que soy inocente, siempre que de este modo pueda obtener tu perdón. Trátame cual corresponde a un gran rey, a un monarca colocado a demasiada altura para guardar rencor a un pobre hombre como yo, y devuélveme mi familia.

—Indudablemente, y si a Dios le place, te trataré como mereces. Vuelve a Granada, donde encontrarás a tu familia, y cuando yo regrese allí, arreglaré tus asuntos.

Tranquilizado con estas palabras, cuya ambigüedad no advirtió al principio, Abu-'l-Fotuh tomó el camino de Granada, escoltado por dos jinetes; pero cuando llegó cerca de la ciudad, el negro Codam, ejecutando las órdenes recibidas de su señor, hizo prender a Abu-'l-Fotuh por sus satélites, los cuales, después de rasurarle la cabeza, le

montaron en un camello. Un negro de fuerza hercúlea cabalgó detrás de él y empezó a abofetearle sin cesar. De este modo fué paseado por las calles, después de lo cual le encerraron en un calabozo muy estrecho, que tuvo que compartir con uno de sus cómplices, un soldado berberisco, hecho prisionero en la batalla de Ecija.

Transcurrieron muchos días. Badis había regresado ya, pero no había decidido nada respecto a Abu-'l-Fotuh. Al contrario del caso anterior, cuando se trataba de Ben-Abas, Bologuin era quien le impedía pronunciar la fatal sentencia. Bologuin se interesaba por el doctor, no se sabe por qué; intentaba probar su inocencia y le defendía con tal calor, que Badis, temiendo disgustarle, vacilaba antes de adoptar una resolución. Pero un día que Bologuin se embriagó en una orgía—lo que le ocurría frecuentemente, lo mismo que a su hermano—, Badis mandó traer a su presencia a Abu-'l-Fotuh y a su compañero. Desde que vió al doctor comenzó a lanzar contra él un torrente de injurias, y continuó en estos términos: "¡De nada te han servido las estrellas, embustero! ¿No le habías prometido a tu emir, a ese pobre imbécil, convertido en juguete tuyo, que no tardaría en tenerme en su poder y que reinaría treinta años en mis Estados? ¿Por qué no has formulado más bien tu propio horóscopo, que hubiera podido preservarte a tiempo de una gran desgracia? ¡Ahora, miserable, tu vida está en mis manos!"

Abu-'l-Fotuh no respondió nada. Cuando espe-

raba volver a ver a una esposa y a unos hijos adorados, se había humillado hasta el ruego y la mentira; pero entonces, plenamente convencido de que nada podría ablandar a aquel feroz y pérfido tirano, recobró todo su orgullo, toda la fuerza de su alma, toda la energía de su carácter. Con los ojos fijos en el suelo y la sonrisa de desprecio en los labios, guardó un silencio lleno de dignidad. Esta actitud noble y serena llevó al colmo la irritación de Badis. Echando espumarajos de ira saltó de su asiento, y sacando su espada la hundió en el corazón de su víctima. Abu-'l-Fotuh recibió el golpe fatal sin pestañear, sin que su pecho exhalase una queja, y su valor arrancó al mismo Badis un grito involuntario de admiración. Después, dirigiéndose a Barhun, uno de sus esclavos, le dijo: "Corta la cabeza a ese cadáver y hazla clavar a un poste. En cuanto al cuerpo, entiérrale al lado del de Ben-Abas. Es preciso que mis dos enemigos descansen uno junto a otro hasta el día del juicio... Y ahora te toca a ti. ¡Acércate, soldado!"

El berberisco, a quien se dirigían estas palabras, presa de indecible angustia, temblaba de pies a cabeza. Cayendo de rodillas procuró excusarse lo mejor que pudo y suplicó al príncipe le perdonase la vida. "¡Miserable!—dijo Badis— ¿Has perdido por completo la vergüenza? El doctor, en quien hubiera sido excusable un poco de miedo, ha sufrido la muerte con un valor heroico; como acabas de ver, no se ha dignado dirigirme una sola pala-

bra; y tú, viejo soldado; tú, que te contabas entre los más valientes, muestras tanta cobardía.. ¡Que Dios no se apiade de ti, miserable!" Y le cortó la cabeza—20 de octubre de 1039.—

Como Badis había ordenado, Abu-'l-Fotuh fué sepultado junto a Ben-Abas. El sentimiento de los literatos y de los intelectuales granadinos le siguió a la tumba, y muchas veces, pasando cerca del lugar en que yacían sus restos mortales, el árabe, condenado a soportar en silencio el yugo de un extranjero y de un bárbaro, murmuraba en voz baja: "Ah, qué incomparables sabios eran aquellos cuyos restos descansan aquí!... Sólo Dios es inmortal. ¡Glorificado y santificado sea su nombre!" (1).

IV

El sanguinario tirano de Granada iba siendo cada vez más el jefe de su partido. Cierto que reconocía aún la soberanía de los hamuditas de Málaga; pero era de pura fórmula. Estos príncipes eran muy débiles; se dejaban dominar por sus ministros; se exterminaban unos a otros con el acero o con el veneno, y lejos de poder fiscalizar a sus poderosos vasallos, se consideraban felices si lograban reinar con alguna apariencia de tranquilidad en Málaga, Tánger y Ceuta.

Mediaba, además, profunda diferencia entre

---

(1) Ben-al-Jatib, fol. 114 v., 115 v.

estas dos cortes. En la de Granada no había más que berberiscos u hombres que, como el judío Samuel, obraban constantemente en interés de los bereberes, reinando, por lo tanto, allí una ostensible unidad de miras y de planes. En la corte de Málaga, por el contrario, había también eslavos, y, por consiguiente, más o menos pronto, tenían que surgir los recelos, los odios y las rivalidades que habían contribuído a derribar a los omeyas.

El califa Idris I, enfermo ya cuando envió sus tropas contra los sevillanos, exhaló el último suspiro dos días después de recibir la cabeza de Ismael, muerto en la batalla de Ecija. Inmediatamente se empeñó la lucha entre Aben-Bacana, el ministro bereber, y Nacha, el ministro eslavo. El primero quería entronizar a Yahya, el hijo mayor de Idris, plenamente convencido de que en este caso el poder le pertenecería. El eslavo se opuso, y, como primer ministro de las posesiones africanas, proclamó allí califa a Hasan aben-Yahya, primo hermano del otro pretendiente, y preparó todo para cruzar el estrecho con él. De carácter menos firme y menos audaz, el ministro bereber se dejó intimidar por la actitud amenazadora del eslavo. No sabiendo qué resolución adoptar, tan pronto quería persistir en su proyecto como renunciar a él, descuidando en su indecisión el tomar las medidas necesarias. De repente vió fondear la armada africana en el puerto de Málaga. Huyó a toda prisa y se retiró a Coma-

res con su pretendiente. Hasan, dueño de la capital, le mandó a decir que le perdonaba y que le permitía volver. El berberisco se fió de su palabra, pero le decapitaron. Se había cumplido la predicción que el judío Samuel creyó escuchar en sueños.

Al poco tiempo, el competidor de Hasan fué muerto también. Acaso Nacha fué el único culpable de este crimen, como insinúan algunos historiadores; pero Hasan tuvo que sufrir el castigo, y fué envenenado por su mujer, hermana del desdichado Yahya.

Entonces Nacha creyó poder prescindir de un testaferro. Quería poseer no sólo la autoridad, sino también el título de soberano, y, dando muerte al hijo de Hasan, que era todavía muy niño, y encarcelando a su hermano Idris, se presentó atrevidamente como soberano a los berberiscos e intentó ganarlos con las más brillantes promesas. Aunque profundamente indignados de su increíble audacia, de su ambición sacrílega—porque sentían una veneración casi supersticiosa por los descendientes del Profeta—, los berberiscos creyeron, sin embargo, que debían esperar un momento más favorable para castigarle. Respondiéronle, por lo tanto, que le obedecerían y le prestarían juramento.

Entonces Nacha anunció su propósito de ir a arrebatar Algeciras al hamudita Mohámed, que reinaba allí. Salió a campaña; pero, desde los primeros encuentros con el enemigo, advirtió el

eslavo que los berberiscos se batían apáticamente y que no podía contar con ellos. Creyó prudente, por lo tanto, ordenar la retirada. Había concebido el proyecto de desterrar a los bereberes más sospechosos en cuanto llegase a la capital, atraerse a los demás a fuerza de dinero y rodearse del mayor número posible de eslavos. Pero sus más encarnizados enemigos supieron o adivinaron su plan, y al pasar el ejército por un estrecho desfiladero, cayeron sobre el usurpador y le mataron—5 de febrero de 1043—(1).

Mientras reinaba la mayor confusión entre las tropas—porque los bereberes lanzaban gritos de alegría y los eslavos huían por temor a compartir la suerte de su jefe—, dos de los asesinos corrieron a rienda suelta hacia Málaga, y al llegar a la ciudad: "¡Buena noticia, buena noticia!—exclamaron—. ¡El usurpador ha muerto!" Después, precipitándose sobre el lugarteniente de Nacha, lo asesinaron, sacaron de la prisión a Idris, el hermano de Hasan, y fué proclamado califa.

Desde entonces el papel desempeñado por los eslavos concluyó en Málaga; pero la tranquilidad, momentáneamente restablecida, no fué de larga duración.

Ciertamente que Idris II no tenía un espíritu superior; pero era bueno, caritativo y se ocupaba casi exclusivamente en prodigar beneficios. Por

(1) Esta fecha se encuentra en Aben-Basan, t. I, folio 224 v.

él no hubiese habido ningún desgraciado. Llamó a los desterrados de todos los partidos y les devolvió sus bienes; jamás dió oídos a un delator, y hacía distribuir diariamente quinientos ducados a los pobres. Su simpatía hacia los hombres del pueblo—con los cuales le gustaba departir—contrastaba singularmente con el fausto, la ostentación y la escrupulosa etiqueta de su corte. Por su calidad de descendientes del yerno del Profeta, los hamuditas eran, a los ojos de sus súbditos, casi semidioses. Para mantener una ilusión tan favorable a su autoridad, se presentaban raras veces en público y se rodeaban en una especie de misterio. El mismo Idris, a pesar de la sencillez de sus gustos, se atuvo al ceremonial establecido por sus predecesores: una cortina le ocultaba a las miradas de los que le hablaban; pero como era la bondad en persona, a menudo olvidaba su papel. Un día, por ejemplo, un poeta de Lisboa le recitó una oda en loor de su caridad y glorificando su noble origen. "Mientras los demás mortales han sido hechos de agua y polvo—decía en extraño estilo—, los descendientes del Profeta han sido creados del agua más pura, del agua de la justicia y de la piedad. El don de profecía descendió sobre su abuelo, y el ángel Gabriel, invisible para nosotros, se cierne sobre su cabeza. El rostro de Idris, comendador de los creyentes, semeja al sol naciente, que deslumbra con sus rayos los ojos de los que le miran; y, sin embargo, príncipe, querríamos verte, a fin de aprovechar tu luz,

emanación de la que circunda al Señor del universo." "¡Levanta la cortina!"—ordenó el califa a su chambelán, porque jamás se negaba a una súplica—. Más feliz que aquella pobre amante de Júpiter, que pereció víctima de su funesta curiosidad, el poeta pudo contemplar a su placer el rostro de su Júpiter, que si no irradiaba un resplandor flamígero, tenía al menos el sello de la bondad y de la benevolencia. Quizá le agradó más tal como era que si hubiese estado circuído de aquellos rayos deslumbradores a que sus versos aludían. Al menos, lo indudable es que, habiendo recibido un buen regalo, se retiró muy satisfecho.

Desgraciadamente para la dignidad y la seguridad del Estado, Idris unía a una gran bondad de corazón una extremada debilidad de carácter. No sabía o no se atrevía a negar nada. Si Badis o cualquier otro le pedía un castillo u otra cosa, accedía siempre a su demanda. Un día Badis le requirió para que le entregara a su visir, que había tenido la desgracia de disgustarle. "¡Ay, amigo mío—dijo Idris a su ministro—, he aquí una carta del rey de Granada en que me pide que te ponga en sus manos! Estoy afligidísimo; pero, la verdad, no me atrevo a responderle negándome." "Haz lo que desea—repuso aquel hombre excelente, antiguo servidor de su familia—; Dios me dará fuerzas, y ya verás cómo sé soportar mi suerte con valor y resignación." En cuanto llegó a Granada lo decapitaron.

Tanta debilidad irritó a los bereberes, ya mo-

lestos por la simpatía que Idris mostraba hacia el pueblo y por sus tendencias socialistas, como se diría hoy; pero sobre todo a quienes exasperó fué a los negros. Habituados al régimen del látigo, del alfanje y de la horca, despreciaban a un señor que nunca dictaba una sentencia de muerte. Había ya muchos descontentos cuando el gobernador del castillo de Airos (1) dió la señal de insurrección. Como era carcelero de dos primos de Idris, los puso en libertad y proclamo califa al mayor: Mohámed. Entonces los negros, de guarnición en el castillo de Málaga, se sublevaron e invitaron a Mohámed a venirse con ellos. Sin embargo, el pueblo de Málaga, amante del príncipe, que había sido su bienhechor, no le abandonó en el peligro. Aquellas honradas gentes corrieron en masa a su lado, y a gritos le pidieron armas, asegurándole que en cuanto las tuvieran los negros no permanecerían ni una hora en el castillo. Idris agradeció su adhesión; pero rehusó su oferta, diciendo: "¡Volved a vuestras casas; no quiero que por causa mía perezca un solo hombre!" Mohámed pudo, por lo tanto, hacer su entrada en la capital; Idris fué a reemplazarle en la prisión de Airos. Habían permutado los papeles—1046-47—.

El nuevo califa no se parecía a su antecesor, sino a su madre, valiente amazona, que se complacía en vivir en los campamentos, vigilar los preparativos de una batalla o los trabajos de

(1) Según parece, este lugar ya no existe.

un sitio y en estimular con palabras o con dinero el valor de los soldados. Valiente hasta la temeridad, pero al mismo tiempo de una severidad inexorable, si a Idris le faltaba energía, Mohamed la tenía de sobra. Tal fué bien pronto el parecer de los propulsores de la revolución. Era la fábula de las ranas pidiendo un rey a Júpiter. A imitación de la "gente pantanosa" —como dice el bueno de La Fontaine—, berberiscos y negros tuvieron que maldecir bien pronto a la terrible grulla, y echar de menos al pacífico leño. Tramóse un complot; los conjurados entraron en negociaciones con el gobernador de Airos, que se dejó sobornar fácilmente, y devolvió la libertad a Idris II, después de reconocerle como califa. Idris no retrocedió esta vez ante la perspectiva de una guerra civil; la monótona permanencia en un calabozo había vencido sus escrúpulos; pero Mohámed, sostenido por su madre, combatió a sus adversarios con tal vigor, que los obligó a deponer las armas. Sin embargo, no consintieron en entregarle a Idris; antes de someterse le hicieron pasar a Africa, donde mandaban dos libertos berberiscos, es decir: Sacot (1), que era gobernador de Ceuta, y Rizc-alá, que lo era de Tánger. Ambos lo recibieron con grandes

(1) Abd-al-uahid escribe este nombre *Sacat;* otros escriben *Sacout*, o, según la pronunciación de los árabes españoles, *Sacot*—pronúnciese la *t*—. Creo, por lo tanto, que en la segunda sílaba la vocal larga tiene un sonido intermedio entre la *a* y la *o*. En francés podría expresarse este sonido por el diptongo *au*.

miramientos y ordenaron que se hiciesen oraciones públicas en su nombre; pero no le concedieron ninguna autoridad efectiva; celosos de su propio poder, lo custodiaron incesantemente, le impidieron presentarse en público y no permitieron a nadie aproximarse a él. Algunos señores bereberes, enemigos secretos de ambos gobernadores, hallaron, no obstante, medio de hablarle, y le dijeron: "Estos dos esclavos te tratan como a un cautivo y te impiden gobernar por ti mismo. Danos plenos poderes y te libertaremos." Pero Idris, siempre dulce y piadoso, rehusó su ofrecimiento, y, en su candidez, refirió a los dos gobernadores cuanto acababa de oír. Los señores en cuestión fueron desterrados al instante; pero como era de temer que Idris diese oídos en otra ocasión a las insinuaciones de los descontentos, Sacot y Rizc-alá lo volvieron a España, sin cesar de reconocerle como califa en las oraciones públicas. Idris fué a refugiarse cerca del jefe berberisco de Ronda (1).

En tanto, los descontentos de Málaga habían implorado el socorro de Badis, el cual declaró al principio la guerra a Mohámed; pero al poco tiempo se reconcilió con él. Entonces fué proclamado el príncipe de Algeciras, llamado también Mohámed, y que a su vez adoptó el título de califa. Había, por lo tanto, en esta época cuatro,

(1) Según Aben-Jaldun, fué a Comares; pero he creído que debía seguir a Homaidí.

desde Sevilla hasta Ceuta: el supuesto Hixem II, en Sevilla; Mohámed, en Málaga; el otro Mohámed, en Algeciras, y, finalmente, Idris II. Dos de ellos no tenían, en realidad, ningún poder; los otros dos eran príncipes de escasa importancia, reyezuelos, y este abuso del título de califa era tanto más ridículo cuanto que en su verdadera acepción indica el soberano de todo el mundo musulmán.

El príncipe de Algeciras fracasó en su intento. Abandonado por los que le habían llamado, volvió precipitadamente a su país y murió poco después, de vergüenza y dolor—1048-49—.

Cuatro o cinco años después, Mohámed, de Málaga, exhaló también el último suspiro. Uno de sus sobrinos—Idris III—aspiró al trono, pero sin resultado; esta vez fué restablecido Idris II, y habiendo cesado al fin el destino de perseguirle, reinó pacíficamente hasta que él también rindió su tributo a la naturaleza—1055—. Otro hamudita creyó poder reinar en su lugar; pero Badis frustró sus esperanzas. Verdadero jefe del partido berberisco, el rey de Granada no quería más que un califa, y había resuelto acabar con los hamuditas e incorporar el principado de Málaga a sus Estados. Ejecutó el proyecto sin grandes dificultades. Cierto que los árabes no se sometieron a él más que contra su voluntad; pero habiéndose atraído a los más influyentes, como el visir cadí Agu-Abdala Chodami (1), se preocupó poco de las

(1) Véase Ben-al-Jatib, man. G., fol. 107 v.—artículo sobre Bologuin, hijo de Badis—.

murmuraciones de los demás, y en cuanto a los berberiscos, como estaban convencidos de la debilidad de sus príncipes y de la necesidad de unirse estrechamente a sus hermanos de Granada si querían hacer frente al partido árabe, que de día en día ganaba terreno en el sudoeste, favorecieron más bien que contrariaron los proyectos de Badis. El rey de Granada se hizo, por lo tanto, dueño de Málaga, siendo desterrados todos los hamuditas. Todavía representaron un papel en Africa; pero el que habían desempeñado en España había concluído (1).

V

A fin de no interrumpir nuestro rápido bosquejo de la historia del principado de Málaga, acaso hemos anticipado un poco los acontecimientos; y como ahora tenemos que echar una ojeada sobre los progresos que en este intervalo había hecho el partido árabe, debemos retroceder algunos años.

El cadí de Sevilla, Abu-'l-Casim Mohámed, había muerto a fin de enero de 1042, y su hijo Abad, que entonces contaba veintiséis años, le había sucedido con el título de *hachib*, o primer ministro, del supuesto Hixem II. En la historia es conocido con el nombre de Motadid, y aun cuando no tomó

(1) Abd-al-uahid, pp. 45-49; Aben-Jaldun, fol. 22 v., 23 r.; Macari, t. I, pp. 132, 282-284.

este título sino más adelante, le llamaremos así desde ahora, para evitar la confusión que podría producir el cambio de nombre.

El nuevo jefe del partido árabe en el Sudoeste tenía una de las fisonomías más acentuadas que ha podido producir la verde vejez de una sociedad. Era digno rival de Badis, jefe de la facción opuesta. Suspicaz, vengativo, pérfido, tiránico, cruel y sanguinario como él, y como él entregado a la embriaguez, le sobrepasaba en la lujuria. Naturaleza móvil y voluptuosa si las hubo, sus apetitos eran insaciables e incesantes. Ningún príncipe de entonces tenía un harén tan numeroso como el suyo, pues se asegura que ochocientas jóvenes entraron sucesivamente en él (1).

Pero, a pesar de la semejanza general, los dos príncipes tenían distinto carácter: sus gustos y sus hábitos diferían en muchos sentidos. Badis era un bárbaro, o poco menos, desdeñaba los buenos modales, la cultura y la civilización. No había poetas en los salones de la Alhambra; Badis, que de ordinario hablaba en berberisco, apenas hubiera podido comprender sus odas. Motadid, por el contrario, había recibido una educación esmerada, y si no podía aspirar al título de sabio por no haber hecho vastos estudios, como estaba dotado de un gusto fino y penetrante y de una excelente memoria, sabía más de lo que de ordinario sabe un hombre de mundo. Los poemas que com-

(1) *Abad*, t. II, p. 48; t. I, p. 245.

puso, y que, prescindiendo de su valor literario, no carecen de interés para conocer a fondo su carácter, le valieron entre sus contemporáneos la reputación de buen poeta (1). Amaba las letras y las artes. Por un poco de incienso colmaba de presentes a los poetas. Se complacía también en construir magníficos palacios (2), y hasta su tiranía implicaba cierta erudición, pues tomó por modelo al califa de Bagdad, cuyo título había adoptado, mientras Badis ignoraba probablemente en qué época había vivido aquel califa. Bebedores ambos, Badis se embriagaba brutal, groseramente, sin vergüenza ni recato, como un patán, como un soldadote. Motadid, siempre hombre de mundo, siempre gran señor, no hacía nada sin gracia; mostraba hasta en sus orgías cierta distinción, cierto buen gusto, y aun cuando bebían sin moderación él y sus compañeros de libertinaje, improvisaban canciones báquicas que se distinguían por un tacto maravilloso y por una gran delicadeza de expresión. Su organización poderosa lo mismo se prestaba al placer que al trabajo; desenfrenado, libertino y prodigioso trabajador, pasaba de la fiebre de las pasiones a la de los negocios. Gustaba de entregarse completamente a sus ocupaciones de príncipe; pero después de los sobrehumanos esfuerzos que hacía para recobrar el tiempo consagrado a los placeres, necesitaba

---

(1) *Abad,* t. I, p. 245.
(2) *Abad,* t. I, p. 243.

la embriaguez de nuevos desórdenes para equilibrar sus fuerzas (1). Y, ¡cosa extraña, este tirano, cuya mirada terrible hacía temblar a las numerosas beldades de su harén, compuso para algunas de ellas versos de una galantería exquisita y de una dulzura encantadora.

Mediaba, por lo tanto, entre Badis y Motadid la distancia que separa al malvado bárbaro del malvado civilizado; pero, en suma, el bárbaro era el menos profundamente depravado de los dos. Badis mostraba cierta franqueza brutal, hasta en el crimen; Motadid era impenetrable aun para sus confidentes. Mientras su mirada escrutadora espiaba sin cesar los más secretos pensamientos de lo demás y los adivinaba, nadie sorprendía nunca un movimiento en su fisonomía ni un acento en su voz (2). El príncipe granadino se exponía en los campos de batalla; el de Sevilla, aunque estuvo casi continuamente en guerra y no carecía de valor, no capitaneó sus tropas más que una o dos veces en toda su vida; de ordinario, desde el fondo de su cubil—como dice un historiador árabe—, trazaba a sus generales los planes de campaña (3). Las astucias de Badis eran groseras y fáciles de desbaratar; las de Motadid, bien calculadas y sutiles, fracasaban rara vez. Ese era

(1) Véanse *Abad*, t. I, p. 243, y un poema de Motadid, ibídem, p. 53.
(2) *Abad*, t. I, p. 244.
(3) *Abad*, t. I, p. 243.

su fuerte, y se cuenta a este propósito una historia que merece ser relatada.

Hallándose en guerra contra Carmona, Motadid sostenía correspondencia secreta con un árabe de esta ciudad que le informaba de los movimientos y designios de los bereberes. Como es natural, se requería gran circunspección para que las cartas no fuesen interceptadas y para que nadie sospechase sus intrigas. Por eso Motadid, según un plan concertado con su espía, hizo venir a su palacio un palurdo de las inmediaciones, hombre sencillo y sin malicia, si los hubo, y le dijo: "Quítate esa casaca, que no vale nada, y ponte esta *choba*. Es muy bonita, como ves, y te la regalo, a condición de que hagas lo que voy a decirte." Lleno de alegría, el palurdo se puso la *choba* sin sospechar que en su forro se ocultaba una carta que Motadid quería hacer llegar a su espía, y prometió ejecutar fielmente las órdenes del príncipe. "Pues bien—añadió Motadid—, ve a Carmona, y cuando llegues cerca de la población, coge leña y forma un haz; entra y colócate donde se ponen de ordinario los leñadores; pero no vendas tu haz sino al que te ofrezca cinco *dirhems.*"

Aunque el aldeano no adivinaba en modo alguno la razón de tan singulares órdenes, apresuróse a obedecer. Salió, por tanto, de Sevilla, y cuando llegó cerca de Carmona comenzó a formar haces; pero como no tenía costumbre, y hay haces y haces, según el proverbio, entró en la

ciudad con un hacecillo de ramas muy pequeño, y fué a situarse en el mercado.

—¿Cuánto vale ese haz?—preguntó un transeunte.

—Cinco *dirhems* lo último, para tomarlo o dejarlo—respondió el palurdo.

El otro se echó a reír en sus barbas.

—¡Dios mío! ¿Es ébano?

—No—dijo otro—; es bambú.

Y cada uno lanzó un chiste, burlándose del palurdo.

Ya declinaba el día, cuando un hombre, que no era otro que el espía de Motadid, se acercó al campesino, y preguntándole el precio de su haz, lo compró, añadiendo:

—Carga la leña sobre tus hombros y llévala a mi casa. Te enseñaré el camino.

Cuando llegaron, el palurdo dejó su carga, y habiendo recibido los cinco *dirhems*, quiso marcharse.

—¿Dónde vas a estas horas?—le preguntó el dueño de la casa.

—Me voy de la ciudad, porque no soy de aquí—respondió el campesino.

—¿Piensas en eso? ¿No sabes que hay ladrones en el camino? Quédate, te daré de cenar y una cama, y mañana temprano podrás reanudar tu viaje.

El aldeano aceptó la oferta, reconocido; pronto una buena cena le hizo olvidar las burlas de que había sido objeto, y cuando hubo comido con apetito excelente, su huésped le dijo:

—Dime ahora de dónde vienes.

—De las inmediaciones de Sevilla, donde vivo.

—Entonces, hermano, debes de ser muy temerario y muy valiente para atreverte a venir aquí, porque ya sabrás la crueldad, la ferocidad de nuestros berberiscos, y que matan a un hombre en menos de nada. Sin duda te trae algún grave motivo.

—De ningún modo; es preciso ganarse la vida, y, además, a nadie se le puede ocurrir maltratar a un pobre palurdo inofensivo como yo.

Charlaron hasta que el aldeano empezó a dormirse. Entonces, su huésped lo condujo al lecho que le destinaba. El aldeano se iba a acostar sin desnudarse; pero el de Carmona le dijo:

—Quítate tu *choba*; dormirás mejor, y te levantarás más descansado; porque la noche está templada.

El palurdo lo hizo, y pronto dormía profundamente. Entonces el espía cogió la *choba*, descosió el forro, sacó la carta de Motadid, la leyó, respondió inmediatamente, colocó su carta en lugar de la del príncipe, volvió a coser el forro, sin que se conociera, y colocó de nuevo la *choba* donde la había dejado el palurdo. Este, levantándose temprano al siguiente día, se la puso, y, después de dar gracias por su generosa hospitalidad al de Carmona, emprendió el camino de Sevilla.

Cuando estuvo de vuelta, presentóse a Motadid y le refirió sus aventuras.

—Estoy contento de ti—dijo el príncipe con

tono benévolo—, y mereces una recompensa. Quítate la *choba* y déjamela; toma un traje completo, que te regalo.

Loco de alegría, cogió el aldeano los hermosos vestidos que le ofrecía el príncipe, y fué a contar con cierto orgullo a sus amigos, a sus vecinos y a cuantos le conocían, que el príncipe le había dado trajes de honor, como a un hombre importante, como a un alto funcionario o a una alteza; pero jamás concibió la menor sospecha (1) de haber servido de correo extraordinario, de portador de despachos tan importantes que le hubieran costado la vida si se hubiesen enterado los berberiscos.

El príncipe de Sevilla era muy astuto, muy fecundo en expedientes, estratagemas y ardides de todas clases; tenía a su disposición todo un arsenal de trampas, y desgraciado del que provocaba su cólera; pues aunque buscase asilo en otro país, aunque fuera a ocultarse al fin del mundo, la venganza del príncipe le alcanzaba irremisiblemente. Cuéntase que un ciego, privado por Motadid de la mayor parte de sus bienes, y que había derrochado el resto, completamente arruinado, había ido como peregrino mendicante a la Meca, donde maldecía de continuo y en público al tirano que le había reducido a la mendicidad. Motadid lo supo, y, llamando a uno de sus súbditos, que iba a emprender la peregrinación a la Meca, le entregó

(1) Abd-al-uahid, pp. 68-70.

una cajita llena de monedas de oro, bañadas con un veneno mortal. "Cuando llegues a la Meca—le dijo—, entrega esa cajita a nuestro conciudadano el ciego. Dile que es un regalo que le envío, y salúdale de mi parte; pero ten cuidado de no abrir la cajita." El aludido prometió ejecutar estas órdenes y se puso en marcha. Una vez en la Meca, fué en busca del ciego y le dijo:

—He aquí una cajita que te envía Motadid.

—¡Dios mío!—exclamó el ciego—. Produce un sonido metálico... Dentro debe de haber oro. Pero ¿cómo es posible que en Sevilla Motadid me redujese a la miseria, y que me enriquezca en Arabia?

—Los príncipes tienen extraños caprichos—replicó el otro—. Tal vez Motadid, convencido de su injusticia, siente remordimientos. En fin, nada sé ni me importa; basta con que cumpla mi comisión. Toma el regalo, que constituye para ti una felicidad inesperada.

—¡Ya lo creo!—repuso el ciego—. Mil gracias por tus molestias, y manifiesta al príncipe mi gratitud.

Con el tesoro bajo el brazo, el pobre hombre corrió a su miserable cuartucho con toda la velocidad que le permitía su ceguera, y, después de cerrar cuidadosamente la puerta, se apresuró a abrir la cajita.

Dícese que no hay nada más embriagador para un infeliz que ha luchado largo tiempo contra la miseria, y que por azar enriquece de pronto, que clavar los ojos en un montón de oro y dejarse

deslumbrar por el brillo de las doradas monedas. Como estaba ciego, el sevillano no podía proporcionarse este placer; el tacto y el oído debían reemplazar a la vista, y, fuera de sí, sumido en delicioso éxtasis, tocaba, palpaba, manoseaba sus queridas monedas, las sonaba, las contaba, se las metía en la boca, se las comía, por decirlo así... El veneno produjo su efecto: antes de la noche, el desgraciado había expirado (1).

Badis y Motadid eran crueles, pero con matices muy ostensibles. Mientras el primero, en sus excesos de ciego furor, mataba él mismo a sus víctimas, Motadid usurpaba raras veces sus atribuciones al verdugo; pero, aunque no gustara de mancharse en sangre sus manos aristocráticas, el odio era en él más implacable, más obstinado que el de su rival. Muerto el enemigo, la venganza de Badis quedaba satisfecha, y su ira saciada; mandaba clavar la cabeza del cadáver a un poste, según la costumbre; pero no iba más allá. Por el contrario, el odio del príncipe de Sevilla no se aplacaba nunca; perseguía a sus víctimas después de la muerte, quería que la contemplación de sus mutilados restos estimulase sin cesar sus feroces pasiones. A imitación del califa Mahdi, mandó plantar flores en los cráneos de sus enemigos y colocarlos en el patio de su alcázar. Un trozo de papel en el oído de cada cráneo indicaba el nombre de aquel a quien había pertenecido. A menu-

(1) Abd-al-uahid, pp. 67-68.

do se extasiaba delante de este *jardín*, como le llamaba él. Y, sin embargo, no contenía las cabezas más preciosas a sus ojos, las de los príncipes vencidos, porque éstas las guardaba con el mayor cuidado dentro de un arca (1).

Añadamos que este monstruo de crueldad era, según él, el mejor de los príncipes, un Tito, creado expresamente para la dicha del género humano. "Si deseas, Dios mío—decía en sus versos—, que los mortales sean felices, hazme reinar sobre todos los árabes y sobre todos los bárbaros; porque jamás me he desviado del recto camino; jamás he tratado a mis súbditos más que como un hombre magnánimo y generoso. Siempre los protejo contra sus agresores, siempre aparto las calamidades de su cabeza" (2).

VI

Después de dar muerte a Habib, el visir confidente de su padre (3), Motadid, volvió sus armas contra los bereberes, y principalmente contra sus vecinos los de Carmona. Tenía un motivo particular para aborrecer a los berberiscos, pues creía que si no lo evitaba habían de quitarle el trono a él o a sus descendientes, por haberle vaticinado

(1) *Abad*, t. I, pp. 243-244; Abd-al-uahid, p. 67; Aben-Basam, t. I, fol. 109 r.
(2) *Abad*, t. II, p. 52.
(3) *Abad*, t. I, p. 242.

sus astrólogos que su dinastía sería derrocada por hombres nacidos fuera de la península (1). Hizo, por lo tanto, todo lo posible para exterminarlos. La guerra fué de larga duración. Mohámed, príncipe de Carmona, habiendo caído en una emboscada, fué muerto—1042-43—(2); pero como le sucedió su hijo Ishac (3), continuaron las hostilidades.

Al mismo tiempo, Motadid extendía sus límites por Occidente. En 1044 arrebató Mértola a Aben-Taifur (4), y después atacó a Aben-Yahya, señor de Niebla, que no era un berberisco sino un árabe; pero cuando se trataba de redondear su territorio, a Motadid nada le detenía. Reducido al último extremo, Aben-Yahya se arrojó en brazos de los berberiscos. Modafar de Badajoz, que vino en su ayuda, rechazó a Motadid e inició contra él una liga formidable en que entraban Badis, Mohámed de Málaga y Mohámed de Algeciras. Abu-'l-Ualid aben-Chahuar, que en 1043 había sucedido a su padre como presidente de la república de Córdoba, hizo todo lo posible por reconciliar a los dos partidos; pero en vano: nadie escuchó a sus embajadores.

Los bereberes habían proyectado marchar contra Sevilla tan pronto como hubiesen preparado

---

(1) *Abad,* t. I, p. 251; t. II, p. 60.
(2) *Abad,* pp. 209, 216.
(3) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basam, t. I, fol. 109 r. Aben-Jaldun—*Abad,* t. II, p. 216—da a este príncipe el nombre de al-Aziz; pero es un error.
(4) *Abad,* t. II, p. 211.

y reunido a sus tropas. Motadid se les adelantó. Aprovechando la ausencia de Mudafar, que no había cuidado suficientemente la defensa de sus Estados, hizo ante todo devastar el territorio de Badajoz; luego, poniéndose—contra su costumbre—al frente de su ejército, marchó contra Niebla, atacó a los enemigos en una especie de desfiladero, cerca de la ciudad, y los precipitó en parte en el Tinto; pero Modafar consiguió rehacer sus tropas, dió una carga y obligó a Motadid a retirarse.

Modafar reunióse en seguida con sus aliados; pero mientras devastaba el territorio de Sevilla, Aben-Yahya se separó de su partido, por haberle obligado Motadid a coligarse con él. Modafar lo castigó, apropiándose el dinero que le había confiado y mandando saquear la campiña de Niebla (1). Entonces Aben-Yahya imploró el socorro de Motadid, el cual mandó atacar a las tropas de Badajoz y las derrotó, atrayéndolas a una emboscada. No contento con este éxito, hizo asolar los alrededores de Evora por su hijo Ismael. A fin de rechazar este ataque, el rey de Badajoz obligó a tomar las armas a todos los que estaban en situación de esgrimirlas, y, habiendo recibido un refuerzo de su aliado, Ishac de Carmona, salió al encuentro del enemigo. En vano los bereberes de Carmona le exhortaron a que no lo hiciera. "Ignoráis—decían—que el ejército sevi-

(1) *Abad*, t. I, pp. 247-248.

llano es muy numeroso; nosotros, por el contrario, lo sabemos, porque hemos recibido noticias de Sevilla, y, lo que es más, hemos visto a las tropas de Motadid." El fogoso Modafar no quiso creerlo; pero su audacia le costó cara, pues sufrió una terrible derrota, en que perdió tres mil hombres. Entre los muertos figuraba el príncipe de Carmona, que había capitaneado las tropas de su padre. Su cabeza fué enviada a Motadid, que la colocó en una caja, al lado de la del abuelo de este príncipe.

Badajoz presentó mucho tiempo un lúgubre espectáculo. Las tiendas estaban cerradas; los mercados, desiertos; lo más escogido de la población había perecido en esta batalla funesta (1). Para colmo de males, los sevillanos continuaban destruyendo las cosechas de tal modo, que el hambre asolaba el reino. Modafar nada podía hacer. Abandonado por sus aliados, que en vano llamaba en su socorro, estaba condenado a permanecer inactivo e inmóvil en Badajoz, mientras la cólera le devoraba las entrañas. Sin embargo, no se doblegó su orgullo. No quería ni oír hablar de un acomodamiento, aunque su victorioso enemigo no rehusaba positivamente la mediación de Aben-Chahuar. Fingía no cuidarse de sus pérdidas, hasta el punto de que envió a comprar cantadoras a Córdoba. Entonces escaseaban, y no sin trabajo

(1) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basan, t. I, fol. 108 v., 109 r.; poema de Aben-Zaidun, *ibid.*, fol. 99 v.

se encontraron dos, de mediano mérito. Al principio causó admiración el capricho del rey de Badajoz. Se le tenía por hombre grave, estudioso, y que de ordinario no hacía caso de cantarinas; no se comprendió que hubiese elegido para comprarlas el momento en que sus Estados presentaban el espectáculo de una devastación horrible. Pero cesó el asombro cuando se descubrió el móvil de su conducta. Modafar había sabido que en la venta de los bienes de un visir cordobés que acababa de morir, Motadid había adquirido una cantadora renombraba, y para demostrar que podía ocuparse en cantarinas con tanta tranquilidad como él, las había mandado adquirir.

Sin embargo, Aben-Chahuar continuaba haciendo esfuerzos por reconciliarlos, y en el mes de junio de 1051 fueron al fin coronados por el éxito, pues en esta época, por su intercesión, Modafar y Motadid firmaron la paz, después de largas negociaciones (1).

Motadid volvió entonces todas sus tropas contra Aben-Yahya de Niebla, ya reducido a sus propios recursos. Esta expedición no fué una campaña, sino un paseo militar. Convencido de su debilidad, Aben-Yahya ni siquiera intentó defenderse. Tomó el camino de Córdoba con la intención de pasar allí el resto de sus días, y Motadid tuvo la cortesía de enviarle un escuadrón, a guisa de escolta (2).

(1) *Abad*, t. I, pp. 248-249.
(2) *Abad*, t. I, p. 252.

El príncipe que reinaba en Huelva y en la isleta de Saltes, Abdalaziz el becrita, comprendió entonces que le había llegado la vez; no obstante, esperaba aún salvar algo del naufragio. Apresuróse a escribir a Motadid, le felicitó por su nueva conquista, le recordó las amistosas relaciones que habían existido siempre entre su propia familia y la de los abaditas, se declaró su vasallo y le ofreció Huelva a condición de que le dejara Saltes. Motadid aceptó la oferta, y, fingiendo querer avistarse con él, tomó el camino de Huelva. Abdalaziz juzgó prudente no esperarle, y se volvió con sus tesoros a Saltes. Habiendo tomado posesión de Huelva, Motadid regresó a Sevilla; pero dejó en Huelva a uno de sus capitanes, encargado de impedir que Abdalaziz abandonase su isla y que nadie se fuera con él. Informado de estas medidas, Abdalaziz adoptó el partido más prudente: entró en negociaciones con el capitán de Motadid, vendió al príncipe de Sevilla sus bajeles y sus municiones de guerra en diez mil ducados, y obtuvo permiso para trasladarse a Córdoba. Durante su viaje, el pérfido Motadid quiso tenderle un lazo y apoderarse de sus riquezas; pero Abdalaziz adivinó su intención, y, gracias a una escolta que pidió al príncipe de Carmona, llegó a Córdoba sin tropiezo (1).

En seguida Motadid atacó el pequeño principado de Silves, donde también reinaban árabes, los

(1) *Abad*, t. I, pp. 252-253; Ben-al-Abar, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 286 de la primera edición.

Beni-Mozain, cuyos antepasados—que ya poseían propiedades extensas en esta región de la península—habían desempeñado frecuentemente, en tiempo de los ommíadas, importantes cargos (1).

Resuelto a morir antes que rendirse, el príncipe de Silves defendióse con el valor de la desesperación. Pero el ejército sevillano, cuyo general era Mohámed—Motamid—, hijo de Motadid, aunque sólo de nombre, pues en esta época apenas contaba trece años (2), sostuvo el sitio con no menos vigor, y al fin Silves fué tomado por asalto. Aben-Mozain buscó en vano la muerte en lo más empeñado de la lucha; Motadid le perdonó la vida y se contentó con desterrarle (3). Después, confiriendo el gobierno de Silves a su hijo Mohámed, hizo marchar su ejército contra la ciudad de Santa María, situada cerca del cabo que aun lleva este nombre. El califa Solimán la había dado en feudo a un tal Said ben-Harun, de Mérida, cuya genealogía no se conoce, y que tal vez no era árabe ni berberisco, pues los hombres cuyo origen desconocían los cronistas árabes eran generalmente españoles. Después de la muerte de Solimán se había declarado independiente, y al morir le sucedió su hijo Mohámed, el cual, atacado por los sevillanos, sólo opuso una corta resis-

(1) Ben-al-Abar, pp. [illegible] y [illegible].
(2) Aben-Basan, t. II, artículo sobre Ben-Amar.
(3) Véase, sobre la toma de Silves, una carta contenida en el capítulo que Aben-Jacan, en su *Calayid*, consagró a Abu-Mohámed ben-Abd-al-bar, y compárese con la *nota E*, incluída al fin de este volumen.

tencia. Motadid reunió el distrito de Santa María al de Silves y decidió que su hijo Mohámed los gobernase juntamente—1052—(1).

Gracias a tan rápidas conquistas, el principado de Sevilla se había extendido mucho hacia Occidente. Sin embargo, aun tenía poca extensión hacia el Sur, donde reinaban príncipes berberiscos. La mayoría de ellos se hallaban entonces en paz con Motadid, y hasta habían reconocido su soberanía, o más bien la del supuesto Hixem II. Pero Motadid no se contentaba con tan poco: su intención era dar muerte a estos príncipes y tomar posesión de sus Estados; sin embargo, procediendo con moderación y prudencia, no quería aventurarse en una tentativa tan arriesgada hasta que sus maniobras secretas le asegurasen el éxito.

Por lo tanto, después de la conquista de Silves, fué a visitar—acompañado solamente de dos servidores—a dos de sus vasallos, Aben-Nuh, señor de Morón, y Ben-abi-Corra, señor de Ronda, sin haberles prevenido de su intento. Cuando se piensa en el odio que estos berberiscos le profesaban, asombra con razón que cometiese la imprudencia de ir a ponerse en sus manos; pero el hecho es que no carecía de audacia, y que, a pesar de su perfidia con todo el mundo, se fiaba de la buena fe de los demás. Fué acogido en Morón de la manera más honrosa. Aben-Nuh le demos-

---

(1) *Abad,* t. II, pp. 123, 210, 211. La fecha que consigna Aben-Jaldun es errónea; ya he indicado la que se encuentra en Ben-al-Abar.

tró su alegría a causa de su visita inesperada, le festejó con suntuosa hospitalidad y le reiteró que siempre sería su fiel vasallo. Pero Motadid no había ido para escuchar cumplimientos o recibir testimonios de cariño; su objeto era otro. Quería explorar el terreno y atraerse, si era posible, a algunas personas influyentes. Advirtió con facilidad que la población árabe ardía en deseos de sacudir el yugo berberisco y que, llegada la ocasión, podría contar con su apoyo. Gracias a las piedras preciosas y al dinero que llevaban sus dos acompañantes, sobornó hasta la mayoría de los oficiales berberiscos, sin que Aben-Nuh concibiese la menor sospecha de estas intrigas.

Contentísimo con el resultado de su visita, Motadid continuó su viaje, tomando el camino de Ronda. Allí fué recibido con la misma benevolencia, y sus secretos manejos le salieron tan bien o mejor porque los árabes de Ronda estaban aún más impacientes que los de Morón por librarse de la dominación berberisca; pues, según parece, los Beni-abi-Corra eran señores más duros que los Aben-Nuh. Motadid fué, por lo tanto, a urdir una terrible conspiración que debía estallar a la primera señal.

Sin embargo, en poco estuvo que no pagase con la vida su audaz empresa. Una vez, al fin de una comida en que no se había escatimado el vino, sintióse acometido por el sueño.

—Me encuentro fatigado y deseo dormir—dijo a su huésped—; pero no interrumpáis por esto la

conversación ni las libaciones; un corto sueño me repondrá pronto y volveré a ocupar mi asiento en la mesa.

—Haz lo que gustes, señor—le respondió Ben-abi-Corra, conduciéndolo a un sofá.

Transcurrida una media hora, cuando Motadid parecía dormir con un profundo sueño, un oficial berberisco rogó a los demás que le escucharan un instante, pues tenía algo de importancia que decirles. Obtenido el silencio, dijo en voz baja: "Me parece que tenemos aquí un carnero cebón que ha venido a ofrecerse espontáneamente al cuchillo, lo cual es una fortuna que estábamos lejos de esperar. De nada nos hubiera servido dar todo el oro de Andalucía por tener aquí a este hombre; pero ha venido por sí mismo... Es el demonio en persona, todos lo sabéis, y cuando deje de existir, nadie nos disputará la posesión de esta tierra."

Todos guardaron silencio, consultándose con la mirada; la idea de asesinar al que odiaban y temían, y cuyos caminos tortuosos conocían, halagaba a estos hombres endurecidos desde la infancia en toda clase de crímenes; así que sus atezados rostros no expresaron sorpresa ni repugnancia. Sólo uno, más leal, sintió hervir su sangre a la idea de tan infame traición. Era Moad ben-abi-Corra, pariente del señor de Ronda, el cual, con los ojos centelleantes de generosa indignación, se levantó, y tomando la palabra: "¡En nombre del cielo!, no hagamos eso—dijo a media voz, pero con tono firme—. Este hombre, al venir

aquí ha contado con nuestra lealtad; su conducta demuestra que nos cree incapaces de traicionarle, y exige nuestro honor que justifiquemos su confianza. ¿Qué dirían nuestros hermanos de otras tribus si supiesen que hemos violado los sagrados derechos de la hospitalidad, asesinando a nuestro huésped? ¡Que Dios maldiga al que se atreva a cometer semejante crimen!"

Los bereberes se conmovieron con estas nobles palabras. Recordándoles de un modo tan enérgico los deberes de la hospitalidad, Moad había hecho vibrar en sus corazones una cuerda que rara vez se toca en vano en los pueblos de Asia y Africa.

Sin embargo, Motadid, aunque parecía dormido, estaba completamente despierto, y, presa de indecible angustia, lo había oído todo. Tranquilizado por el efecto que habían producido las palabras de Moad, fingió despertarse, y volvió a sentarse a la mesa. Todos los convidados se levantaron de pronto, y le abrazaron y besaron con respeto en la frente, poniendo mayor efusión en sus caricias por lo mismo que su conciencia no estaba del todo tranquila y se reprochaban en secreto haber tenido por un momento la idea de asesinar a su huésped.

—Amigos míos—dijo entonces el príncipe—, es preciso que vuelva inmediatamente a Sevilla; pero en víspera de abandonaros no acierto a explicar cuán satisfecho estoy de vuestro recibimiento. Querría daros alguna débil muestra de mi gratitud; mas, desgraciadamente, la provisión de re-

galillos que llevaban mis servidores está casi agotada. Dadme papel y tinta; que cada uno me dicte su nombre, indicándome lo que prefiere: trajes de honor, dinero, caballos, muchachas, esclavos o cualquier cosa, y cuando yo esté de regreso en la capital, envíe cada uno un servidor en busca del presente que le destino.

Todos se apresuraron a obedecer los deseos del príncipe, y cuando éste regresó a Sevilla, los servidores de los berberiscos acudieron en tropel y llevaron a Ronda magníficos presentes.

Parecían, por lo tanto, existir las mejores relaciones entre Motadid y los bereberes; los antiguos rencores habían sido olvidados y sustituídos por estrechas relaciones, por una amistad íntima y cordial, cuando seis meses después de su visita, Motadid invitó a los señores de Morón y Ronda a un gran festín, que, según decía, quería ofrecerles para demostrarles su reconocimiento por su buena acogida. Invitó también a Aben-Jazrun, señor de Arcos y de Jerez, y pronto llegaron los tres a Sevilla—1053—. Motadid les hizo un recibimiento magnífico, y, según la costumbre, les ofreció un baño, lo mismo que a los principales personajes de su escolta, pero reteniendo al lado suyo con un pretexto al joven Moad.

Cerca de sesenta bereberes fueron al edificio indicado por el príncipe, y después de ser desnudados en el primer salón, penetraron en el segundo, en la verdadera sala de baño. Como los que aun existen en los palacios musulmanes, era

de piedra recubierto de mármol y coronado por una cúpula perforada por orificios en forma de estrellas cerrados por vidrios deslustrados. De trecho en trecho había pilas de mármol y tubos colocados en el espesor de los muros, que partían de una caldera y mantenían una temperatura muy elevada.

Gozando con delicia el bienestar que proporciona el baño, oyeron los berberiscos un ligero ruido, como si estuvieran trabajando albañiles. Al principio no hicieron caso; pero después, como el calor iba siendo cada vez más sofocante, intentaron abrir la puerta. ¡Cuál no sería su espanto! La puerta estaba tapiada, los ventiladores obstruídos... Murieron todos asfixiados (1).

En tanto, el joven Moad, después de haber esperado largo tiempo la vuelta de sus compañeros, acabó por inquietarse y se atrevió a preguntar a Motadid por qué tardaban tanto en volver. El príncipe no vaciló en decírselo, y al ver un terror profundo pintado en su semblante, añadió:

—No tienes nada que temer. Tus parientes y tus amigos merecían morir, porque concibieron la idea de asesinarme. Has de saber que yo no dormía en el momento que esta proposición fué formulada; escuché también las nobles palabras que pronunciaste en aquella ocasión, y jamás olvidaré que si aun vivo a ti te lo debo. Ahora pue-

(1) Un príncipe aglabita mató del mismo modo a muchos de sus eunucos y de sus guardias, de quienes quería desembarazarse. Ben-Adari, t. I, p. 127.

des elegir: si consientes en permanecer aquí, estoy dispuesto a compartir contigo todas mis riquezas; si prefieres volver a Ronda, partirás colmado de presentes.

—¡Ah, señor!—respondió Moad con tono profundamente triste—, ¿cómo he de volver a Ronda, donde todo ha de recordarme a los que he perdido?

—Pues bien, quédate en Sevilla — repuso el príncipe—; no tendrás por qué quejarte de mí.

Y dirigiéndose a uno de sus servidores:

—Cuida—le dijo—de que inmediatamente se prepare un magnífico palacio para que Moad pueda habitarlo. Haz transportar allí mil monedas de oro, diez caballos, treinta muchachas y diez esclavos. Te señalo también—continuó dirigiéndose de nuevo a Moad—un sueldo anual de doce mil ducados.

Moad permaneció en Sevilla, donde vivió con opulencia principesca. Diariamente le enviaba Motadid regalos de gran valor y de rara elegancia; le confirió un mando en el ejército (1), y siempre que consultaba a sus visires sobre los negocios de Estado, reservaba el puesto de honor al que le había salvado la vida.

Habiendo depositado las cabezas de los señores berberiscos en aquella espantosa arca que tanto le agradaba contemplar, Motadid envió tropas a tomar posesión de Morón, Arcos, Jerez,

(1) *Abad*. t. II, p. 14, línea 17.

Ronda y otras plazas. Ayudados por la población árabe y por traidores, vendidos a Motadid, lo consiguieron sin gran trabajo. La toma de Ronda —donde Abu-Nasr había sucedido a su padre— parecía que había de costarles mayores esfuerzos, porque, edificada sobre una montaña elevadísima, estaba rodeada de precipicios y considerada como inexpugnable. Pero los árabes se sublevaron en masa contra los berberiscos y comenzaron a asesinarlos con ciego furor. El propio Abu-Nasr intentó inútilmente salvarse por la fuga; pero en el momento en que trataba de escalar la muralla se resbaló, y su cadáver rodó hasta el precipicio (1).

Sobre todo la toma de Ronda causó indecible júbilo al príncipe de Sevilla, que se apresuró a fortificar más aún esta ciudad; cuando terminaron los trabajos fué a inspeccionarlos, y, loco de alegría, compuso estos versos:

"Mejor fortificada que nunca, eres ahora la mejor alhaja de mi reino, ¡oh, Ronda! Las lanzas y las cortantes espadas de mis valientes guerreros me han proporcionado la ventaja de poseerte; tus habitantes me llaman tu señor, y serán mi apoyo más firme. ¡Ah, mientras dure mi vida, sabré abreviar la de mis enemigos! ¡Mientras aliente, no cesaré nunca de combatirlos! He pasado a cuchillo batallones y batallones, y las

---

(1) Véase la nota C al fin de este volumen.

cabezas de mis adversarios, engarzadas como perlas, forman un collar a la puerta de mi palacio" (1).

VII

Mientras Motadid, embriagado por sus triunfos, se entregaba a los transportes de una inmoderada alegría, Badis era presa de creciente ansiedad. Cuando supo la terrible suerte que había cabido a los señores berberiscos, desgarró sus vestiduras, lanzando alaridos de ira y dolor; y al enterarse de que por un arranque de patriótica indignación, de que toda la población árabe de Ronda se había levantado como un solo hombre para aniquilar a sus opresores, negros presentimientos atormentaron su desconfiado espíritu. ¿Quién le respondía de que sus propios súbditos árabes no estaban confabulados también con el abadita, o no conspiraban contra su vida o su trono? Esta idea le perseguía sin cesar día y noche; hubiera podido decirse que tenía raptos de locura. Ya, enajenado de furor, gritaba, juraba y se encolerizaba con todo el mundo; ya, con el alma perturbada por el miedo y henchida de negra melancolía, guardaba un silencio sombrío y languidecía como un árbol herido por el rayo. ¡Cosa extraña y de siniestro presagio! Badis ya no bebía...

---

(1) *Abad*, t. I, p. 247.

Maduraba en secreto un proyecto terrible. Mientras hubiese árabes en sus Estados, no tendría un momento de tranquilidad; la prudencia, según él, le ordenaba exterminarlos, y pensaba hacerlo el próximo viernes, cuando se hallasen reunidos en la mezquita. Sin embargo, como no intentaba nada sin consultar a su visir, el judío Samuel, le informó de su plan, añadiendo que estaba completamente decidido a ejecutarlo, aunque el visir lo aprobase o no. El judío encontró malo el proyecto y procuró disuadir al príncipe. "Supongamos—le dijo—que todo sucede a medida de tu deseo; supongamos que consigues exterminar a los árabes, y no contemos para nada el peligro de semejante empresa; pero ¿crees que los árabes de otros Estados olvidarán la desgracia de sus compatriotas? ¿Crees que permanecerán tranquilos en sus casas? Cierto que no. Ya los veo correr furiosos; veo enemigos, tan innumerables como las olas del mar, caer sobre ti y blandir sus cimitarras sobre tu cabeza..." Por sensatas que fueran estas palabras, no produjeron ningún efecto en Badis; hizo prometer a Samuel que guardaría el secreto, y dió las órdenes necesarias a fin de que todo estuviese dispuesto para el viernes siguiente, día en que los soldados, armados de todas armas, debían reunirse so pretexto de una revista.

Pero Samuel no permaneció ocioso; envió secretamente a los principales árabes algunas mujeres conocidas, que les aconsejaron no fuesen a

la mezquita el próximo viernes, sino que, por el contrario, se ocultaran. Advertidos así, los árabes estuvieron alerta, y en el día prefijado no fueron a la mezquita más que algunos hombres del bajo pueblo. Furioso al ver desconcertado su plan, Badis hizo venir a Samuel y le reprendió por haber divulgado su secreto. El visir lo negó, añadiendo después: "Se explica fácilmente que los árabes no hayan ido a la mezquita. Viendo que has reunido tropas sin una razón aparente, porque estás en paz con tus vecinos, han sospechado que irían en contra suya. En vez de disgustarte, debes dar gracias a Dios; adivinando tus intenciones, hubieran podido sublevarse; y, sin embargo, no se han movido. Considera el asunto a sangre fría, señor, y día llegará en que apruebes mi parecer." Acaso Badis, en su ceguedad, se hubiera negado a convencerse; pero habiendo aprobado las razones de Samuel un *xaij* berberisco, confesó al fin que se había equivocado (1). No pensó más en exterminar a sus súbditos árabes; pero continuamente solicitado por los fugitivos de Morón, Arcos, Jerez y Ronda, refugiados en Granada, resolvió castigar la perfidia del enemigo de su raza e invadió el territorio sevillano al frente de los emigrados y de sus propias tropas (2). No poseemos detalles de esta guerra;

---

(1) Ben-Hayan, en mi Introducción a la Crónica de Ben-Adari, pp. 86, 88. En la página 86, línea 16, debe leerse *uahachara xarabaho aladi la sabra laho anho.*

(2) *Abad,* t. II, p. 210.

pero todo induce a creer que fué sangrienta; pues, por una parte, los berberiscos ardían en deseos de vengar la muerte de sus compatriotas, y, por otra, los árabes aborrecían a los granadinos aun más que a los otros bereberes. Los consideraban como infieles, incrédulos y enemigos de la religión musulmana, por tener un visir judío. "Tu espada se ha ensañado en un pueblo que no ha creído nunca más que en el judaísmo, aun cuando se apellidan berberiscos", decían los poetas sevillanos cuando cantaban las victorias de Motadid (1). Para los sevillanos, una guerra contra los granadinos era una guerra santa; así que luchaban con tanto vigor, que los obligaron a retirarse. Entonces los emigrados tuvieron mucho que sentir. No permitiéndoles Motadid volver a sus casas, y no queriendo Badis que permaneciesen en Granada por no proveer a su subsistencia, tuvieron que pasar el estrecho. Desembarcaron en las inmediaciones de Ceuta; pero Sacot, señor de esta plaza, no los quería tampoco. Rechazados así por todo el mundo cuando el hambre asolaba el Africa, perecieron casi todos de inanición (2).

En seguida volvió Motadid sus armas contra el hamudita Casim, señor de Algeciras, el más débil de los príncipes berberiscos, por lo que

---

(1) Abd-al-uahid, p. 80; Aben-Jacan, *Calayid*, t. I, p. 177 —artículo sobre Ben-Amar—.

(2) *Abad*, t. II, p. 210.

pronto se vió obligado a pedir gracia. Motadid le permitió irse a vivir a Córdoba—1058—(1).

Terminada esta nueva conquista, Motadid creyó que ya era tiempo de concluír la comedia que, a imitación de su padre, venía representando, y de declarar que el supuesto Hixem II había muerto. Las razones que su padre había tenido para escudarse con el nombre de este monarca ya no existían. Además todo el mundo estaba convencido de que era imposible volver al pasado, de que el califato había caído para no levantarse; la experiencia había disipado en este punto todas las ilusiones. El esterero de Calatrava se había convertido, por lo tanto, en un personaje completamente inútil. Puede que este hombre, que nunca se mostraba a los cortesanos ni al pueblo, hubiese muerto hacía muchos años; puede que Motadid, cansado de él, le hubiese hecho matar, como algunos cronistas aseguran. No nos atreveríamos a afirmar nada, porque el príncipe sevillano sabía, cuando quería, rodear sus actos de un misterio impenetrable. El caso es que en el año 1059 reunió a los principales habitantes de su capital para anunciarles que el califa Hixem había muerto hacía algún tiempo, de un ataque de parálisis. "Mientras había habido guerras que sostener—añadió—, la prudencia le había impedido dar publicidad a este suceso; pero ahora que estaba en paz con todos sus vecinos, podía hacerlo

(1) *Abad*, t. I, p. 249; t. II, p. 207; Aben-Jaldun, fol. 23 r.

sin peligro. Después mandó sepultar los restos mortales del esterero de Calatrava con todos los honores debidos a la realeza; y en su calidad de *hachib*, o primer ministro, acompañó el cortejo a pie y sin *tailesan* (1). Comunicó también la muerte del califa a sus aliados de Levante, exhortándolos a hacer una nueva elección. Naturalmente, nadie pensó en ello. Entonces pretendió, según dicen, que en su testamento el califa le había nombrado emir de toda España (2). Lo cierto, al menos, es que trataba de serlo, pues todos sus esfuerzos tendían hacia este fin, y ahora quería apoderarse de la antigua capital de la monarquía. Pero el destino le preparaba un desengaño terrible.

Sus tropas habían hecho muchas correrías por el territorio de Córdoba, cuando en el año 1063 (3) ordenó a Ismael, su hijo mayor y general del ejército, que fuese a apoderarse de la ciudad, casi en ruinas, de Zahra. Ismael opuso dificultades y objeciones. Hacía algún tiempo que estaba descontento de su padre; se quejaba de su dureza, de su tiranía; le acusaba de exponerle a menudo a grandes peligros, negándose a darle suficientes soldados cuando había que sostener un com-

(1) Es una especie de velo, que se lleva sobre la cabeza y los hombros.

(2) *Abad*, t. I, p. 250; t. II, p. 6; Abd-al-uahid, p. 66 —este autor se equivoca en la fecha—.

(3) 455 de la Héjira. Así es como se debe leer, ateniéndose al manuscrito del Sr. Gayangos, en el pasaje de Ben-Hayan que he publicado en *Abad*, t. I, p. 256.

bate o que sitiar una plaza. Un aventurero ambicioso fomentaba su descontento. Era Abu-Abdala Bizilyani, que había emigrado de Málaga cuando Badis tomó esta ciudad. Queriendo a toda costa llegar a primer ministro, sin importarle de quién ni de dónde, este intrigante había procurado despertar en el ánimo de Ismael la idea de rebelarse contra su padre y fundar en cualquier sitio—por ejemplo, en Algeciras—un principado independiente. Había conseguido demasiado su propósito; pues cuando recibió la orden de marchar contra Zahra, la irritación de Ismael era tal, que poco faltaba para que llegase al colmo, y, desgraciadamente, su padre se negó de nuevo a darle todas las tropas que le pedía.

En vano Ismael le manifestaba que con tan pocos soldados era imposible atacar un Estado como Córdoba, y que si Badis iba en socorro de los cordobeses, como haría de seguro, por ser su aliado, se hallaría entre dos fuegos. Motadid no quiso escuchar nada; se encolerizó; en su ira llamó a su hijo cobarde, le abrumó de amenazas y faltó poco para que de las palabras pasase a los hechos. "¡Si tardas en obedecerme—exclamó—, te mando cortar la cabeza!"

Herido en su orgullo y lleno de cólera, Ismael se puso en marcha; pero consultó a Bizilyani, y éste, sin gran trabajo, le persuadió de que habían llegado el instante de ejecutar el plan que habían trazado. A dos jornadas de Sevilla, Ismael anunció a sus oficiales que había recibido una carta

de su padre, en la cual le ordenaba volver a su lado porque tenía que comunicarle cosas importantes. Acompañado de Bizilyani y de unos treinta guardias de caballería, volvió apresuradamente a Sevilla. Motadid no estaba allí, pues residía en el castillo de Zahir, al otro lado del río. Ismael encontró la ciudadela mal custodiada. Apoderóse de ella durante la noche; cargó en mulas los tesoros de su padre, y a fin de que nadie pudiese atravesar el río y llevar a Zahir la noticia de lo ocurrido, mandó echar a pique las barcas amarradas delante de la ciudadela. Luego, llevándose a su madre y a las demás mujeres del harén, tomó el camino de Algeciras.

A pesar de las precauciones adoptadas para impedir que su empresa llegase a oídos de su padre, éste fué informado por un jinete de la escolta de su hijo, que, desaprobando su culpable conducta, pasó el Guadalquivir a nado. En el mismo instante Motadid mandó dar una batida en toda la campiña a sus brigadas de caballería, y envió propios a los gobernadores de sus fortalezas. Llegaron a tiempo; así que Ismael halló cerradas las puertas de todos los castillos que encontró al paso. Temiendo entonces que los castellanos se reunieran para atacarlo, imploró la protección de Hasadi, gobernador de un castillo erigido en la cumbre de una colina, en los confines del distrito de Sidona. Hasadi accedió a su demanda, pero conviniendo en que había de quedarse al pie de la colina. Después fué a verlo, acompañado de

sus soldados; le aconsejó que se reconciliara con su padre, y le prometió su mediación. Viendo que su plan había fracasado completamente, Ismael consintió en todo lo que se le propuso. Entonces Hasadi le permitió entrar en el castillo, donde le trató con todas las consideraciones debidas a su jerarquía, y se apresuró a escribir a Motadid diciéndole que Ismael se arrepentía de su barrabasada y suplicando que le perdonase. La respuesta de Motadid no se hizo esperar y era tranquilizadora: declaraba el príncipe que perdonaba a su hijo.

Ismael volvió a Sevilla; su padre le dejó todos sus bienes; pero al mismo tiempo le hizo vigilar estrechamente y mandó decapitar a Bizilyani y a sus cómplices. Ismael lo supo, y, conociendo harto bien la duplicidad de su padre, no vió más que un lazo en el perdón obtenido. Desde entonces su partido estaba tomado. Sobornando a fuerza de dinero a sus guardianes y a algunos esclavos, los reunió durante la noche, los armó, les hizo beber para inspirarles valor y escaló con ellos un sitio del palacio que creía fácil de sorprender. Esperaba encontrar dormido a su padre, y en aquella ocasión iba decidido a quitarle la vida; pero, de repente, Motadid se presentó al frente de sus soldados. Al verle, los conspiradores emprendieron una fuga precipitada. Ismael consiguió pasar las murallas de la ciudad; pero los soldados lanzados en su persecución le alcanzaron y le llevaron prisionero.

En el colmo del furor, su padre le hizo arrastrar al interior del palacio, y, alejando todos los testigos, le mató con sus propias manos. Se ensañó también en sus cómplices, en sus servidores y amigos y hasta en las mujeres del harén. Hubo manos, narices y pies cortados, así como ejecuciones públicas y secretas.

Aplacada su cólera, el tirano fué presa de una tristeza sombría y de desgarradores remordimientos. Aquel hijo, que se había rebelado contra él, que había atentado contra su vida, que le había quitado sus tesoros y hasta sus mujeres, era, sin duda, muy culpable; pero si se repetía esto a cada instante, no podía olvidar que realmente le había amado, porque, a pesar de la dureza de su alma, sentía un tierno afecto hacia su familia. En aquel hijo, prudente en el consejo, intrépido y valeroso en el campo de batalla, había visto el apoyo de su prematura vejez y el continuador de su obra. Ahora había destruído con sus propias manos sus esperanzas más queridas.

"Al tercer día después de esta sangrienta catástrofe—refiere un visir sevillano—, entré con mis colegas en la sala del Consejo. El rostro de Motadid era terrible; temblábamos de temor, y al saludarle, apenas pudimos balbucear algunas palabras. El príncipe nos midió de pies a cabeza con su mirada escrutadora; después, rugiendo como un león: "¡Miserables!—exclamó—. ¿Por qué ese "silencio? Os regocijáis en secreto de mi desgra- "cia. ¡Salid de aquí!"

Acaso por primera vez aquella salvaje energía, aquella férrea voluntad, se sintieron doblegadas; aquel corazón, invulnerable en apariencia, había recibido una herida que el tiempo podría curar poco a poco, pero de la cual le quedaría siempre una profunda cicatriz. Por de pronto, dejando en paz a la república cordobesa, tan gozosa como asombrada de este respiro, no pensó más en sus vastos proyectos (1); pero insensiblemente volvió a ellos, y fué Málaga la que despertó su ambición.

Agobiados hacía muchos años por el yugo de Badis, los árabes de Málaga maldecían diariamente su tiranía y esperaban su libertad del príncipe sevillano. Harto sabían que también él era un tirano; pero, tirano por tirano, preferían el de su misma nación. Entendiéronse, pues, con Motadid y tramaron una conjura. El mismo Badis favoreció sus proyectos con su negligencia, porque, sumido en una embriaguez casi continua, no se preocupaba de los negocios más que a raros intervalos. En el día prefijado, un movimiento general e irresistible estalló en la capital y en veinticinco fortalezas; al mismo tiempo, las tropas sevillanas, capitaneadas por Motamid, hijo de Motadid, cruzaron la frontera para correr en auxilio de los insurrectos. Cogidos de improviso, los bereberes fueron pasados a cuchillo; los que consiguieron librarse, debieron su salvación a una pronta fuga, y, en menos de una semana, todo el principado

(1) *Abad*, t. I, pp. 253-259.

quedó en poder del príncipe de Sevilla. El castillo de Málaga, defendido por una guarnición de negros, fué el único que aun no se había rendido. Bien fortificado y erigido sobre la cumbre de una montaña, podía sostenerse mucho tiempo, y era de temer que Badis aprovechase aquel intervalo para acudir en socorro de los sitiados. Al menos, tal era el parecer de los jefes de la insurrección, los cuales aconsejaron a Motamid que estrechase el asedio del castillo y estuviese alerta, y que no se fiase de los berberiscos, que en gran número formaban parte de su ejército. Eran consejos prudentes; pero Motamid no los escuchó. Insciente y poco desconfiado por naturaleza, se dejaba agasajar por la población, encantada de sus amables maneras, y daba demasiado crédito a los oficiales bereberes, que, impulsados por una secreta simpatía hacia Badis, le traicionaban y le aseguraban que el castillo no tardaría en rendirse espontáneamente. En cuanto a los demás soldados, creyendo también que ningún peligro los amenazaba, vivían descuidados y se entregaban a los placeres.

Esta indolencia fué fatal para todos. Los negros del castillo habían logrado informar a Badis de que le sería fácil sorprender al ejército sevillano, por lo cual las tropas granadinas se pusieron en marcha. Salvaron las montañas con tal rapidez y precaución, que entraron en Málaga sin que un momento antes tuviese Motamid la menor sospecha de su proximidad; así que no tuvieron que combatir, sino simplemente que de-

gollar soldados inermes y ebrios la mayor parte. Motamid se escapó, retirándose a Ronda, y todo el principado tuvo que someterse de nuevo a la dominación de Badis.

Imagínese la rabia de Motamid cuando supo que por una serie de culpables negligencias de su hijo había perdido un ejército y un soberbio principado. Comenzó por ordenar que Motamid quedara prisionero en Ronda; después, olvidando los remordimientos que la muerte de su hijo mayor le había ocasionado, quiso que el segundo pagase con la cabeza la falta cometida. Ignorando hasta qué punto estaba irritado su padre, Motamid le enviaba poemas llenos de hábiles adulaciones. Elogiaba su generosidad y su clemencia, y trataba de consolarlo, recordándole sus antiguos tiempos. "¡Qué de brillantes victorias has conseguido!—decía—, victorias de que se hablará siempre en los futuros siglos; las caravanas han llevado el eco de tus triunfos a los más lejanos países, y cuando los árabes del desierto se reunen a la luz de la Luna para relatar las hazañas de sus héroes, no hablan más que de las tuyas." Procuraba excusarse, inculpando a los pérfidos bereberes, y pintaba con los más vivos colores la tristeza que le producía su desgracia. "Mi alma tiembla—decía—; mi voz y mis ojos están apagados; el color ha desaparecido de mis mejillas, aunque no estoy enfermo; mis cabellos han encanecido, aunque soy joven aún. Nada me agrada ya. El vino y la guitarra han perdido sus atrac-

tivos para mí; las jóvenes, provocativas o tímidas, ya no ejercen ningún imperio en mi alma. Y no es porque me haya consagrado a la devoción, a la santurronería, no; lo juro; aun siento hervir en mis venas la sangre fogosa de la juventud; pero lo único que hoy me agradaría sería obtener tu perdón y atravesar con mi lanza el cuerpo de mis enemigos."

Poco a poco Motadid se dejó ablandar, en parte por los poemas de su hijo—porque era muy aficionado a los hermosos versos—, en parte por las súplicas de un piadoso eremita de Ronda. Permitió a Motamid volver a Sevilla, y se reconcilió con él (1).

Pero el principado de Málaga estaba irremisiblemente perdido, y Badis demasiado alerta, para que Motadid pudiera intentar, por segunda vez, otro golpe de mano. También es de presumir que el rey de Granada, siempre inexorable en sus venganzas y siempre rodeado de verdugos, castigara con el fuego, con el hierro y con la fosa a los desgraciados que habían tenido la insolencia de rebelarse contra él, y que de este modo quitase a los descontentos las ganas de reincidir.

En medio de sus males, tuvieron, sin embargo, un consuelo—porque a su odio contra la opresión se unía algo de fanatismo religioso—; tuvieron el consuelo, repetimos, de saber que la influencia

(1) *Abad*, t. I, pp. 51-54, 201. 302; t. II, pp. 60, 63-65.

de los judíos había concluído en la corte de Granada.

Samuel había muerto; pero le había sucedido su hijo José, que era también un hombre hábil e instruído, aunque no sabía, como su padre, hacerse perdonar a fuerza de modestia la alta dignidad que ocupaba. Ostentaba el fausto de un príncipe, y cuando salía a caballo al lado de Badis no se notaba ninguna diferencia entre el atavío del príncipe y el del ministro. Y en verdad, era más rey que el rey. Dominaba completamente a Badis, sumido en una embriaguez casi continua; y a fin de que este príncipe no intentara substraerse a su dominio, le había rodeado de espías que le repetían hasta sus menores palabras. Por lo demás no era judío, sino de nombre. Afirmábase, al menos, que no creía en la religión de sus antepasados más que en las otras, y que las despreciaba todas. Parece que no atacó directamente la de Moisés; pero, en cuanto a la de Mahoma, declaró públicamente que sus dogmas eran absurdos, ridiculizando muchos versículos del Corán.

Por su orgullo, por su altanería y su poco respeto a la justicia, José había ofendido a los árabes, a los bereberes y aun a los judíos. Se le imputaban muchos crímenes, y tenía multitud de enemigos, figurando en primer término el faquí árabe Abu-Ishac, de Elvira. La juventud de éste había sido borrascosa; pretendió después en la corte un cargo, al que por su linaje se creía con derecho, pero no lo obtuvo; José frustró sus es-

peranzas y le desterró. Entonces se hizo devoto; pero, lleno de odio contra José, compuso contra él y sus correligionarios este violento poema:

"Ve, mensajero mío; ve a llevar a todos los cinechitas, lunas llenas y leones de nuestro tiempo, estas palabras de un hombre que los ama, que los compadece y que creería faltar a sus deberes religiosos si no les diese saludables consejos:

"Vuestro señor ha cometido una falta, de que sus enemigos se regocijan; pudiendo elegir su secretario entre los creyentes, lo ha escogido entre los infieles. Gracias a este secretario, los judíos, despreciados antes, se han convertido en grandes señores, y ya no tienen límites su orgullo y su arrogancia. De pronto, y sin esperarlo, han obtenido cuanto podían desear: han llegado a la cumbre de los honores de tal modo, que el mono más vil entre los infieles cuenta hoy como servidores multitud de piadosos y devotos musulmanes. Y ¡todo esto no lo deben a sus propios esfuerzos! ¡Quien tan alto los ha elevado es un hombre de nuestra religión! ¡Ah! ¿Por qué este hombre no sigue con ellos el ejemplo que le han dado los príncipes, buenos y devotos, de otros tiempos? ¿Por qué no los relega a su sitio, por qué no los hace los más viles de los mortales? Entonces, marchando en cuadrillas, llevarían entre nosotros una vida errante, siendo blanco de nuestro desdén y menosprecio; entonces no tratarían a nuestros

nobles con altivez, a nuestros santos con arrogancia; entonces no se sentarían a nuestro lado estos hombres de raza impura ni cabalgarían al par de los grandes señores de la corte.

"¡Oh, Badis! Eres un hombre de gran sagacidad; tus conjeturas equivalen a la certeza; pero ¿cómo no ves el daño que producen esos diablos, cuyos cuernos se destacan por doquiera en tus dominios? ¿Cómo puedes sentir afecto hacia esos bastardos que te han hecho odioso al género humano? ¿Con qué derecho esperas consolidar tu poder, cuando estas gentes destruyen lo que tú edificas? ¿Cómo puedes conceder tan ciega confianza a un malvado y hacerle tu íntimo amigo? ¿Has olvidado que el Todopoderoso dice en la Escritura que es preciso no tratarse con los malvados? ¡No elijas a esos hombres para ministros; abandónalos a las maldiciones, porque la tierra entera grita contra ellos; pronto temblará y pereceremos todos!... Dirige tus miradas a otros países y verás que en todas partes se trata como perros a los judíos y se los aleja. ¿Por qué tú solo has de obrar de otra suerte; tú, que eres un príncipe amado de tu pueblo; tú, que has nacido de un ilustre linaje de reyes; tú, que sobresales entre tus contemporáneos como tus abuelos sobresalieron entre los suyos?

"Cuando llegué a Granada, vi que los judíos reinaban allí: se habían repartido entre ellos la capital y las provincias, doquiera mandaba uno de estos malditos. Cobraban las contribuciones, tenían buena mesa, iban magníficamente vestidos,

mientras nuestras ropas, ¡oh, musulmanes!, estaban viejas y destrozadas. Todos los secretos de Estado les eran conocidos. ¡Qué imprudencia confiarlos a tales traidores! Los creyentes hacían una mala comida, a *dirhem* por cabeza, mientras ellos comían suntuosamente en palacio. Os han suplantado en el favor de vuestro señor, ¡oh, musulmanes!, y vosotros, ¿no lo habéis impedido y se lo consentís? Sus oraciones resuenan como las vuestras; ¿no lo oís, no lo veis? Matan bueyes y carneros en nuestros mercados, y vosotros, ¡coméis sin escrúpulo la carne de los animales muertos por ellos! El jefe de estos monos ha enriquecido su palacio con incrustaciones de mármol; ha mandado construir fuentes en que corre el agua más pura, y, en tanto, nos hace esperar a su puerta y se burla de nosotros y de nuestra religión. ¡Dios mío, qué desgracia! Si dijese que es tan rico como tú, rey mío, diría la verdad. ¡Ah, apresúrate a degollarle y a ofrecerle en holocausto; sacrifícale como a un carnero bien cebado! No perdones tampoco a sus parientes ni a sus amigos: han acumulado también inmensos tesoros. Toma su dinero: te pertenece más que a ellos. Matarlos no será una perfidia, no; la verdadera perfidia sería dejarlos reinar. Si han roto el pacto concertado con nosotros, ¿quién se atrevería a censurarte por castigar a los perjuros? ¿Cómo aspirar a distinguirlos, mientras vivimos en la obscuridad y los judíos nos deslumbran con el brillo de sus grandezas? Comparados con ellos, somos

despreciables, y en verdad, se diría que somos los malvados y ellos los buenos. No permitas que nos traten como hasta ahora, porque tú nos respondes de su conducta. Acuérdate también de que llegará un día en que des cuenta al Eterno de cómo has tratado al pueblo elegido por El, al que ha de gozar la beatitud eterna."

Este poema produjo poco efecto a Badis, que concedía a José ilimitada confianza; pero entre los berberiscos causó sensación profunda. Juraron la pérdida del judío, y los jefes del complot difundieron el rumor de que José estaba vendido a Motacim, rey de Almería, con el cual estaban en guerra. Y como los menos crédulos y los menos cegados por la pasión les preguntasen qué interés podía tener José en traicionar a un príncipe a quien dominaba completamente, respondían que, cuando el judío hubiese hecho morir a Badis y entregado sus Estados a Motacim, también darían muerte a este último, y entonces se sentaría en el trono. No hay para qué decir que todo esto era pura calumnia. El hecho es que los bereberes buscaban un pretexto para derribar a José y saquear a los judíos, cuyas riquezas envidiaban. Creyendo haberlo hallado al fin, se amotinaron y asaltaron el palacio real, donde se había refugiado José. A fin de librarse de su ciego furor, ocultóse el judío en una carbonera y se tiznó la cara para que no le conociesen; pero fué descubierto, reconocido, muerto y atado a

una cruz. En seguida los granadinos comenzaron a exterminar a los demás hebreos y a saquear sus casas; cerca de cuatro mil personas fueron víctimas de su odio fanático — 30 de diciembre de 1066—(1).

VIII

El resto de la España musulmana no estaba más tranquilo que el Mediodía; en todas partes se disputaban encarnizadamente las ruinas del califato, mientras se veía engrosar en el Norte un torrente que amenazaba tragarse todos los Estados musulmanes de la península.

Durante medio siglo, los reyes cristianos habían tenido harto que hacer en sus dominios para meterse a conquistadores; pero hacia el año 1055 las cosas cambiaron de aspecto. En esta época, Fernando I, rey de León y Castilla, se halló al fin en disposición de volver todas sus fuerzas contra los sarracenos. Era de prever que estos últimos no se hallarían en estado de resistirle. En efecto: todas las ventajas estaban de parte de los cristianos; tenían lo que les faltaba a sus enemigos: espíritu guerrero y entusiasmo religioso. Así, las conquistas de Fernando fueron rápidas y brillantes. Arrebató Viseo y Lamego —1057—a Modafar de Badajoz; conquistó al rey

(1) Véanse *Journ. Asiat.*, IV serie, t. XVI, pp. 210, 217-220; mi Introducción a la Crónica de Ben-Adari, pp. 99-102. y mis *Investigaciones*, t. I, pp. 292-305. He encontrado algunos detalles nuevos en Aben-Basam, t. I, fol. 200 v., 201 v.

de Zaragoza las fortalezas al sur del Duero; hizo una terrible correría en los Estados de Mamún de Toledo y avanzó hasta Alcalá de Henares. Los habitantes de esta ciudad mandaron a decir a su soberano que, si no se apresuraba a venir en su auxilio, pronto se verían obligados a rendirse. Harto débil para rechazar al enemigo, Mamún adoptó el partido más prudente: fué en persona a ofrecer a Fernando una inmensa cantidad de oro, plata y piedras preciosas, y se declaró su vasallo y tributario, como habían hecho ya los reyes de Badajoz y Zaragoza (1).

Entonces le tocó el turno a Motadid. En el año 1063, Fernando llegó a incendiar las aldeas del territorio de Sevilla, y era tal la debilidad de los Estados musulmanes, que Motadid, aunque era sin disputa el monarca más poderoso de Andalucía, creyó prudente seguir el ejemplo de Mamún. Trasladóse, pues, al campamento cristiano, ofreció a Fernando magníficos presentes y le suplicó que perdonara a su reino. Fernando parece que no conoció la bellaquería ni la crueldad de aquel hombre, al cual los cabellos blancos y la frente surcada de arrugas prestaban la apariencia imponente y venerable de un anciano, pues aunque no contaba más que cuarenta y siete años, los cuidados de la ambición, el trabajo, los excesos, y tal vez los remordimientos, le habían envejecido prematuramente (2). No es de extrañar que el

(1) Mon Sil., c. 91-93; cf. *Chron. Compost.*, p. 327.
(2) El monje de Silos le llama *grandaevus*.

rey de Castilla se dejase conmover por sus súplicas; mas creyendo que debía consultar a los magnates y a los obispos de su reinó, los convocó para preguntarles qué condiciones debía imponer a Motadid. Decidió la asamblea que el rey de Sevilla quedaría obligado a pagar un tributo anual y a entregar a los embajadores enviados por Fernando el cuerpo de Santa Justa, virgen y mártir de la persecución romana. Habiendo aceptado Motadid estas condiciones, Fernando retiró su ejército, y, una vez de regreso en León, envió a Sevilla a Alvito, obispo de la capital, y a Ordoño, obispo de Astorga.

Los dos prelados tenían una doble misión que cumplir: transportar a León el cuerpo de la santa y arreglar el asunto del tributo (1). Desgraciadamente, las pesquisas que se hicieron para encontrar las reliquias de Santa Justa resultaron inútiles.

—Ya lo veis, hermanos míos—dijo Alvito a sus compañeros—; a menos que la misericordia divina nos ayude, volveremos defraudados en nuestras esperanzas de este penoso viaje. Por tanto, me parece imprescindible pedir a Dios, durante tres días de ayunos y oraciones, se digne revelarnos el tesoro escondido que buscamos.

En consecuencia, los cristianos oraron y ayunaron tres días; con lo cual la salud de Alvito, ya quebrantada cuando llegó a Sevilla, empeoró

(1) Compárese con mis *Investigaciones*, t. I, p. 11º

mucho. En la mañana del cuarto día este obispo reunió nuevamente a sus compañeros y les dijo:

—Amados míos: Debemos dar gracias a Dios de todo corazón; pues, en su misericordia, se ha dignado no dejar nuestro viaje sin recompensa. Una orden del cielo nos prohibe sacar de aquí los restos de la bienaventurada Justa; pero llevaréis a nuestra patria un don no menos precioso: el cuerpo del bienaventurado Isidoro, que llevó en esta ciudad la mitra episcopal y que por sus obras y su palabra fué ornato de España entera. Hubiera deseado, hermanos míos, velar y rezar toda esta noche; pero habiéndome sentado un instante, rendido de fatiga, me he dejado vencer por el sueño. Entonces se me apareció un anciano revestido con hábitos episcopales.

—Ya sé—me dijo—con el propósito que tus compañeros y tú habéis venido aquí; pero como la voluntad divina no quiere que esta ciudad quede apenada por la pérdida de Santa Justa, y Dios, en su inagotable misericordia, no quiere tampoco que tus compañeros partan con las manos vacías, les entrego mi cuerpo.

—¿Quién eres para darme estas órdenes?—le pregunté.

—Soy el doctor de toda España—me respondió—y, en otro tiempo, el jefe de los sacerdotes de esta ciudad: soy Isidoro.

—Hablando así, desapareció, y despertándome, rogué a Dios que, si esta visión provenía de El, se dignase renovarla por segunda y tercera vez.

En efecto: reapareció otras dos veces, y en cada una el anciano me dirigió las mismas palabras; pero la tercera vez añadió, mostrándome el lugar donde su cuerpo está enterrado y tocándole tres veces con una varita que tenía en la mano:

—Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo; y para que no pienses que soy un fantasma que te engaña, reconocerás la verdad de lo que te digo por esta señal: en cuanto mi cuerpo sea desenterrado, te asaltará una enfermedad incurable, y, dejando ese cuerpo mortal, vendrás a nosotros con la corona de los justos.

Dicho esto la visión desapareció.

Alvito presentóse en seguida con sus compañeros en el palacio de Motadid, le refirió la aparición y le pidió permiso para llevarse el cuerpo de Isidoro en vez del de Santa Justa.

El relato del obispo debió producir en Motadid una impresión singular. Escéptico y burlón, envolvía todas las religiones en un mismo desdén y no creía más que en dos cosas: en la astrología y en el vino (1). Sin embargo, escuchó al obispo con seriedad imperturbable, y cuando hubo concluído su larga arenga:

—¡Ay!—exclamó con tono de tristeza profunda—, si os doy a Isidoro, ¿qué me queda? Sin embargo, cúmplase la voluntad de Dios. Eres un

(1) En un poema que compuso en la hora en que los creyentes acudían a las mezquitas para asistir a la oración de la mañana, decía: "Es preciso beber al despuntar el alba; este es un dogma religioso, y el que no crea en él es un pagano." *Abad*. t. I. p. 246.

hombre demasiado venerable para que pueda negarte nada. Buscad el cuerpo de Isidoro y llevároslo, aunque a mi pesar.

El árabe, como un verdadero zorro, comprendió el partido que podía sacar de la piedad de los cristianos, piedad de que se reía solapadamente. Teniendo que pagar un tributo, calculaba que si fingía conceder un gran precio a las reliquias; si, por decirlo así, no se las dejaba arrancar más que a la fuerza, podrían llegar a serle útiles. Contaba hacer como el deudor que, apremiado para pagar su deuda, incluye en la cuenta cualquiera antigualla que obliga a aceptar a su deudor como un objeto antiguo, de una rareza y un precio extraordinario. Así representó su papel hasta el fin, porque cuando el obispo de Astorga—su compañero acababa de morir—se disponía a abandonar Sevilla con los restos de Isidoro, salió al encuentro del cortejo, echó sobre la urna un paño de brocado, cubierto de arabescos de una labor maravillosa, y exhalando un gran suspiro:

—¡Ya te vas de aquí, Isidoro, hombre venerable!—exclamó—. Tú sabes, sin embargo, cuán estrecha amistad nos unía (1).

El año siguiente—1064—fué extremadamente desastroso para los musulmanes. Coimbra tuvo que rendirse a Fernando, después de un sitio de seis meses. En virtud de la capitulación, más de

(1) El relato de esta embajada se encuentra en la crónica del monje de Silos—c. 95-100—, que la tomó de los mismos compañeros de Alvito.

cinco mil defensores de la plaza fueron entregados al vencedor; los demás abandonaron sus moradas sin poder llevar consigo más que el dinero necesario para el viaje. Y esto no fué todo: cuantos musulmanes habitaban entre el Duero y el Mondego recibieron la orden de abandonar el país (1). Fernando volvió en seguida sus armas contra el reino de Valencia, donde el indolente y débil Abdalmelic-Modafar, que había sucedido a su padre Abdalaziz en 1061, reinaba a la sazón. Fué sitiada la capital; pero viendo que era difícil de rendir, los castellanos recurrieron a una astucia para privarla de sus defensores. Fingieron retirarse, y los valencianos salieron a perseguirlos en traje de fiesta: tan fácil creían la victoria; pero cara les costó su audacia. Cerca de Paterna, a la izquierda del camino que va de Valencia a Murcia, fueron asaltados de improviso por los castellanos. Murió la mayor parte, y su rey no debió la salvación más que a la ligereza de su caballo (2). La toma de la fortaleza de Barbastro, una de las más importantes del Noreste, fué también una gran calamidad. Cayó en poder de una banda de normandos, capitaneada por Guillermo de Montreuil, entonces general de las tropas del Papa, general que en los libros de caballería lleva el nombre de Gui-

(1) Mon. Sil. c. 87, 89, 90; *Chron. Compl.*, pp. 317, 318. Véase, sobre la fecha de la toma de Coimbra, la obra de Ribeiro *Disertaciones cronológicas y críticas.*
(2) Aben-Basam, última hoja del manuscrito de Gotha; Macari. t. I. p. 111, y t. II. pp. 748, 749.

llermo el Chato. La suerte de los vencidos fué terrible. Los soldados de la guarnición se habían rendido a condición de que se les perdonase la vida; pero fueron asesinados casi todos al salir de la ciudad, cuyos habitantes no fueron mejor tratados. También ellos habían obtenido el amán y se preparaban a abandonar la población, cuando Guillermo de Montreuil, a quien su número causaba inquietudes, ordenó a sus soldados que diezmasen las filas, y la carnicería no cesó hasta que perecieron seis mil personas. Ordenó después a todos los que tenían casa que entrasen en la ciudad con sus mujeres y sus hijos; obedecieron, y los normandos se lo repartieron todo. "Cada caballero que recibía en suerte una casa —dice un autor árabe de la época—, recibía, además, todo lo que contenía: mujeres, niños, dinero, etc., y podía hacer del dueño de la casa lo que quisiera; así que tomaba todo lo que el amo le enseñaba, y le obligaba, con todo género de torturas, a darle lo que pretendía ocultar. A veces el musulmán entregaba el alma en medio de tales tormentos, lo que era realmente una fortuna para él; porque, si sobrevivía, le esperaban dolores más amargos, pues los infieles, por un refinamiento de crueldad, se complacían en violar a las mujeres y a las hijas de los prisioneros ante los ojos de sus deudos. Cargados de cadenas, aquellos infelices se veían obligados a presenciar escenas horribles, transidos de dolor y vertiendo lágrimas." Afortunadamente para los musulma-

nes, Guillermo y sus compañeros no tardaron en abandonar España para gozar en su patria de las riquezas adquiridas. No quedó en Barbastro más que una guarnición muy escasa, y Moctadir, de Zaragoza, que había recibido de Motadid un refuerzo de quinientos jinetes, aprovechó la ocasión para reconquistar la ciudad en la primavera del siguiente año—1065—(1).

En tanto, Fernando redoblaba sus esfuerzos para apoderarse de Valencia, y aunque el rey de esta ciudad había recibido auxilios de su suegro, Mamún, de Toledo, se hallaba en una situación muy crítica cuando Fernando cayó enfermo, lo cual le obligó a volver a León. Sin embargo, Abdalmelic no tuvo mucho tiempo de felicitarse por ello, porque en noviembre fué destronado y encerrado en la fortaleza de Cuenca por su suegro, que incorporó el reino de Valencia a sus Estados (2).

Poco después vino la muerte a librar a los musulmanes de su más terrible enemigo. Por su valor, su piedad y por la pureza de sus costumbres, Fernando había sido un modelo de reyes: una muerte hermosa y santa había coronado dignamente una vida, hermosa y santa también. Llegado a León el sábado 24 de diciembre, se apresuró a ir a orar en la iglesia que había dedicado a San Isidoro, convencido de que se aproximaba el momento en que su cuerpo reposaría allí para

(1) Véanse mis *Investigaciones*, t. II, pp. 355-374.
(2) Véanse los textos publicados en mis *Investigaciones*, tomo II, pp. LI-LIV.

siempre. Descansó algunas horas en su palacio; en seguida volvió a la iglesia, donde los sacerdotes celebraban con solemnes cánticos la fiesta de la Natividad del Señor, y cuando, según el rito toledano, entonces aun en uso, entonaron el último nocturno de los maitines, *Avenit nobis*, unió su débil voz a la del clero. Al despuntar la aurora, les suplicó que dijeran misa, y habiendo recibido la Eucaristía, volvió a su lecho, marchando penosamente apoyado en los servidores de su casa. A la mañana del día siguiente se hizo poner sus regias vestiduras y trasladar a la iglesia, donde se arrodilló ante el altar, y, quitándose el manto real y la corona, dijo aún con voz clara:

—¡Tuyos son el poder y el reino, Señor! ¡Tú eres el rey de reyes; tuyos son los reinos del cielo y de la tierra; te devuelvo, pues, el reino que de ti he recibido y que he gobernado mientras plugo a tu divina voluntad. Te ruego solamente que acojas en tu misericordia mi alma, arrancada al abismo de este mundo.

Después, prosternándose en las gradas y llorando al implorar perdón de sus pecados, recibió la extremaunción de manos del obispo; y, vestido con un cilicio, la cabeza cubierta de ceniza, esperó la muerte, con la mirada henchida de fe y resignación. El martes inmediato, a la hora sexta, entregó su alma a Dios, o, más bien, se quedó dormido: tan tranquilo y sonriente permaneció su rostro (1).

---

(1) Mon Sil, c. 105, 106.

Otra muerte, de fijo menos santa, siguió muy pronto a ésta: Motadid, de Sevilla, expiró el sábado 28 de febrero del año 1069.

Dos años antes había incorporado Carmona a su reino, y poco después se había manchado con un nuevo crimen, apuñalando con su propia mano a un patricio de Sevilla, Abu-Hafs Hazani (1). Por lo demás, su espíritu estaba obsesionado en los últimos años de su vida por negros presentimientos. No temía ver derribado por los ataques de los castellanos el trono que había consolidado a fuerza de ardides, traiciones y perfidias; la predicción de sus astrólogos—de que ya hemos hablado, y que vaticinaba que su dinastía sería derrocada por hombres nacidos fuera de la península—daba otra dirección a sus temores. Había pensado durante mucho tiempo que estos extranjeros serían los berberiscos que moraban a su lado; pero cuando ya los había exterminado y creía haber vencido la sentencia de los astros, comenzó a sospechar que se había engañado. Al otro lado del estrecho una nube de bárbaros, que una especie de profeta había arrancado a los desiertos, caminaba a la conquista del Africa con la rapidez y el entusiasmo de los primeros musulmanes. En estos sectarios, que se daban el nombre de almoravides, veía Motadid a los futuros conquistadores de España, y ningún argumento podía disipar el temor que le inspiraban. Un

(1) *Abad*, t. II, pp. 216, 219, 220.

día que leía y releía una carta que había recibido de Sacot, príncipe de Ceuta, en que decía que la vanguardia de los almoravides acababa de establecer su campamento en la llanura de Marruecos, uno de sus visires exclamó:

—Señor, ¿cómo es posible que te preocupe esta noticia? Verdaderamente es una hermosa residencia esa pobre llanura de Marruecos, sobre todo si se compara con la bella, con la magnífica Sevilla. ¿Qué te importa que esos bárbaros hayan llegado allí? Entre ellos y nosotros hay desiertos, ejércitos numerosos y las olas del mar.

—Estoy convencido de que algún día llegarán aquí — respondió Motadid con voz sombría —; acaso lo verás tú mismo. Escribe inmediatamente al gobernador de Algeciras; mándale que fortifique aún más a Jibraltar; dile que esté alerta y que espíe con la más profunda atención todo lo que ocurra al otro lado del estrecho.

Y fijando la mirada sobre sus hijos, prosiguió:

—¡Ojalá pudiera yo saber sobre cuál de nosotros ha de descargar la desgracia que nos amenaza! ¿Será sobre vosotros, o sobre mí?

—¡Que Dios os perdone a costa mía, padre—exclamó Motamid, y me envíe todas las desgracias que te destinaba, cualesquiera que sean! (1).

Cinco días antes de su muerte, sintiendo cierto malestar, cierta pesadez de cuerpo y de espíritu,

(1) *Abad*, t. I, pp. 251, 252; Abd-al-uahid, p. 70.

Motadid hizo venir a uno de sus cantores, a un siciliano, y le ordenó que cantase cualquier cosa. Estaba resuelto a considerar como un presagio las palabras de la canción que el cantante eligiera. Este comenzó a entonar una de esas canciones, a la vez dulces y tristes, que tanto abundan en la literatura árabe, y que comenzaba así:

"Gocemos de la vida, pues sabemos que acabará bien pronto. Mezcla vino con agua de las nubes, ¡oh, amada mía!, y dánosle."

Cantó cinco versos de esta canción, de modo que, por una coincidencia singular—pero que parece bien averiguada—, el número de versos correspondía exactamente al de los días que a Motadid le quedaban de vida.

Dos días después, el jueves 26 de febrero, su amor paternal—porque ya hemos dicho que a pesar de su crueldad sentía un profundo afecto hacia sus hijos—recibió un golpe extremadamente doloroso por la muerte de una hija a quien adoraba. En la tarde del viernes asistió a los funerales, transido de aflicción, y, al terminar la ceremonia, quejóse de un violento dolor de cabeza. Cuando llegó el médico tuvo una hemorragia que casi le asfixió. El médico quiso sangrarlo; pero Motadid, que era un enfermo poco sumiso, le mandó esperar hasta el siguiente día, lo cual aceleró su muerte, porque el sábado volvió a empezar la hemorragia con más violencia que la pri-

mera vez, y, después de perder el uso de la palabra, Motadid exhaló el último suspiro (1).

Le sucedió su hijo Motamid, a quien procuraremos dar a conocer.

IX

Nacido en 1040, Motamid, cuando sólo tenía once o doce años, había sido nombrado por su padre para el gobierno de Huelva, y poco después había mandado el ejército sevillano que sitiaba a Silves. En esta ocasión fué cuando conoció a un aventurero, que sólo contaba nueve años más que él, y que debía desempeñar un papel importante en su destino.

Se llamaba Ben-Amar. Nacido en una aldea de las inmediaciones de Silves, de parientes árabes, pero pobres y obscuros, había comenzado a estudiar literatura en Silves y en Córdoba y luego se había dedicado a recorrer España para ganarse el pan cotidiano, componiendo panegíricos a todos los que podían pagárselos, porque, mientras los poetas de fama habrían creído rebajarse escribiendo poemas para otros que no fuesen príncipes o visires, aquel pobre joven ignorado y mal vestido, que excitaba la hilaridad en unos y la piedad en otros por su gorrito y larga pelliza, se consideraba feliz si algún advenedizo enrique-

(1) *Abad*, t. II, pp. 61, 62.

cido se dignaba arrojarle las migajas de su mesa a cambio de sus versos que, sin embargo, tenían mérito. Un día llegó a Silves en extremo apurado, pues no tenía más que su mula y no sabía qué hacer para alimentar a la fiel compañera de sus miserias. Afortunadamente, se acordó de un hombre muy a propósito para ayudarle, si quería: de un rico negociante de la ciudad que, a falta de conocimientos literarios, tenía la vanidad suficiente para que le agradase una oda compuesta en su alabanza. El pobre poeta escribió una, y se la envió, informándole de su miseria. Halagado en su amor propio, el negociante le envió un saco de cebada. Al recibir este presente, bastante mezquino, Ben-Amar se decía, con razón, que el mercader bien podía haberle enviado, además, un saco de trigo; pero no por eso se puso menos alegre, y ya veremos que más adelante supo mostrar reconocimiento a su bienhechor.

La inspiración poética de Ben-Amar no tardó en divulgarse, y le valió la honra de ser presentado a Motamid, a quien agradó en extremo; y como ambos amaban los placeres, las aventuras y, sobre todo, los buenos versos, no tardó en unirlos una amistad íntima. Por eso, en cuanto Silves fué tomado y Motamid nombrado gobernador, se apresuró a crear un visirato para su amigo y le abandonó el gobierno de la provincia (1).

---

(1) Abd-al-uahid, pp. 79-81; *Abad*, t. II, p. 88; Aben-Basam, t. II, fol. 98 v.

Los felices días pasados en Silves, encantadora mansión donde todo el mundo era entonces poeta (1), y que todavía se llama el paraíso de Portugal, no se borraron de la memoria de Motamid. Su corazón no se había abierto aún al amor; algunos caprichos se habían apoderado de su imaginación; pero se habían desvanecido sin haberle causado alegrías duraderas (2). Estaba en la época de la amistad entusiasta y se abandonaba a este sentimiento sin segunda intención, con todo el fuego de su edad. En cuanto a Aben-Amar, que no se había criado, como el príncipe, en la opulencia, el lujo y la fortuna, y que, por el contrario, había conocido desde los albores de la vida las luchas, los desalientos, las crueles decepciones y la indigencia, tenía una imaginación menos viva, menos risueña, menos joven; no podía librarse de cierta ironía; era ya escéptico en muchos sentidos... Un viernes iban los dos amigos a la mezquita, cuando, oyendo Motamid anunciar al almuédano la hora de la oración, improvisó este verso, rogando a Ben-Amar que le añadiese otro, en el mismo metro y con la misma rima:

"—He aquí el almuecín que anuncia la hora de la plegaria.

(1) En la campiña de Silves, casi todos los aldeanos tenían el talento de improvisar; véase Cazuini, t. II, p. 364.
(2) Véase el poema de Motamid sobre Silves, que traduciremos más adelante.

—Al hacerlo espera que Dios ha de perdonarle sus numerosos pecados—replicó Ben-Amar.

—¡Que sea feliz, puesto que atestigua la verdad—continuó el príncipe.

—Siempre que crea su alma lo que dice su lengua—repuso sonriendo el visir (1)."

Cosa extraña, pero que se explica pensando que había aprendido muy pronto a conocer a los hombres y a dudar de ellos. Ben-Amar desconfiaba hasta de la amistad tan ilimitada y tierna que le profesaba el joven príncipe; por más que hacía, no lograba alejar los negros presentimientos que a veces atormentaban su espíritu, sobre todo en los banquetes, porque tenía el vino triste. Refiérese sobre esto una aventura ciertamente singular y rara, pero que, sin embargo, es verdadera, pues descansa sobre los testimonios más respetables, o sean Motamid y Ben-Amar. Una tarde—según dicen—, Motamid había invitado a Ben-Amar a una cena; le había agasajado más que de costumbre, y, cuando se retiraron los demás comensales, le rogó que se quedara y que se acostase con él. El visir cedió a sus instancias; mas apenas dormido, oyó una voz que le decía: "¡Desgraciado, ése llegará a matarte!" Poseído de terror, Ben-Amar se despertó sobresaltado; mas procurando alejar de su mente las negras ideas que atribuía a los vapores del vino, consiguió por fin volver a dormirse. No obstante, escuchó estas

(1) *Abad*, t. I, p. 384.

siniestras palabras por segunda y por tercera vez. No dudando ya de que era un aviso sobrenatural, se levantó sin hacer ruido, y, liándose el cuerpo en una estera, fué a agazaparse en un rincón del pórtico, resuelto a evadirse en cuanto abriesen las puertas de palacio, queriendo llegar a un puerto de mar y embarcarse para Africa.

En tanto, Motamid despertó a su vez, y no hallando a Ben-Amar al lado suyo, lanzó un grito de alarma, al cual acudieron todos sus servidores. Empezó a registrar el palacio en todos sentidos; el mismo Motamid dirigía las pesquisas. Queriendo ver si habían abierto la puerta, llegó al pórtico en que estaba oculto Ben-Amar, el cual se delató por un movimiento involuntario en el mismo instante en que las miradas del príncipe se fijaban en la estera que le envolvía. "¿Qué se mueve bajo esa estera?", preguntó Motamid, y todos los servidores corrieron a registrarla, apareciendo Ben-Amar en el más lamentable estado del mundo, en ropas menores, temblando de pies a cabeza y tan avergonzado, que no se atrevía a levantar los ojos. Al verle, Motamid se echó a llorar: "¡Oh, Abu-Becr!—exclamó—¿Qué te sucede para proceder así?" Y viendo que su amigo continuaba temblando, le arrastró dulcemente a su aposento y trató de arrancarle el secreto de su extraña conducta. Pasó mucho tiempo sin que lo consiguiese. Presa de un violento paroxismo nervioso, oscilando entre el temor y el ridículo de su situación, Ben-Amar lloraba y reía a la vez.

Calmado al fin, lo confesó todo. Motamid rióse de su declaración, y estrechándole afectuosamente la mano, le dijo:

—Querido amigo, los vapores del vino te han ofuscado la razón y has tenido una pesadilla; eso es todo. ¿Crees que podré matarte nunca, a ti, que eres mi alma; a ti, que eres mi vida? Sería cometer un suicidio. Procura olvidar esos malditos sueños y no hablemos más de ello.

"Ben-Amar—dice un historiador árabe—procuró, en efecto, olvidar esta aventura y lo consiguió; pero al cabo de algunos días le ocurrió lo que referiremos más adelante." (1).

Cuando los dos amigos abandonaron Silves, iban a Sevilla, donde se entregaban a todos los placeres que ofrecía esta brillante y deliciosa capital. A menudo se presentaban disfrazados en la *Pradera de Plata*, a orillas del Guadalquivir, donde hombres y mujeres del pueblo iban a solazarse. Allí fué donde Motamid encontró por primera vez a la que estaba destinada para compañera de su vida. Paseábase una tarde con su amigo en la *Pradera de Plata*, y aconteció que la brisa onduló el agua del río, y Motamid improvisó este verso, rogando a Ben-Amar que le añadiese otro:

"La brisa convierte el río
en una cota de malla..."

---

(1) Abd-al-uahid—pp. 81, 82—refiere esta aventura con las mismas palabras que Ben-Amar. Aben-Basam—t. II, folio 113 r. y v.—la había oído contar a muchos visires de Sevilla, que la sabían por Motamid. Véase también *Abad*, t. II, página 120.

Y como Ben-Amar no encontrase respuesta inmediatamente, una muchacha del pueblo la dió así:

"Mejor cota no se halla
como la congele el frío."

Maravillado de oír a una muchacha improvisar con más prontitud que Ben-Amar—que en esto era famosísimo—, Motamid la miró atentamente. Quedó impresionado de su belleza, y llamando en seguida a un eunuco que le seguía a alguna distancia, le mandó llevar a la improvisadora a su palacio, al cual se apresuró a volver.

Cuando le presentaron a la joven le preguntó quién era.

—Me llamo Itimad—respondió—; pero ordinariamente me llaman Romaiquía, porque soy esclava de Romaic, y en cuanto a mi profesión, soy muletera.

—Dime, ¿estás casada?

—No, príncipe.

—Tanto mejor, porque voy a comprarte, y a casarme contigo (1).

Motamid amó a Romaiquia durante toda su vida con un amor inalterable. Ella reunía todo para agradarle. Fué comparada algunas veces a Ualada de Córdoba, la Safo de esta época. Esta comparación, exacta en algún sentido, no lo era

---

(1) *Abad,* t. II, pp. 151, 152; cf. 225, 226. Hasta después de su matrimonio no adoptó el joven príncipe el sobrenombre de Motamid, derivado de la misma raíz que el nombre Itimad. Hemos creído deber dárselo anticipadamente, pero antes llevaba otros; véase *Abad,* t. II, p. 69, y compárese con la p. 61.

en otros. No habiendo recibido una esmerada educación, no podía rivalizar con Ualada en cultura; pero no le era inferior en la conversación espiritual, en las buenas palabras, en las felices y sencillas ocurrencias, en las réplicas vivas e ingeniosas, aventajándola tal vez por sus gracias naturales y casi infantiles, su jovialidad y su travesura (1). Sus caprichos y sus deseos hacían la dicha y la desesperación de su esposo, obligado a satisfacerlos a toda costa, porque cuando concebía una idea nadie la podía disuadir. Un día, en el mes de febrero, vió desde una ventana del palacio de Córdoba caer copos de nieve, espectáculo muy raro en un país donde apenas se conoce el invierno. De pronto rompió a llorar.

—¿Qué tienes, querida mía?—le preguntó su marido.

—¿Qué tengo? — respondió sollozando—. Lo que tengo es que eres un bárbaro, un tirano, un monstruo. Mira qué bonita es la nieve, qué hermosa, qué magnífica; qué graciosamente se adhieren estos blancos copos a las ramas de los árboles; y tú, ingrato, no te preocupas de proporcionarme este soberbio espectáculo todos los inviernos; nunca se te ha ocurrido llevarme a un país donde nieve siempre.

—No te desesperes así, vida mía, bien mío—respondió el príncipe, enjugándole las lágrimas

(1) *Abad*, t. II, p. 234.

que le surcaban las mejillas—, tendrás nieve todos los inviernos y aquí mismo, te lo prometo.

Y mandó plantar almendros en toda la sierra de Córdoba, a fin de que las blancas flores de estos hermosos árboles, que florecen en cuanto pasan las heladas, reemplazasen para Romaiquia los copos de nieve que tanto la habían admirado (1).

En otra ocasión vió a unas mujeres del pueblo que amasaban, con los pies desnudos, barro para hacer ladrillos, y como se echase a llorar, le preguntó su marido la causa de su pena.

—¡Ay, soy desgraciadísima—dijo—desde el día en que, arrancándome a la vida alegre y libre que llevaba en mi casucha, me has encerrado en este triste palacio ligándome con las pesadas cadenas de la etiqueta! Mira a esas mujeres ahí abajo, a orillas del río. Querría amasar barro con ellas, con los pies desnudos; pero ¡ay!, condenada por ti a ser sultana y rica, no lo puedo hacer.

—Sí que podrás—respondió el príncipe sonriendo.

Y en el mismo instante bajó al patio del palacio, hizo traer una enorme cantidad de azúcar, canela, jengibre y perfumes de todas clases, y después de cubrir todo el suelo del patio con tan preciosos ingredientes, los hizo regar con agua de rosas y amasar a brazo tan bien, que formaron una especie de barro. Hecho esto, dijo el príncipe a Romaiquia:

(1) *El conde Lucanor*, c. 14.

—Baja al patio con tu séquito; el barro te espera.

Fué la sultana, y, descalzándose, lo mismo que sus acompañantes, hundieron todos los pies con loca alegría en aquel barro aromático.

Era un capricho muy caro; así que Motamid sabía recordárselo cuando era preciso a su antojadiza esposa, cuyos deseos no tenían límites. Habiéndole pedido un día una cosa que el príncipe no le podía conceder:

—¡Ah, cuán digna soy de compasión!—exclamó—. Indudablemente soy la más desdichada de las mujeres, porque tomo a Dios por testigo de que nunca has hecho la menor cosa por agradarme.

—¿Ni tampoco el día del barro?—le preguntó Motamid con dulce y tierna voz.

Romaiquia se ruborizó y no insistió más (1).

Fuerza es añadir que los ministros de la religión no pronunciaban nunca el nombre de esta inquieta sultana más que con un santo horror. La consideraban como el mayor obstáculo para la conversión de su marido, arrastrado sin cesar por ella—decían—en un torbellino de placeres y voluptuosidades; y si las mezquitas estaban desiertas los viernes, la culpaban a ella. Romaiquia se reía de sus clamores. Aturdida y descuidada, no sospechaba que aquellos hombres llegarían a ser temibles algún día (2).

---

(1) *Abad*, t. II, pp. 152, 153.
(2) *Abad*, t. II, p. 151.

Por lo demás, a pesar de su amor, Motamid seguía concediendo a Ben-Amar el afecto de siempre. Una vez, hallándose con su amigo y lejos de Romaiquia, le escribió una carta en la cual incluyó estos seis versos acrósticos:

"Invisible a mis ojos, siempre estás presente en mi corazón.

Tu felicidad sea infinita, como lo son mis cuidados, mis lágrimas y mis insomnios.

Impaciente al yugo, cuando otras mujeres quieren imponérmelo, me someto dócilmente a tus menores deseos.

Mi anhelo, en cada instante, es estar a tu lado. ¡Ojalá pueda lograrlo pronto!

Amiga de mi corazón, piensa en mí y no me olvides, por larga que sea la ausencia.

Dulce nombre es el tuyo. Acabo de escribirle, acabo de trazar estas amadas letras: *Itimad* (1).

Y terminó su carta con estas palabras: "Pronto iré a verte, siempre que lo quieran Alá y Ben-Amar."

Enterado de esta frase Ben-Amar, dirigió estos versos a su amigo:

"¡Ah, príncipe mío! Nunca he tenido otro deseo que tu voluntad; me dejo guiar por ti como el viajero nocturno por los relámpagos deslum-

(1) *Abad*, t. II, p. 68.

bradores. Si quieres volver cerca de la que amas, embárcate en un ligero bajel—yo te seguiré—, o monta a caballo—también te seguiré—. Después, cuando, gracias a la protección divina, lleguemos al patio de tu palacio, me dejarás volver solo a mi casa, y tú, sin desceñirte la espada, irás a echarte a los pies de la hermosa del cinturón de oro, y desquitándote del tiempo perdido, la abrazarás, la estrecharás contra tu pecho, mientras tu boca y la suya murmuren dulces palabras como los pájaros se responden con cantos melodiosos al rayar la aurora" (1).

Repartiendo su corazón entre el amor y la amistad, llevaba el joven príncipe una vida encantadora, pero que fué interrumpida bruscamente cuando su padre desterró a Ben-Amar. Esto fué un rayo para los dos amigos; mas ¿qué hacer? Las resoluciones de Motadid eran inquebrantables. Ben-Amar pasó en el Norte, y especialmente en Zaragoza, los tristes años de su destierro, hasta que Motamid, que entonces contaba veintinueve años, sucedió a su padre (2). El príncipe se apresuró a traer al lado suyo al amigo de su adolescencia y le dió a elegir entre los diversos empleos del reino. Ben-Amar se decidió por el gobierno de su provincia natal. Aunque le

---

(1) *Abad*, t. II, p. 88.

(2) Abd-al-uahid, pp. 77-81. Según otra tradición—*Abad*, tomo II, p. 105—, Ben-Amar había vuelto a la corte en vida de Motadid; pero este relato me parece inexacto.

vió con disgusto apartarse de su lado, Motamid accedió a su demanda (1); pero cuando su amigo se despidió, los encantados recuerdos de su estancia en Silves y esas primeras emociones que nunca dejan amargura en el corazón, se reavivaron, e improvisó estos versos:

"Saluda en Silves los lugares queridos que ya sabes, ¡oh, Abu-Becr!, y pregúntales si se acuerdan de mí. Saluda, sobre todo, al Xarachib, al soberbio palacio cuyas salas están llenas de leones y de blancas beldades, de tal modo que se creería ya estar en una cueva de leones, ya en un serrallo (2), y dile que hay aquí un caballero que arde en deseos de volverlo a ver. ¡Cuántas noches he pasado allí, al lado de una hermosa joven de amplias caderas y esbelta cintura! ¡Cuántas veces hermosas jóvenes blancas y morenas me han herido el corazón con sus miradas dulces, cual si sus ojos fuesen lanzas o espadas! ¡Cuántas noches he pasado también en el valle, junto al río, con una bella cantadora, cuyo brazalete recordaba a la Luna en creciente! Me embriagaba de todos modos, ya con sus miradas, ya con el vino que me ofrecía, ya con sus besos. Y cuando tocaba en su guitarra una canción guerrera creía escuchar el choque de las espadas y me sentía bélicamente enardecido. ¡De-

(1) Abd-al-uahid, p. 82.
(2) No hay necesidad de decir que el poeta se refiere aquí a estatuas y a leones figurados

licioso momento, sobre todo aquel en que, despojándose de su túnica, se me aparecía esbelta y flexible como una rama de sauce! "¡La flor —me decía yo entonces—ha surgido de su capullo!" (1).

Ben-Amar entró en Silves rodeado de un soberbio cortejo y con tal pompa que ni el mismo Motamid, cuando era gobernador de la provincia, la había desplegado mayor; pero se hizo perdonar este alarde de orgullo con un noble acto de reconocimiento, porque habiendo sabido que el negociante que le había socorrido en su indigencia cuando no era más que un pobre poeta ambulante vivía aún, le envió un saco lleno de monedas de plata. Este saco era el mismo que el mercader le había enviado lleno de cebada y que Ben-Amar había guardado cuidadosamente. Sin embargo, no ocultó a su antiguo bienhechor que el presente le había parecido algo mezquino, porque le mandó decir estas palabras: "Si en otro tiempo me hubieses enviado este saco lleno de trigo, hoy te lo devolvería lleno de oro" (2).

No permaneció largo tiempo en Silves, pues, no pudiendo vivir sin él, Motamid lo llamó a la corte, nombrándole su primer ministro (3).

---

(1) *Abad,* t. I, pp. 39, 84.
(2) Abd-al-uahid, p. 80.
(3) Abd-al-uahid, pp. 82, 83.

X

Como Motamid y su ministro eran, sobre todo, aficionados a la poesía, la corte sevillana llegó a ser el punto de cita de los mejores poetas de la época. Los poetastros no tenían, en cambio, ninguna probabilidad de hacer fortuna, porque Motamid era un crítico severo que examinaba con gran cuidado todos los poemas que se le presentaban, y analizaba cada expresión y cada sílaba (1); pero cuando se trataba de un poeta de talento, su generosidad no tenía límites. Un día oyó recitar estos dos versos:

"La fidelidad en el cumplimiento de las promesas es hoy cosa rarísima. No encontraréis nadie que practique esta virtud, ni siquiera que piense en ello. Es algo fabuloso, como el grifo o como ese cuento en que se refiere que un poeta recibió un día como presente mil ducados."

—¿De quién son esos versos?—preguntó.

—De Abd-al-Chalil—le respondieron.

—Y ¡qué!—exclamó entonces—. ¿Uno de mis servidores, un buen poeta, considera como cosa fabulosa un presente de mil ducados?

Y dispuso inmediatamente que se enviasen mil ducados a Abd-al Chalil (2).

En otra ocasión, mientras conversaba con uno

(1) *Abad*, t. II, p. 148.
(2) Abd-al-uahid, p. 72; *Abad*, t. II, p. 222.

de los poetas sicilianos—que habían venido a su corte cuando su patria fué conquistada por Rogerio el Normando—, le trajeron unas monedas de oro que acababan de acuñar. Dió dos bolsas llenas de ellas al siciliano; pero éste no quedó contento con el regalo, aunque fuese magnífico, y miraba con codicia una figurilla de ámbar incrustada de perlas que había en la sala, y que representaba un camello. "Señor—dijo al fin—, tu presente es magnífico, pero muy pesado, y creo que me haría falta un camello para transportarlo a mi morada." "Tuyo es el camello"—respondió sonriendo Motamid (1).

En general, todo el que tenía talento podía estar seguro de agradar a Motamid, fuese poeta o no, aun cuando fuese salteador de caminos, como lo prueba la anécdota del *Halcón Gris*. El *Halcón Gris*—no se le designaba más que con este apodo—había sido, durante mucho tiempo, el ladrón más célebre de la época, el espanto y el azote de los habitantes de las campiñas; pero, habiendo caído al fin en manos de la justicia, fué condenado a morir crucificado en la carretera, para que los aldeanos pudieran ser testigos de su suplicio. Sin embargo, como hacía un calor sofocante el día en que fué ejecutada la sentencia, el camino estaba poco frecuentado. Al pie de la cruz en que estaba clavado el ladrón se hallaban su mujer y sus hijas llorando sin consuelo. "¡Ay—decían—,

(1) *Abad*, t. II, p. 146.

cuando ya no existas, moriremos de hambre!" El *Halcón Gris* era un hombre muy compasivo, un corazón de oro, y la idea de que su familia iba a quedar en la miseria le partía el alma. Vió llegar a un mercader forastero montado sobre una mula, cargada de piezas de tela y de otras mercancías, que iba a vender en los pueblos cercanos.

—¡Eh, señor, me encuentro aquí, como ves, en una postura bastante desagradable; pero puedes hacerme un gran servicio, que te reportará gran utilidad.

—¿Cómo?—preguntó el aludido.

—¿Ves ese pozo ahí abajo?

—Sí, le veo.

—¡Muy bien! Pues has de saber que cuando cometí la tontería de dejarme prender, eché diez ducados en ese pozo, que está seco. Si quieres hacerme el favor de sacarlos, te daré la mitad. Mi mujer y mis hijas, que aquí ves, cuidarán de tu mula hasta que acabes.

Seducido por el cebo de esta ganancia, el mercader cogió inmediatamente una cuerda, ató un extremo al borde del pozo y se deslizó hasta el fondo.

—¡Alerta!—dijo entonces el *Halcón Gris* a su mujer—. Corta la cuerda, coge la mula y huye a escape con las niñas.

Todo se hizo en un abrir y cerrar de ojos. El trajinante bramaba como un toro; pero como la campiña estaba casi desierta, pasó mucho tiempo antes de que un transeunte viniera en su socorro,

y no teniendo éste bastante fuerza para sacarlo, tuvo que esperar a que viniese otro que le ayudase.

Arrancado al fin de su prisión subterránea, el mercader tuvo que contestar a sus libertadores, que le preguntaban qué había ido a hacer a aquel pozo.

Refirióles su desdichada aventura, con fuertes imprecaciones contra el ladrón que le había engañado tan indignamente. Pronto fué conocida en toda la ciudad y hasta llegó a oídos de Motamid, que mandó que desclavasen al *Halcón Gris* y se lo trajeran. Cuando estuvo en su presencia, le dijo:

—No hay duda de que eres el mayor bribón que existe, pues ni la perspectiva de la muerte ha bastado para hacerte renunciar a tus artimañas.

—¡Ay, príncipe!—respondió el ladrón—. Si, como yo, supieras lo apetitoso que es robar, mandarías al infierno tu regio manto y no harías otra cosa.

—¡Maldito bribón!—añadió el príncipe, riendo a carcajadas—. Pero hablemos seriamente. Supongamos que te perdono la vida, que te dejo en libertad, que te pongo en situación de ganarte honrosamente la vida y que te asigno un sueldo que baste a satisfacer tus necesidades. ¿Te enmendarías entonces y abandonarías tu detestable oficio?

—Mucho se hace por salvar la vida, señor; hasta se enmienda uno. Confía; quedarás satisfecho de mí.

El *Halcón Gris* cumplió su palabra. Nombrado brigadier de policía, inspiró tanto terror a sus antiguos camaradas como había inspirado antes a los campesinos (1).

Por lo demás, Motamid llevaba una vida alegre, sin preocuparse mucho de los negocios de Estado. "A mi parecer—decía en uno de sus poemas—, el ser prudente consiste en no serlo" (2). Los festines absorbían gran parte de su tiempo, y como quería mostrarse caballero galante, se veía obligado a consagrar el resto a las beldades de su harén. No había dejado de amar a Romaiquia; por el contrario, seguía amándola con pasión; pero como, según el extraño código que rige el amor en los países musulmanes, pueden permitirse algunos caprichos sin ser infiel, dirigía de tiempo en tiempo sus homenajes a otras mujeres, sin que Romaiquia, segura de reinar como soberana en el corazón de su marido, tuviese nada que objetar. La hermosa Amada era encantadora, y cuando bebía a su salud el príncipe encontraba el vino más aromático (3). Luna le acompañaba cuando estudiaba los versos de los antiguos poetas o escribía los suyos, y si al Sol se le ocurría lanzar una mirada indiscreta en el gabinete de estudio, allí estaba ella para interceptarlo, "porque harto sabía—afirmaba el príncipe—que sólo

(1) *Abad*, t. II, p. 224, 225.
(2) Abd-al-uahid, p. 72.
(3) *Abad*, t. I, p. 392.

la Luna puede eclipsar al Sol" (1). Más gazmoña y más áspera, Perla tenía a veces caprichos y se encolerizaba, siendo preciso que Motamid se esforzase mucho para apaciguarla. Una vez que había provocado su enojo, le escribió para disculparse. Ella le respondió bien, pero sin encabezar la carta con su nombre, como era costumbre.

—¡Ay, no me ha perdonado todavía!—dijo entonces el príncipe—. Por eso no ha puesto su nombre al principio de la carta. Sabe que yo adoro su nombre; pero está tan disgustada conmigo que no quiere escribirlo. "Cuando lo vea—se habrá dicho—va a besarlo. Pues, por Dios, que no lo ha de ver" (2).

Y Hada, ¡qué gentil enfermera! El príncipe pedía a Alá, como un favor, que le hiciese estar constantemente enfermo, a condición de ver siempre a su cabecera a aquella graciosa gacela de labios purpurinos (3).

Se engañaría, sin embargo, quien imaginase que Motamid descuidaba completamente proseguir la obra de su padre y de su abuelo. Aunque no era tan ambicioso como ellos, hizo lo que éstos habían intentado en vano: al segundo año de reinar anexionó Córdoba a su reino.

Cierto que su padre le había abierto el camino y que las circunstancias le secundaron admirablemente. Dos años antes, en 1046, el anciano pre-

---

(1) Abd-al-uahid, p. 73; *Abad*, t. II, p. 30.
(2) *Abad*, t. I, p. 391.
(3) *Abad*, t. I, p. 388.

sidente de la república, Abu-'l-Ualid aben Chahuar, había abdicado sus funciones en su dos hijos, Abderrahman y Abdalmelic. Confió al mayor todo lo concerniente a la administración y a la hacienda, y al menor, a quien prefería mucho, el mando militar (1). El menor eclipsó bien pronto al primogénito; pero todo marchaba bien mientras duró la influencia del hábil visir Ben-as-Saca. Este hombre de Estado inspiraba respeto a todos los enemigos declarados u ocultos de la república, y al mismo Motadid, el cual comprendió que para lograr sus fines debía comenzar por derribarlo. Procuró hacerle sospechoso a Abdalmelic aben-Chahuar, y lo consiguió. Ben-as-Saca fué condenado a muerte, acontecimiento que tuvo para la república las más desastrosas consecuencias. Los oficiales y los soldados, que habían sido muy adictos al visir, presentaron casi todos la dimisión, mientras Abdalmelic se hacía odioso a sus conciudadanos por su dureza y su indolencia. Parece, además, que fué cercenado poco a poco lo que quedaba en pie de las instituciones republicanas.

El poder de Abdalmelic ya vacilaba, por lo tanto, cuando Mamún de Toledo puso sitio a Córdoba en el otoño de 1070. No teniendo casi ejército, porque su caballería estaba reducida a doscientos hombres muy mal organizados, Abdalmelic pidió socorro a Motamid, y lo obtuvo. Mo-

(1) Ben-Hayan, *apud* Aben-Basam, t. I, fol. 158 v., 159 r

tamid envió fuerzas considerables que obligaron a retirarse a las tropas toledanas; pero nada ganó con esto Abdalmelic; al contrario: los jefes del ejército sevillano, siguiendo las secretas órdenes de su monarca, se entendieron con los cordobeses para quitar el poder a Abdalmelic y conferírselo al rey de Sevilla. Este complot fué tramado en el mayor misterio, por lo que Abdalmelic nada sospechó. En la madrugada del séptimo día, después de la marcha de Mamún, y cuando estaba a punto de salir para despedirse de los sevillanos, que habían anunciado que se marcharían, fué cuando llegaron a sus oídos gritos sediciosos. Mira y ve su palacio cercado por los supuestos auxiliares y por el pueblo, y casi en el mismo instante le detienen, lo mismo que a su padre y al resto de la familia.

Motamid fué proclamado señor de Córdoba, y los Beni-Chahuar, llevados prisioneros a la isla de Saites; pero el viejo Abu-'l-Ualid no sobrevivió a su infortunio más que cuarenta días (1).

El rey poeta habla de esta conquista como si hubiese sido la de una beldad algo altanera:

"He obtenido, al primer vuelo, la mano de la hermosa Córdoba—decía—, de esa valiente ama-

(1) Aben-Basam, t. I, fol. 159 r., 160 r.; Ben-Hayan, *ibídem*, fol. 160 r. y v.; poema de Ben-al-Cacira, *apud* Ben-al-Jatib, man. P., fol. 51 r. y v.; Aben-Jaldun, fol. 125 v. Este último autor se equivoca cuando afirma que la toma de Córdoba aconteció en 461, porque Aben-Basam dice: "Hacia fines del 462." También está en un error al sostener que Abu-'l-Ualid había muerto ya en esta época; Abd-al-uahid—p. 43—ha incurrido también en la misma equivocación.

zona que, con la espada y la lanza en la mano, rechazaba a cuantos la pretendían en matrimonio. Ahora celebramos los dos nuestras bodas en su palacio, mientras, desanimados, los otros reyes, mis rivales, lloran de rabia y tiemblan de miedo. ¡Temblad, y con razón, viles enemigos, porque bien pronto el león caerá sobre vosotros!" (1).

Sin embargo, Mamún no se dió por vencido; al contrario, estaba dispuesto a apoderarse de Córdoba, costase lo que costase. Acompañado de su aliado Alfonso VI, devastó los alrededores de la ciudad, pero fué rechazado por el joven gobernador Abad, hijo de Motamid y de Romaiquia (2). Entonces Ben-Ocaxa se comprometió a ponerlo en posesión de la ciudad que ambicionaba. Era un hombre feroz, sanguinario, un antiguo bandido de la sierra, pero que no carecía de talento, y que conocía perfectamente Córdoba, donde ya había representado algún papel. Nombrado gobernador de una fortaleza, comenzó a intrigar en Córdoba y a tramar complot, lo cual no era difícil, porque había muchos ciudadanos descontentos de la dirección de los negocios. Cierto que el príncipe Abad hacía concebir hermosas esperanzas; pero como aún era muy joven para gobernar por sí mismo, el poder estaba en manos del jefe de la guarnición, Mohámed, hijo de Martín, a lo que parece de origen cristiano. Pero

(1) *Abad,* t. I, p. 46.
(2) *Abad,* t. I, p. 322; Lucas de Túy, p. 100.

este hombre, buen so'dado por otra parte, era cruel, sanguinario y libertino; así que los cordobeses lo detestaban, y muchos no tuvieron escrúpulo de entrar en tratos con Ben-Ocaxa. Sin embargo, este último no logró ocultar completamente sus manejos. Un oficial se dió cuenta de que el antiguo salteador venía muchas noches a 'as puertas de la ciudad y sostenía conversaciones muy sospechosas con los soldados de la guarnición. Refirióselo a Abad; pero éste no hizo gran caso de la advertencia y envió el que se lo daba a Mohámed, hijo de Martín, quien lo envió a su vez a oficiales subalternos. En una palabra: cada uno descargó èn otro las medidas que debían adoptarse, y nadie cumplió con su deber.

En tanto, Ben-Ocaxa estaba de continuo en acecho, y en enero de 1075 aprovechó una noche tempestuosa y obscurísima para introducirse en la ciudad con los suyos, marchando directamente al palacio de Abad. Allí no había guardia, y ya estaba a punto de forzar las puertas cuando el príncipe, despertado por el portero, vino a cortarle el paso con un puñado de esclavos y de soldados. A pesar de su extrema juventud, defendióse como un león, y ya había obligado a los asaltantes a evacuar el vestíbulo cuando se resbaló. Uno de los hombres de la partida cayó sobre él y le dió muerte. Quedó su cadáver en la calle, casi desnudo, porque, habiéndose despertado de pronto, Abad no había tenido tiempo de vestirse.

En seguida Ben-Ocaxa condujo a sus secuaces

a la casa del gobernador. Tan lejos estaba éste de esperar ser atacado, que en el mismo instante en que invadían su morada se solazaba viendo bailar a sus almeas. Menos valiente que Abad, se ocultó cuando oyó el ruido de las espadas en el patio; pero, descubierto su escondite, fué apresado y muerto.

Al amanecer, mientras Ben-Ocaxa recorría las casas de los nobles para persuadirlos a que hiciesen causa común con él, un imán que iba a la mezquita pasó por delante del palacio de Abad. Llamóle la atención un cuerpo que yacía allí desnudo y sin vida. Reconociendo, no sin trabajo, en aquel cadáver, manchado de lodo, el del joven príncipe, le tributó un piadoso y último honor, cubriéndole con su alquicel. Apenas se había ido, llegó Ben-Ocaxa, rodeado de esa turba que en las grandes ciudades prorrumpe en gritos de alegría a cada revolución. Por orden suya el cadáver fué decapitado, y la cabeza, clavada en una pica, paseada por las calles. Al verla, los soldados de la guarnición arrojaron las armas y procuraron salvarse por una pronta fuga. Ben-Ocaxa reunió entonces a los cordobeses en la gran mezquita y les ordenó que prestasen juramento a Mamún. Aunque había muchos sinceramente adictos a Motamid, el miedo fué tan grande y general, que todos se apresuraron a obedecer. A los pocos días llegó Mamún en persona. Aparentemente estaba reconocidísimo a Ben-Ocaxa; lo colmó de honores, le dijo que le concedía una confianza ilimitada;

pero, en realidad, odiaba y temía a aquel antiguo bandido, endurecido en el crimen, capaz de asesinarlo, si fuera preciso, con la misma sangre fría que había mandado degollar al joven Abad. Así que buscaba ansiosamente un pretexto, una ocasión para alejarlo de su reino sin ruido y sin escándalo. No ocultó siempre este designio a sus cortesanos. Un día que Ben-Ocaxa acababa de marcharse, lanzó un profundo suspiro, y con los ojos inflamados de cólera murmuró algunas palabras de mal augurio, y como un amigo de Ben-Ocaxa se atreviese a decir algo en su favor: "¡Déjate de tonterías!—gritó Mamún—; el que no respeta la vida de los príncipes, no ha nacido para servirlos."

Un mes después—junio de 1075—, y el sexto de su estancia en Córdoba, murió Mamún, envenenado... Acusaron del crimen a uno de sus cortesanos; pero ¿fué extraño Ben-Ocaxa a este asesinato? Trabajo cuesta creerlo.

Traslademonos ahora a la corte de Sevilla, e imaginemos el dolor de Motamid cuando supo la noticia, doblemente fatal, de la pérdida de Córdoba y de la muerte de su hijo, de su primogénito, al que amaba con idolatría. Y, sin embargo, hubo en aquel noble corazón un sentimiento que habló más alto que el dolor y que el deseo de venganza: la profunda gratitud hacia aquel imán que había tenido la delicadeza de cubrir con su alquicel el cadáver de Abad. Dolíase de no poder recompensarle, por desconocer hasta su nombre,

y, apropiándose un verso que un antiguo poeta había compuesto en una ocasión análoga, repetía:

"¡Ay! Ignoro quién es el que ha cubierto a mi hijo con su alquicel, pero sé que es un hombre noble y generoso." (1).

Durante tres años fueron inútiles los esfuerzos que hizo para reconquistar a Córdoba y vengar en Ben-Ocaxa la muerte de su hijo, hasta que al fin tomó la ciudad por asalto el martes 4 de septiembre de 1078. Mientras entraba por una puerta, Ben-Ocaxa salía por otra; pero Motamid lanzó en su persecución algunos jinetes que lograron alcanzarlo. Sabiendo que no podía esperar perdón de un padre a cuyo hijo había hecho degollar, el antiguo bandido quiso, al menos, vender cara su vida, y se lanzó sobre sus enemigos como toro furioso; pero sucumbió al número de sus adversarios. Motamid mandó clavar su cadáver en una cruz con un perro al lado, y la conquista de Córdoba fué seguida de la de todo el territorio toledano, que se extendía entre el Guadiana y el Guadalquivir (2).

Eran halagadores triunfos; pero la medalla tenía su reverso. Comparado con los demás reyes andaluces, Motamid era un príncipe poderoso, pe-

(1) *Abad*, t. I, pp. 46, 48, 322-324; t. II, pp. 35, 122.

(2) *Abad*, t. II, pp. 16, 122—cf. 68—; Abd-al-uahid, p. 90. Según Aben-Jaldun, en su capítulo sobre los Beni-Chahuar, Motamid había reconquistado a Córdoba en 469 de la Héjira; pero he creído preferible seguir a Abd-al-uahid, porque este autor consigna el día del mes y de la semana.

ro no más independiente, porque también era tributario. Primero lo había sido de García, hijo tercero de Fernando y rey de Galicia (1), y ahora lo era de Alfonso VI, desde que éste se había apoderado de los reinos de sus dos hermanos Sancho y García (2). Pero Alfonso era un soberano muy molesto; no contentándose con el tributo anual, amenazaba de cuando en cuando apropiarse los Estados de sus vasallos árabes. Una vez, entre otras, fué a invadir, al frente de un numeroso ejército, el territorio sevillano. Inexplicable consternación reinaba entre los musulmanes, demasiado débiles para poder defenderse. Sólo Ben-Amar, el primer ministro, no desesperaba. No contaba con el ejército sevillano; intentar vencer con él a las tropas cristianas era una quimera; pero conocía a Alfonso, porque había estado muchas veces en su corte (3); sabía que era ambicioso, pero también que estaba casi arabizado, es decir,

---

(1) *Chron. Compost.*, p. 327.

(2) Sabido es que Alfonso VI no se apoderó del reino de Castilla en vida de su hermano Sancho, que es quien le había vencido y despojado a él del reino de León, después de las batallas de Llantada y Volpéjar, como despojó de Galicia a su hermano García—refugiado precisamente en la corte de Motamid—y a su hermana Elvira, señora de Toro. Las gestas castellanas han perpetuado en la *Canción del sitio de Zamora* las fatales consecuencias de la división patrimonial de los reinos, origen de la contienda fratricida en que perdió la vida Don Sancho ante los muros de Zamora, capital del infantazgo, asignado a su hermana Urraca. Sólo entonces Alfonso de León—acogido a la generosa hospitalidad de Mamún de Toledo—reinó, tras breve lucha para anexionar Galicia, sobre todos los Estados que formaron la corriente occidental de la reconquista.—N. de la T.

(3) *Abad*, t. II, p. 89.

que era fácil ganar su voluntad, siempre que se conocieran sus gustos y sus caprichos. Con esto era con lo que contaba, y sin perder tiempo en organizar una resistencia armada, mandó hacer un juego de ajedrez tan magnífico, que ningún rey tenía otro igual. Las piezas eran de ébano y de sándalo incrustados en oro. Provisto de este ajedrez, presentóse con cualquier pretexto en el campamento de Alfonso, el cual le recibió honoríficamente, porque Ben-Amar era de los pocos musulmanes a quienes estimaba.

Un día, Ben-Amar enseñó el ajedrez a un noble castellano que gozaba de gran favor de Alfonso. Dicho noble habló de él al rey, el cual dijo a Ben-Amar:

—¿Qué tal juegas al ajedrez?

—Mis amigos opinan que juego bastante bien—respondió Ben-Amar.

—Me han dicho que tienes un juego magnífico.

—Cierto, señor.

—¿Podría verlo?

—Sin duda; pero con una condición: jugaremos juntos; si pierdo, el ajedrez será para ti; pero, si gano, podré exigirte lo que quiera.

—Acepto.

Trajeron el ajedrez, y Alfonso, estupefacto de la belleza y primor del trabajo, exclamó santiguándose:

—¡Gran Dios, nunca hubiera creído que pudiera hacerse un ajedrez con tal arte.

Y después de admirarlo detenidamente, exclamó:

—¿Qué decías antes? ¿Cuáles son las condiciones?

Habiéndoselas repetido Ben-Amar, prosiguió:

—¡No, por Dios! Yo no juego cuando la puesta me es desconocida, pues podrías pedirme una cosa que no pudiera darte.

—Como quieras, señor—repuso fríamente Ben-Amar.

Y ordenó a sus servidores que llevasen el ajedrez a su tienda.

Se separaron; pero Ben-Amar no era hombre que se desanimase tan fácilmente. Bajo palabra de guardar el secreto, confió a algunos nobles castellanos lo que hubiese exigido a Alfonso en el caso de haberle ganado la partida, prometiéndoles considerables sumas si querían ayudarle. Seducidos con el cebo del oro, y bastante tranquilos respecto a las intenciones del árabe, aquellos nobles se comprometieron a servirle; y cuando Alfonso, que ardía en deseos de poseer el magnífico ajedrez, les consultó qué haría, le dijeron: "Señor, si ganáis, tendréis un ajedrez que os envidiarán todos los reyes; y si perdéis, ¿qué podrá pediros ese árabe? Si formula una petición indiscreta, ¿no estamos aquí nosotros para hacerle entrar en razón?" Tan bien hablaron, que Alfonso se dejó persuadir. Mandó decir a Ben-Amar que le esperaba con su ajedrez, y cuando llegó el visir:

—Acepto tus condiciones—le dijo—; ¡juguemos!

—Con gran placer—respondió Ben-Amar—;

pero hagamos las cosas en regla; permite que varios nobles castellanos nos sirvan de testigos.

El rey accedió, y cuando hubieron llegado los nobles designados por Ben-Amar, comenzó el juego.

Alfonso perdió la partida.

—¿Puedo pedir ahora lo que quiera, según lo convenido?—preguntó Ben-Amar.

—Sin duda—repuso el rey—. Veamos, ¿qué es lo que exiges?

—Que vuelvas a tus Estados con tu ejército.

Alfonso palideció. Presa de agitación febril, recorría la sala a grandes pasos, se sentaba y volvía de nuevo a pasear.

—Estoy cogido—dijo al fin a los nobles—, y vosotros tenéis la culpa. Temía una petición de esa naturaleza por parte de este hombre, pero vosotros me tranquilizasteis, y ahora recojo el fruto de vuestros detestables consejos.

Después de algunos instantes de silencio exclamó:

—¿Qué me importa su condición después de todo? Prescindiré de ella por completo y seguiré mi camino.

—Señor—dijeron entonces los castellanos—, eso sería delinquir contra el honor, sería faltar a la palabra, y vos, el más grande de los reyes de la cristiandad, sois incapaz de semejante cosa.

Al fin, cuando Alfonso se calmó un tanto, añadió:

—¡Pues bien! Cumpliré mi palabra; pero a

cambio de esta frustrada expedición, necesito, al menos, doble tributo este año.

—Le tendrás, señor—afirmó Ben-Amar.

Y se apresuró a hacer remitir a Alfonso el dinero que pedía. Por aquella vez el reino de Sevilla, amenazado de una invasión terrible, se libró del susto gracias a la habilidad del primer ministro (1).

XI

No contento con haber salvado el reino de Sevilla, Ben-Amar quiso también extender sus límites. El principado de Murcia era lo que tentaba especialmente su ambición. Primero había formado parte de los Estados de Zohair, en seguida del reino de Valencia; pero en la época a que nos referimos era independiente. El príncipe que allí reinaba, Abu-Abderrahman aben Tahir, era un árabe de la tribu de Cais. Inmensamente rico, porque poseía la mitad del territorio, tenía al mismo tiempo un espíritu muy culto (2); pero disponía de pocas tropas, por lo que su principado era fácil de conquistar. Ben-Amar se dió

(1) Abd-al-uahid, pp. 83-85. Hacia el año 1466, refiere Cascales—*Discursos históricos de Murcia*, fol. 118—que Boabdil el Zagal jugó un día al ajedrez con D. Pedro Fajardo, gobernador de Lorca. La puesta del español era Lorca, y la del moro, Almería. Ganó la partida este último; pero D. Pedro Fajardo, menos leal que Alfonso VI, faltó a su palabra. Cascales cita a este propósito un antiguo romance.

(2) Ben-al-Abar. pp. 186-188.

cuenta de ello cuando en el año 1078 (1) pasó por Murcia para ir a visitar—no se sabe con qué motivo—al conde de Barcelona, Ramón Berenguer II, apodado *Cabeza de estopa*, a causa de su abundante cabellera, y aprovechó para trabar amistad con algunos nobles murcianos, descontentos de Aben-Tahir, o que, al menos, estaban dispuestos a venderlo por dinero. Cuando se presentó a Ramón ofrecióle diez mil ducados si quería ayudarle a conquistar Murcia. Aceptó el conde, y como garantía del cumplimiento del tratado, envió un sobrino suyo a Ben-Amar. Por su parte, el visir le prometió que si el dinero no estaba en su poder en el tiempo prefijado, el hijo de Motamid, Raxid, que mandaba el ejército sevillano, le serviría de rehén. Motamid ignoraba esta cláusula del tratado; pero como Ben-Amar estaba seguro de que el dinero llegaría a tiempo, creía que no habría que cumplirla.

Las tropas sevillanas salieron unidas a las de Ramón y atacaron el principado de Murcia; pero como Motamid, con su habitual indolencia, dejó pasar el plazo estipulado, el conde se creyó engañado por Ben-Amar, y en su cólera lo mandó prender, lo mismo que a Raxid. Los soldados sevillanos intentaron libertarlos, pero fueron vencidos y obligados a retirarse.

Motamid se hallaba en camino para Murcia,

---

(1) 471 de la Héjira; *Abad*, t. II, p. 93; Ben-al-Abar, página 186. La fecha 474—*Abad*, t. II, p. 87—es errónea.

llevando consigo al sobrino del conde; pero como marchaba despacio, estaba detenido a orillas del Guadiana menor, que no podía atravesar a causa de la crecida de las aguas, cuando los fugitivos de su ejército aparecieron en la otra orilla. Hallábanse entre ellos algunos jinetes a quienes Ben-Amar había dado instrucciones. Echáronse con sus caballos al río, y después de vadearlo refirieron a Motamid los lamentables acontecimientos que habían ocurrido, añadiendo que, sin embargo, Ben-Amar esperaba recobrar la libertad en seguida y suplicando al príncipe en su nombre que permaneciese donde estaba. Motamid no consintió en ello. Consternado por las noticias que acababa de recibir y muy inquieto por la suerte de su hijo, retrocedió hasta Jaén, haciendo cargar de cadenas al sobrino del conde.

Diez días después, Ben-Amar, ya libre, llegó a las inmediaciones de Jaén; pero, no atreviéndose a presentarse a Motamid, cuya cólera temía, le envió estos versos:

"¿Debo creer a mis presentimientos, o dar oídos a los consejos de mis compañeros? ¿Ejecutaré mi designio, o permaneceré aquí con mi escolta? Cuando obedezco a los impulsos de mi corazón, avanzo seguro de encontrar los brazos del amigo abiertos para recibirme; pero cuando reflexiono, retrocedo. La amistad me arrastra hacia adelante; pero el recuerdo de la falta cometida me hace volver atrás. ¡Cuán extraños son los decretos del

destino! ¿Quién me hubiera predicho que había de llegar un día en que me fuese más grato estar lejos que cerca de ti? Te temo, porque tienes derecho a quitarme la vida; espero en ti, porque te quiero con todo mi corazón. ¡Apiádate de aquel cuya adhesión inquebrantable conoces, del que no tiene más mérito que amarte sinceramente! No he hecho nada que pueda proporcionar a los envidiosos armas contra mí, nada que pruebe por mi parte negligencia ni presunción; tú mismo me has expuesto a una terrible calamidad, has enmohecido y roto mi espada. Cierto que si me acordase de tus innumerables beneficios, que han sido para mí lo que la lluvia para las ramas de los árboles, no me dejaría consumir así por horribles tormentos, y no diría que lo que ha ocurrido es por mi culpa. Imploro de rodillas tu clemencia; te suplico me perdones; pero aunque tuviese que sufrir cerca de ti el crudo viento del Norte, exclamaría: ¡Oh brisa dulce a mi corazón!"

Motamid, que debía comprender que también él era culpable, no resistió al llamamiento que Ben-Amar hacía a su amistad, y le respondió con estos versos:

"¡Ven a recuperar tu puesto a mi lado! ¡Ven, sin temor, porque te esperan bondades y no reproches! Ven, convencido de que te quiero demasiado para poder afligirte; bien sabes que nada me es más grato que verte alegre y gozoso. Cuan-

do llegues aquí me encontrarás como siempre, pronto a perdonar al pecador, clemente con mis amigos. Te trataré con benevolencia, como antes, y perdonaré tu falta, si la ha habido; porque el Eterno no me ha dado un corazón duro, y no acostumbro a olvidar una amistad antigua y sagrada."

Tranquilizado con esta respuesta, Ben-Amar voló a los pies de su soberano. Ambos convinieron en ofrecer al conde la libertad de su sobrino y los diez mil ducados a que tenía derecho, siempre que soltase a Raxid; pero Ramón no se contentó con la suma estipulada: en vez de diez mil ducados exigió treinta mil, y como Motamid no los tenía, mandó acuñarlos con una liga muy considerable. Afortunadamente para él, el conde no advirtió el fraude hasta después de haber dado libertad a Raxid (1).

A pesar del mal éxito de esta primera tentativa, Ben-Amar no dejaba de codiciar la posesión de Murcia. Pretendía haber recibido cartas de algunos nobles murcianos, que le daban grandes esperanzas, y se las arregló tan bien, que Motamid le permitió, al cabo, ir a sitiar a Murcia con el ejército de Sevilla.

Al llegar a Córdoba se detuvo allí veinticuatro horas para unir a sus huestes la caballería que había en la ciudad. Pasó toda la noche en compañía del gobernador, Fath, hijo de Motamid, y que-

---

(1) *Abad*, t. II, pp. 86, 91-94.

dó tan encantado de su conversación ingeniosa y picante que, cuando un eunuco vino a anunciarle que comenzaba a amanecer, improvisó este verso:

"¡Vete, imbécil! Toda esta noche ha sido aurora para mí. ¿Cómo había de ser de otro modo, si Fath me ha hecho compañía?"

Continuando su marcha, llegó a las inmediaciones de un castillo que llevaba entonces el nombre de Balch, el jefe de los árabes sirios del siglo VIII, y del cual era gobernador un árabe perteneciente a la misma tribu que Balch, o sea a la de Coxair (1). Este árabe, llamado Aben-Raxic, salió a su encuentro y le rogó que descansara en el castillo. Ben-Amar aceptó la invitación. El castellano lo trató espléndidamente, no descuidando nada para insinuarse en su favor, y lo consiguió harto bien. Ben-Amar no tardó en concederle su confianza; pero nunca la había depositado peor.

Acompañado de su nuevo amigo, fué a poner sitio a Murcia. Poco después se le rindió Mula, lo cual implicaba para los murcianos una gravísima pérdida, porque los víveres les llegaban por este lado; así que Ben-Amar no dudó de que la ciudad no tardaría en rendirse, y confiando Mula a la custodia de Aben-Raxic, al cual dejó parte de su caballería, se volvió a Sevilla con el resto del ejército. Cuando llegó recibió carta de su lugarteniente, el cual le decía que Murcia estaba asolada

(1) *Abad,* t. II, pp. 86, 87.

por el hambre, y que los vecinos influyentes—a los cuales había prometido cargos lucrativos—se habían comprometido a secundar a los sitiadores. "Mañana o pasado—dijo entonces Ben-Amar—sabremos que se ha rendido Murcia." Su predicción se cumplió. Algunos traidores abrieron a Aben-Raxic las puertas de la ciudad; Aben-Tahir fué encarcelado, y todos los habitantes prestaron juramento a Motamid (1).

Tan pronto como Ben-Amar, transportado de alegría, recibió tales nuevas, pidió permiso a Motamid para trasladarse a la ciudad conquistada. El rey se lo concedió sin vacilar, y el visir, deseoso de recompensar generosamente a los murcianos, pidió gran número de caballos y mulas de las caballerizas reales, pidió prestados otros a sus amigos, y, cuando reunió cerca de doscientos, los hizo cargar de telas preciosas y se puso en marcha, a tambor batiente y con banderas desplegadas. En cada ciudad del tránsito se hacía entregar las cajas del Estado. Su entrada en Murcia fué verdaderamente triunfal. Al día siguiente dió audiencia, alardeando de soberano, porque se había tocado con un alto gorro, como solía llevarle su señor en las ocasiones solemnes, y cuando le presentaba peticiones, escribía al pie: "Sea así, si Dios quiere", sin nombrar a Motamid.

Tan presuntuosa conducta se parecía mucho a una rebelión; así al menos lo juzgó Motamid. Sin

---

(1) *Abad*, t. II, p. 36. Lo que entonces se llamaba castillo de Balch es, probablemente, Vélez-Rubio.

embargo, no se encolerizó: un sentimiento de tristeza y desaliento se apoderó de él; veía desvanecerse de pronto el sueño que había acariciado durante veinticinco años. ¿Le habría engañado su corazón? ¡La amistad de Ben-Amar, sus protestas de desinterés, de adhesión inquebrantable, no habían sido más que hipocresía y mentira! Sin embargo, tal vez era menos culpable de lo que parecía a los ojos de su soberano. Cierto que tenía una vanidad excesiva y absurda; pero no es seguro que hubiese concebido la culpable intención de rebelarse contra su bienhechor. De carácter menos ardiente, menos impresionable, acaso no sintió nunca por Motamid la amistad entusiasta y apasionada que Motamid le profesó; pero tenía verdadero afecto a su rey, como lo demuestran estos versos que dirigió en contestación a las reprensiones de Motamid:

"No, te engañas cuando dices que me han cambiado las vicisitudes de la fortuna. El amor que profeso a Xams, mi anciana madre, es menos fuerte que el que siento por ti. ¡Querido amigo! ¿Cómo es posible que tu bondad no me alumbre con sus rayos, como el relámpago ilumina las tinieblas de la noche? ¿Cómo es posible que no venga a consolarme, como dulce brisa, una tierna palabra? ¡Oh, sospecho que algunos infames, que conozco, han intentado destruir nuestra tierna amistad! Así me retiras tu mano después de una amistad de veinticinco años de dicha continua,

transcurridos sin que haya tenido que quejarte de mí, sin que me haya hecho culpable de ninguna mala acción; ¿me retiras así tu mano, dejándome presa en las garras del destino? ¿Soy para ti otra cosa que un esclavo sumiso y obediente? Reflexiona un momento; no te precipites; a menudo, el que se apresura cae, y el que camina con circunspección llega al término. ¡Ah, ya te acordarás de mí, cuando se rompan los lazos que nos unían y no te queden más que amigos interesados y falsos! ¡Ya me buscarás cuando ninguno de los que te rodean pueda aconsejarte bien, y no estaré allí yo, que sabía aguzar el ingenio de los demás!"

¿Quién sabe si una hora de conversación y de expansión hubiera disipado las prevenciones de Motamid y reconciliado aquellas dos almas, tan aptas para entenderse? May ¡ay!; el príncipe y el visir se hallaban lejos uno de otro, y el último tenía en Sevilla multitud de envidiosos y enemigos que se ensañaban en calumniarlo, en denigrarlo a los ojos del monarca, en interpretar maliciosamente sus menores actos, sus más sencillas palabras. Se habían apoderado de tal modo del ánimo del príncipe aquellos "infames" de que habla Ben-Amar en su poema—sobre todo el visir Abu-Becr aben-Zaidun (1), el hombre más influyente de la corte—, que Motamid ya había concebido sospechas de la fidelidad de Ben-Amar

(1) Era hijo del gran poeta Abu-'l-Ualid aben-Zaidun.

cuando éste le había pedido permiso para ir a Murcia. Unase a esto que Ben-Amar halló un enemigo, no menos peligroso, en Ben-Abdalaziz, príncipe de Valencia y amigo de Aben--Tahir.

Al llegar a Murcia, Ben-Amar tenía intención de tratar a Aben-Tahir del modo más honorífico; así que le hizo presentar muchos vestidos de honor a fin de que eligiese el que fuese más de su agrado; pero Aben-Tahir, cuyo genio, naturalmente cáustico, se había agriado con la pérdida de su principado, respondió al mensajero de Ben-Amar: "Ve a decir a tu señor que de él no quiero más que una larga pelliza y un gorrito." Al recibir esta respuesta en medio de sus cortesanos, Ben-Amar se mordió los labios con despecho. "Comprendo el sentido de esas palabras—dijo al fin—; sí, ése era el traje que yo llevaba cuando, pobre y obscuro, vine a recitarle mis versos" (1). Pero no perdonó a Aben-Tahir este rudo golpe asestado a su vanidad, y cambiando de intenciones respecto a él, mandó encerrarlo en la fortaleza de Monteagudo (2). Cediendo a las instancias de Ben-Abdalaziz, Motamid ordenó a su visir que pusiese en libertad a Aben-Tahir; pero Ben-Amar no lo hizo (3). En tanto, Aben-Tahir logró evadirse gracias a la ayuda de Ben-Abdalaziz, y fué a establecerse en Valencia. Ben-Amar se puso

(1) Ben-al-Abar, p. 189.

(2) A una legua de Murcia. Las ruinas del antiguo castillo existen todavía.

(3) Abad, t. II, p. 87.

furioso y compuso con este motivo un poema en que excitaba a los valencianos a rebelarse contra su señor. He aquí algunos versos:

"¡Habitantes de Valencia, sublevaos contra los Beni-Abdalaziz; manifestad vuestras justas quejas, y elegid otro rey, un rey que sepa defenderos contra vuestros enemigos! Sea Mohámed o Ahamed (1), siempre será mejor que ese visir que ha entregado vuestra ciudad al oprobio como un marido desvergonzado que prostituye a su propia mujer. Ha ofrecido asilo al que se había visto abandonado por sus propios súbditos, y al hacerlo os ha llevado un pájaro de mal agüero y os ha dado por convecino a un hombre infame y vil. ¡Ay! Necesito lavarme el rostro, sobre el cual una muchacha sin pulsera, una vil esclava, me ha dado un bofetón. ¿Crees poder escapar, Ben-Abdalaziz, a la venganza de un hombre que marcha siempre en persecución de su enemigo y que continúa su ruta aunque no le alumbre ninguna estrella? ¿Con qué ardid podrías substraerte a las manos vengadoras de un valiente guerrero de los Beni-Amar, que lleva tras sí un bosque de lanzas? Preparaos a verle llegar en seguida rodeado de un ejército innumerable. ¡Valencianos, os doy un buen consejo: marchad como un solo hombre contra ese palacio que encubre tantas infamias entre sus muros, apoderaos de

(1) Sea Fulano o Mengano, como diríamos nosotros.

los tesoros que encierran sus cuevas, derribadlo hasta los cimientos, de suerte que sólo sus ruinas atestigüen que existió un día!"

Cuando Motamid tuvo conocimiento de esta composición, estaba ya tan irritado contra Ben-Amar, que la parodió así:

"*¿Con qué astucia podrá substraerse a las manos vengadoras de un valiente guerrero de los Beni-Amar*, de esos hombres que antes se prosternaban con inaudita bajeza a los pies de todos los señores, de todos los príncipes, de todas las testas coronadas; que se consideraban felices cuando recibían de sus amos una parte, algo mayor que las de los demás sirvientes; que, despreciables verdugos, cortaban la cabeza a los criminales, y que se han elevado de la condición más ínfima a las dignidades más altas."

Estos versos produjeron a Ben-Abdalaziz una alegría inexplicable; pero Ben-Amar se ahogaba de cólera, y en su furor compuso una sátira aun más sangrienta contra Motamid, contra Romaiquia y contra los abaditas en general. El, el aventurero nacido bajo la paja; él, a quien la bondad de Motamid había sacado de la nada, se atrevía a reprochar a los abaditas no ser, después de todo, más que obscuros labriegos de la aldea de Jaumin, "esa capital del universo", como decía con amarga ironía. "Has elegido entre las hijas del populacho—continuaba—esa esclava que Romaic,

su dueño hubiera cambiado de buena gana por un camello de un año, y que ha echado al mundo hijos libertinos, hombrecillos rechonchos, que la avergüenzan. ¡Motamid, yo mancillaré tu honor, yo rasgaré los velos que cubren tus torpezas y los haré caer a pedazos! Sí, émulo de los antiguos héroes; sí, has defendido tus aldeas; pero sabías que tus mujeres te engañaban, y se lo consentías..."

Por un resto de pudor, Ben-Amar no enseñó estos versos, escritos en un acceso de rabia feroz, más que a sus íntimos; pero entre ellos había un rico judío de Oriente, a quien había otorgado su confianza, sin sospechar que era un emisario de Ben-Abdalaziz. Dicho judío consiguió, sin gran esfuerzo, una copia de la sátira, escrita de la propia mano de Ben-Amar, y se la envió al príncipe de Valencia. Este, a su vez, escribió a Motamid, y, por medio de una paloma, le envió su carta y la sátira en un mismo pliego. Desde entonces, toda reconciliación era imposible. Ni Motamid, ni Romaiquia, ni sus hijos podían perdonar a Ben-Amar sus innobles injurias. Pero el rey de Sevilla no necesitó castigar a su visir: otros se tomaron este cuidado. Abandonándose a los placeres con completa indolencia, Ben-Amar no advirtió que Aben-Raxic, secundado por el príncipe valenciano, le hacía traición, y cuando al fin abrió los ojos era ya tarde: excitados por Aben-Raxic, los soldados pidieron a grandes gritos sus pagas atrasadas, y

como Ben-Amar no podía satisfacerlas, le amenazaron con entregarle a Motamid. Esta amenaza le hizo temblar, y se salvó emprendiendo una fuga precipitada.

Fué a refugiarse cerca de Alfonso, lisonjeándose con la esperanza de que este rey le ayudaría a reconquistar Murcia; pero se engañaba: Alfonso estaba ganado por los magníficos presentes que le había enviado Aben-Raxic, y dijo a Ben-Amar: "Esto no es más que una historia de ladrones; el primer ladrón (1) ha sido robado por otro (2), y éste, por un tercero" (3). Viendo, pues, que no tenía nada que esperar en León, Ben-Amar fué a Zaragoza, donde entró al servicio de Moctadir; pero aquella corte, mucho menos brillante que la de Sevilla, le desagradó en extremo. Entonces se fué a Lérida, donde reinaba Modafar, hermano de Moctadir. Allí encontró excelente acogida; pero como Lérida le parecía aún más monótona que Zaragoza, volvió a esta última ciudad, donde Mutamin había sucedido a su padre Moctadir (4). El tedio, ese mal horrible, se había apoderado de él y se extendía, cual negra nube, sobre su porvenir y su presente; así que se consideró dichoso cuando halló ocasión para salir de su ociosidad. Un castellano, a quien conocía, se había rebelado; él dió palabra a Mutamin de reducirlo, y se puso en

(1) Motamid.
(2) Ben-Amar.
(3) Aben-Raxic.
(4) En octubre de 1081.

camino con una pequeña escolta. Cuando llegó al pie de la montaña en que se asentaba el castillo, pidió permiso al rebelde para visitarlo, acompañado tan sólo de dos hombres. El castellano, que no desconfiaba de él, no dudó en acceder a su demanda. "Cuando me veáis marchar al lado del gobernador y estrecharle la mano —dijo Ben-Amar a sus dos servidores Chabir y Hadi—, hundid vuestras espadas en su pecho." El castellano fué muerto, sus soldados demandaron y obtuvieron perdón y Mutamin quedó muy satisfecho del servicio que Ben-Amar le había prestado. Poco después este último creyó encontrar una nueva ocasión para satisfacer la necesidad de actividad febril que lo devoraba. Quiso proporcionar a Mutamin la posesión de Segura. Encaramada en la última cresta de una montaña casi inaccesible, esta fortaleza había conservado su independencia cuando Moctadir se había apoderado de los Estados de Alí, príncipe de Denia, y un hijo de éste, llamado Sirach-ad-Daula, la había poseído durante algún tiempo; pero como acababa de morir, los Beni-Sohail, tutores de sus hijos, querían vender Segura a cualquier príncipe vecino. Ben-Amar prometió a Mutamin entregársela, del mismo modo que le había entregado el otro castillo. Partió, pues, con algunas tropas, y pidió a los Beni-Sohail que le concediesen una entrevista. Accedieron a ello; mas, en vez de caer en sus redes, Ben-Amar—que los había ofendido cuando reinaba en Murcia—fué el que cayó en el lazo. Las

entradas de la fortaleza estaban defendidas por una pendiente tan escarpada, que, para entrar allí, era preciso dejarse alzar a fuerza de brazos. Llegado a aquel sitio peligroso en unión de Chabir y Hadi, compañeros obligados en toda empresa aventurera, Ben-Amar se hizo subir el primero; mas, apenas puso los pies en el suelo, le cogieron los soldados de la guarnición y gritaron a sus camaradas que se salvasen, huyendo rápidamente si no querían ser muertos a flechazos. No se hicieron repetir la advertencia, y, bajando precipitadamente del peñasco, fueron a anunciar a los soldados de Zaragoza que Ben-Amar había sido hecho prisionero. Persuadidos de que fracasaría cualquier tentativa para libertarlo, volviéronse los soldados por donde habían venido.

Después de encerrar a Ben-Amar en un calabozo, los Beni-Sohail resolvieron venderlo al mejor postor. Motamid fué quien lo compró, lo mismo que el castillo de Segura, encargando a su hijo Radi que condujese el prisionero a Córdoba. El desgraciado visir entró en esta ciudad lleno de cadenas y montado en una mula de carga, entre dos sacos de paja. Motamid le abrumó a fuerza de vituperios, y le mostró la terrible sátira preguntándole si reconocía la letra. El prisionero, que apenas podía tenerse en pie —tan pesadas eran las cadenas—, le escuchó en silencio, con los ojos clavados en el suelo, y cuando el príncipe terminó su larga invectiva, le dijo:

—Nada niego, señor, de cuanto acabas de decirme; ni ¿de qué me serviría negarlo si hasta las piedras hablarían para atestiguar la verdad de sus palabras? He faltado, te he ofendido gravemente, pero perdóname.

—Lo que has hecho no tiene perdón—respondió Motamid.

Las damas a quienes había ultrajado en su sátira se vengaron abrumándolo con burlas mordaces. En Sevilla tuvo que sufrir de nuevo los insultos del populacho. Sin embargo, prolongábase su cautividad, y esto le daba alguna esperanza. Sabía, además, que muchos altos personajes, entre otros el príncipe Raxid, hablaban o escribían en favor suyo. Así que no cesaba de estimular su cèlo con sus versos; pero Motamid estaba cansado de las múltiples súplicas que le dirigían y hasta había prohibido proporcionar al prisionero recado de escribir cuando éste pidió por última vez que le diesen papel, tinta y un cálamo. Habiéndolo conseguido, dirigió a Motamid un largo poema, que le entregaron por la noche en un festín. Cuando se fueron los convidados, Motamid lo leyó, se conmovió e hizo traer a Ben-Amar a su cámara, donde le reprendió nuevamente su ingratitud. Al principio, Ben-Amar, sofocado por las lágrimas, no acertó a responderle; mas, serenándose poco a poco, supo recordarle con tanta elocuencia la dicha que antes habían gozado juntos, que Motamid, enternecido, emocionado y medio vencido quizá, le dirigió algunas palabras

tranquilizadoras, pero sin concederle formalmente el perdón. Desgraciadamente—porque la peor de todas las desdichas es la que nos llega rodeada de esperanzas—, desgraciadamente, Ben-Amar se engañó mucho sobre los sentimientos de Motamid respecto a él dando un sentido que no tenían las alternativas de cólera y enternecimiento de que había sido testigo. Motamid conservaba hacia él un resto de cariño; pero de esto al perdón mediaba una gran distancia, y eso era lo que Ben-Amar no comprendía. De vuelta a su prisión, creyó en un próximo cambio de fortuna, y, no pudiendo contener la alegría en su corazón, escribió a Raxid una carta para participarle el feliz resultado de su conversación con el emir. Raxid no estaba solo cuando se la entregaron, y mientras la leía, su visir, Isa, echó una mirada furtiva y rápida, pero que le bastó para enterarse de lo que se trataba. Sea charlatanería, sea que no quería a Ben-Amar, Isa divulgó la noticia, y prontó llegó a oídos de Abu-Becr aben-Zaidun, agrandada con exageraciones que nos son desconocidas, pero que debían ser muy infames, porque un historiador árabe dice que las pasa en silencio por no querer manchar con ellas su libro. Aben-Zaidun pasó la noche en terrible angustia: la rehabilitación de Ben-Amar era su desgracia, tal vez su sentencia de muerte. A la siguiente mañana, no sabiendo a qué atenerse, permaneció en su vivienda a la hora en que solía ir a palacio. Motamid le mandó a buscar, y le recibió tan afectuo-

samente como de costumbre, con lo que Aben-Zaidun adquirió la certeza de que su situación era menos peligrosa de lo que había temido. Así, cuando el emir le preguntó por qué se había hecho esperar tanto, le respondió que creía haber caído en desgracia, y le participó que su entrevista con Ben-Amar era conocida de toda la corte; que se esperaba ver nuevamente en el Poder al ex visir; que su amigo y compatriota Aben-Salam, prefecto de la ciudad, le tenía ya preparados los mejores aposentos de su casa para alojarle, mientras le devolvían sus palacios, y, excusado es decir que no dejó de repetirle las calumnias que se habían propalado. Motamid no sintió más que cólera. Aun cuando lo ocurrido entre él y su prisionero no hubiese sido desnaturalizado por el odio, le hubiera indignado la loca presunción de Ben-Amar, que, de algunas palabras benévolas, había deducido su libertad y su vuelta al Poder. "Ve a preguntar a Ben-Amar—ordenó, dirigiéndose a un eunuco eslavo—cómo ha podido divulgarse la conversación que anoche tuve con él."

El eunuco volvió inmediatamente, diciendo:

—Ben-Amar niega haber dicho nada a nadie.

—Pero puede haber escrito — añadió Motamid—. Ordené que le dieran dos hojas de papel: en una escribió un poema, que me ha enviado; pero, ¿qué ha hecho de la otra? Ve a preguntárselo.

El eunuco volvió y dijo:

—Pretende Ben-Amar que la otra hoja le ha servido para escribir el borrador del poema.

—En ese caso, que te dé el borrador—replicó Motamid.

Ben-Amar no pudo negar la verdad. "He escrito a Raxid—murmuró tristemente—para participarle lo que el príncipe me había prometido."

Al escuchar esta confesión, la sangre de su terrible padre, de aquel buitre, pronto siempre a caer sobre su presa para despedazarla y saciar su ira en sus entrañas, hirvió en las venas de Motamid y las abrasó. Cogiendo la primera arma que encontró a mano—un hacha soberbia que le había regalado Alfonso—, bajó en algunos saltos los peldaños de la escalera que conducía a la prisión de Ben-Amar.

Al encontrarse con las miradas fulminantes del monarca, Ben-Amar se quedó yerto. Presentía que iba a sonar su última hora... Arrastrando sus cadenas fué a arrojarse a los pies de Motamid, humedeciéndolos con sus besos y sus lágrimas; pero el emir, inexorable, levantó el hacha y lo hirió diferentes veces, hasta que quedó muerto, hasta que su cadáver estuvo frío... (1).

Tal fué el trágico fin de Ben-Amar, que produjo en toda la España árabe una emoción vivísima, pero de corta duración, porque los graves sucesos ocurridos en Toledo y el avance de las armas castellanas no tardaron en dar otra dirección a las ideas.

---

(1) *Abad*, t. II, pp. 103-119; Aben-Basam, t. II, artículo sobre Ben-Amar; Abd-al-uahid, pp. 85-90.

XII

El emperador (1) Alfonso VI, rey de León, Castilla, Galicia y Navarra (2), tenía decidida intención de conquistar toda la península (3) y era lo bastante poderoso para realizar su proyecto. Sin embargo, no quería hacerlo todo de pronto; nada le obligaba a apresurarse; podía esperar. Ante todo, reunía dinero, nervio de la guerra y el medio más seguro para llegar al objeto que se proponía su ambición. Para lograrlo estrujaba a los príncipes musulmanes, y así como de una prensa manan la sidra y el vino, de estos reyezuelos aplastados manaba el oro.

El más débil de sus tributarios era Cadir, rey de Toledo. Educado en la molicie del serrallo, este príncipe era el juguete de los eunucos y la mofa

(1) El título de emperador que, por vincular la grandeza y el prestigio de Roma, se habían apropiado los basileos bizantinos, sólo lo habían ostentado en Occidente Carlomagno y sus sucesores, hasta el año 899, y después los emperadores alemanes, desde Otón I. Los papas, en su afán de contraponer a los emperadores teutónicos otra autoridad civil adicta al pontificado, lo confirieron a algunos monarcas españoles, como Fernando I, Alfonso VI y Alfonso VII. Pero tuvo siempre una significación y un valor restringidos, representando solamente una preeminencia sobre los demás reyes de la península, y aunque implicaba la suprema jefatura civil de la cristiandad, estas atribuciones fueron más nominales que efectivas en los reyes de España que ostentaron dicho título.—N. de la T.

(2) Alfonso VI no fué rey de Navarra. Precisamente para evitar la anexión a Castilla, los navarros, después del asesinato de su rey Sancho IV, decidieron unirse a Aragón, permaneciendo unidos ambos reinos desde 1076 hasta 1134.—N. de la T.

(3) *Abad,* t. II, p. 20.

de sus vecinos, que le despojoban a porfía. Sólo le protegía Alfonso; así que se dirigió a él cuando ya no pudo dominar a sus súbditos cansados de su tiranía. Alfonso prometió enviarle tropas, pero exigiendo a cambio una suma enorme. Cadir pidió el dinero a los principales ciudadanos, a quienes había hecho ir a su presencia; pero se negaron a dárselo. "Juro—exclamó entonces—que si no me lo dais, al momento entregaré vuestros hijos a Alfonso." "Antes te destronaremos", le replicaron. Y, en efecto: los toledanos entregáronse a Motauakil de Badajoz, y Cadir se vió obligado a evadirse durante la noche. Entonces imploró nuevamente el socorro de Alfonso. "Iremos a sitiar a Toledo—dijo el emperador—y serás restablecido en tu trono; pero para eso es preciso que me entregues todo el dinero que has sacado de Toledo, y como en adelante aun necesitaré más, déjame algunas fortalezas en prenda." Cadir accedió a todo y comenzaron las hostilidades contra Toledo—1080—(1).

Ya duraban dos años, cuando el emperador, según costumbre, envió una embajada a Motamid para pedirle el tributo anual. Esta embajada se componía de muchos jinetes; pero el encargado de recibir el dinero era un judío llamado Aben-Xaliz (2), porque en esta época los judíos ser-

(1) *Abad,* t. II, p. 17; crónica arábigo-valenciana, traducida en la *Crónica general,* fol. 309, col. 3 y 4; *Cartás,* página 109; Rodrigo de Toledo, VI, 23.

(2) Nouairi le llama Xalbib, sin *Aben.*

vían ordinariamente de intermediarios entre los cristianos y musulmanes.

Habiendo levantado los embajadores sus tiendas fuera de la ciudad, Motamid les envió algunos magnates, entre ellos al primer ministro, Abu-Becr aben-Zaidun, para que les entregasen el dinero. Parte de la moneda era de baja ley, porque Motamid no había podido reunir bastante, aunque había impuesto a sus súbditos un tributo extraordinario. Así que el judío exclamó al verla:

—¿Me creéis bastante simple para aceptar moneda falsa? No admito más que oro puro, y al año que viene necesitaré ciudades.

Cuando refirieron estas palabras a Motamid, se encolerizó mucho.

—¡Que me traigan a ese judío y a sus compañeros!—gritó a sus soldados.

La orden fué ejecutada, y cuando llegaron a palacio los embajadores, dispuso Motamid:

—¡Que encarcelen a los cristianos y que crucifiquen a ese maldito judío!

—¡Perdón, perdón!—gritó el judío, antes tan orgulloso, pero que ahora temblaba de pies a cabeza—; te daré en oro el peso de mi cuerpo.

—¡Por Dios, que aunque me dieras Mauritania y España por tu rescate, no aceptaría!

El judío fué crucificado (1).

(1) *Abad*, t. II, pp. 231, 187, 174. Este relato se basa en un testimonio muy respetable, en el de Ben-al-labana, uno de los poetas de la corte de Motamid. Dicho autor consigna también la fecha—1082—, mientras otros historiadores afirman

Al enterarse de lo ocurrido, Alfonso juró por la Trinidad y por todos los santos del cielo tomar una venganza ruidosa y terrible. "Iré—dijo—a asolar el reino de ese infiel con guerreros tan numerosos como los cabellos de mi cabeza, y no me detendré hasta el estrecho de Jibraltar." Pero no pudiendo abandonar a su suerte a los caballeros castellanos que gemían en los calabozos de Sevilla, mandó preguntar a Motamid con qué condiciones accedería a soltarlos. El emir exigió la restitución de Almodóvar (1), y, habiéndoles sido entregada esta ciudad, puso en libertad a los caballeros (2); mas apenas regresaron a su patria, Alfonso ejecutó sus amenazas. Saqueó e incendió los pueblos del Axarafe; mató o redujo a la esclavitud a todos los musulmanes que no tuvieron tiempo de ponerse a salvo en alguna plaza fuerte; asedió a Sevilla durante tres días; devastó la provincia de Sidona, y, llegando a las playas de Tarifa. metió su caballo en las olas, exclamando:

—¡Esta tierra, último límite de España, la he pisado yo!

Cumplido su juramento y satisfecha su vani-

---

erróneamente que este acontecimiento es posterior a la toma de Toledo por Alfonso. El autor del *Raud al-mitar*—*Abad*, tomo II, pp. 238, 239—consigna una versión muy diferente y bastante extraña; pero consúltese sobre este libro la nota D al fin de este volumen.

(1) Pelagio de Oviedo—c. 11—incluye esta ciudad entre las conquistadas por Alfonso.

(2) *Abad*, t. II, pp. 175, 231, 188.

dad, volvió sus huestes contra el reino de Toledo (1).

También allí sus armas quedaron victoriosas. Y habiendo tenido que evacuar el territorio Motankil, los habitantes de la capital abrieron las puertas a Cadir, bien a pesar suyo—1084—. Cadir les sacó sumas enormes para ofrecérselas a Alfonso.

—Eso no basta—dijo fríamente el emperador.

Entonces Cadir le prometió además los tesoros de su padre y de su abuelo.

—Aun no es bastante—objetó Alfonso.

—Ya te daré más; pero concédeme un plazo.

—Te lo concedo, siempre que me entregues nuevas fortalezas en prenda.

Cadir accedió... Su herencia se desmoronaba; todos sus recursos se agotaban; mas ¿qué podía hacer? Sabía que la espada del terrible Alfonso estaba suspendida sobre su cabeza, y que, a la menor señal de desobediencia, caería. Entregaba oro y más oro, fortalezas y fortalezas; para contentar al emperador esquilmaba a sus súbditos y despoblaba su reino; porque, no pudiendo hacer otra cosa, los toledanos emigraban en masa para establecerse en los Estados del rey de Zaragoza. Y todo esto no servía de nada; cuanto más daba, más le exigía Alfonso, y cuando juraba que ya no tenía nada que darle, el emperador venía a

(1) *Abad*, t. II, pp. 8, 193—nota 27—; *Cartás*, p. 92. La fecha es 1082, como se lee en *Cartás;* el autor de *Holal* —*Abad*, t. II, p. 188—cita equivocadamente el año 1084.

devastar los alrededores de Toledo. Por algún tiempo se asió todavía a su trono carcomido, pero al fin tuvo que abandonarlo. Fué adonde Alfonso le esperaba y declaró que estaba dispuesto a cederle Toledo. Puso, sin embargo, algunas condiciones, siendo las principales las siguientes:

Alfonso tomaría bajo su salvaguardia la vida y los bienes de los toledanos, y éstos podrían, a su elección, partir o quedarse; no exigiría más que una capitación fijada de antemano; les dejaría la mezquita mayor y se comprometería a poner a Cadir en posesión de Valencia.

El emperador aceptó estas condiciones, y el 25 de mayo de 1085 hizo su entrada en la antigua capital del reino visigodo (1).

Desde entonces nada igualó su orgullo, si no es la bajeza de los príncipes musulmanes. Casi todos se apresuraron a enviarle embajadores para cumplimentarle; le ofrecieron presentes y declararon que se consideraban como sus recaudadores de tributos. Alfonso, el *soberano de los hombres de las dos religiones,* como se intitulaba en sus cartas, no se tomaba siquiera el trabajo de disimular el desprecio que le inspiraban. Hosam-ad-daula, señor de Albarracín, vino en persona a ofrecerle un soberbio regalo. Precisamente en aquel momento un mono divertía con sus saltos al emperador“ “Toma ese animal a cambio de tu presente”, dijo Alfonso con acento de supremo

(1) *Abad,* t. II, p. 18.

desdén. Y el musulmán, lejos de resentirse de la injuria, vió en aquel mono una prenda de amistad, una prueba de que Alfonso no tenía intención de arrebatarle sus Estados (1).

Después de la conquista de Toledo tocó el turno a Valencia, donde se disputaban el poder dos hijos de Ben-Abdalaziz, mientras un tercer partido quería entregar Valencia al rey de Zaragoza y otro a Cadir. Triunfó este último bando, pues Cadir tenía, en efecto, los mejores títulos que hacer valer: llevaba tras sí un ejército castellano, mandado por el gran capitán Alvar Fáñez. Sólo que los valencianos tenían que costear el sostenimiento de las tropas, que costaban seiscientas monedas de oro al día. Por más que le aseguraron a Cadir que no necesitaba este ejército, pues ellos habían de servirle fielmente, Cadir no tuvo el candor de creer en sus promesas, y sabiendo que le aborrecían y que los antiguos partidos no habían perdido las esperanzas, retuvo a los castellanos. A fin de poderlos pagar, gravó la ciudad y su territorio con un impuesto extraordinario, y exigió enormes sumas a los nobles. A pesar de los actos más despóticos, apremiados por Alvar Fáñez para que le entregase los atrasos de sus soldadas, hallóse al fin un día sin recursos. Entonces propuso a los castellanos que se estableciesen en su reino, ofreciéndoles extensas propiedades. Accedieron a ello, pero haciendo cul-

(1) *Abad*, t. II, p. 19.

tivar sus vastos dominios por siervos mientras continuaban enriqueciéndose mediante correrías por los países limítrofes. Sus huestes se habían engrosado con la hez de la población árabe. Una turba de esclavos, de hombres viciosos y de presidiarios—de los cuales muchos abjuraron el islamismo—se habían alistado bajo sus banderas, y adquirieron pronto, por sus inauditas crueldades, una triste celebridad. Asesinaban a los hombres, violaban a las mujeres, vendían a menudo un prisionero musulmán por un pan, por un jarro de vino o por una libra de pescado. Cuando un prisionero no podía o no quería pagar su rescate, le cortaban la lengua, le acribillaban los ojos y hacían que los perros le despedazasen (1).

Valencia estaba, en realidad, en poder de Alfonso. Cadir ostentaba todavía el título de rey; pero gran parte del territorio pertenecía a los castellanos, y para incorporar la ciudad a sus dominios, Alfonso no tenía más que pronunciar una palabra. Zaragoza también parecía perdida. El emperador sitiaba a esta ciudad y había jurado tomarla (2). Al otro extremo de España, un capitán de Alfonso, García Jiménez, que se había metido con sus tropas en el castillo de Aledo, no lejos de Lorca, hacía sin cesar incursiones en el reino de Almería (3). Tampoco

---

(1) Véanse mis *Investigaciones,* t. II, pp. 126-130.
(2) *Abad,* t. II, p. 21; *Cartás,* p. 92; Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes,* t. II, p. 77, de la traducción.
(3) Compárense los *Annal. Toled.*, I, en el año 1086, con mis *Investigaciones,* t. I, p. 273, nota 4.

estaba libre el de Granada; la prueba es que, en la primavera de 1085, los castellanos avanzaron hasta el pueblo de Nibar, una legua al este de Granada, donde dieron una batalla a los musulmanes (1). Doquiera, en fin, el peligro era extremo y el desaliento también. No osaban luchar con los cristianos ni aun siendo cinco contra uno. Un cuerpo de cuatrocientos almerienses—y era un cuerpo escogido—había emprendido la fuga ante ochenta castellanos (2). Era evidente que si los árabes de España quedaban abandonados a sí mismos, tendría que elegir entre estos dos partidos: la sumisión al emperador, o la emigración en masa. En efecto: muchos de ellos opinaban que era preciso abandonar el país. "¡Poneos en *camino*, andaluces—cantaba un poeta—, porque permanecer aquí sería una locura (3)." Sin embargo, la emigración era un partido extremo, que difícilmente se resolvían a adoptar. Por otra parte, aun no estaba todo perdido: podían recibirse socorros de Africa, de donde los menos desalentados esperaban la salvación. Se había propuesto dirigirse a los beduínos de Ifrikia; pero se había objetado que aquella gente era tan famosa por su ferocidad como por su valor, y que había que temer que, una vez en España, se pusiesen a saquear a los musulmanes en vez de com-

(1) Ben-al-Jatib, man. E., artículo sobre Mocatil.
(2) *Abad*, t. II, p. 20.
(3) Macari, t. II, p. 672.

batir a los cristianos (1). Entonces se pensó en los almoravides. Eran los bereberes del Sahara, que desempeñaban por primera vez un papel en la escena del mundo. Convertidos recientemente al islamismo por un misionero de Sichilmesa, habían hecho rápidas conquistas, y, en la época de que hablamos, su vasto imperio se extendía desde Argel hasta el Senegal. La idea de atraerlos a España lisonjeaba principalmente a los ministros de la religión. Por el contrario, los príncipes vacilaron mucho tiempo. Algunos, como Motamid y Motauakil, sostenían relaciones con Yusof aben-Texufin, rey de los almoravides, y aun le habían rogado diferentes veces que los ayudase contra los cristianos; pero, en general, los príncipes andaluces, sin exceptuar a Motamid y a Motauakil, tenían poca simpatía por el jefe de los rudos y fanáticos guerreros del Sahara, viendo en él más que un auxiliar ahora un rival peligroso. Sin embargo, como el riesgo aumentaba de día en día, era preciso acogerse al único medio de salvación que quedaba. Al menos Motamid fué de esta opinión, y cuando su hijo mayor, Raxic, le recordó el peligro a que se exponía trayendo a los almoravides a España: "Todo eso es verdad—le respondió—; pero no quiero que la posteridad pueda censurarme haber sido la causa de que Andalucía sea presa de los infieles; no quiero que mi nombre sea maldecido en todos los

(1) *Abad*, t. II, p. 37.

púlpitos musulmanes, y, si tengo que elegir, prefiero ser camellero en Africa que porquero en Castilla (1)."

Adoptado este plan, se lo comunicó a sus vecinos, Motauakil, de Badajoz, y Abdala, de Granada (2), rogándoles que se asociasen a él y enviasen sus cadíes a Sevilla. Así lo hicieron; Motauakil envió a Sevilla al cadí de Badajoz, Abu-Ishac aben-Mocana, y Abdala al cadí de Granada, Abu-Chafar Colaii. El cadí de Córdoba, Ben-Adam, unióse a ellos, lo mismo que el visir Abu-Becr aben Zaidun. Estos cuatro personajes se embarcaron en Algeciras y fueron a presentarse a Yusof (3). Llevaban el encargo de invitarle, en nombre de sus soberanos, a venir a España con un ejército; pero debían imponerle ciertas condiciones, que nos son desconocidas, sabiendo solamente que Yusof debía jurar no quitar sus Estados a los príncipes andaluces y que cumplió su juramento (4). Hubo entonces que fijar el lugar del desembarco de Yusof. Aben-Zaidun propuso Jibraltar, pero Yusof dió a entender que prefería Algeciras y hasta que debían cederle esta plaza. El visir de Motamid le respondió que no estaba autorizado para acceder a esta petición, y desde

(1) *Abad*, t. II, pp. 8, 189, etc.

(2) Badis había muerto en 1073, y sus Estados habían quedado divididos entre sus dos nietos, Abdala y Temim. El primero había recibido Granada y el segundo Málaga.

(3) Los autores que dicen que el mismo Motamid se presentó a Yusof me parece que confunden la primera expedición del monarca africano con la segunda.

(4) *Abad*, t. II, p. 27.

entonces Yusof trató a los embajadores bastante fríamente y no les dió más que respuestas evasivas, ambiguas; así que al abandonarle no sabían lo que iba a decidir; no había prometido venir, pero tampoco había dicho que no vendría. Los príncipes andaluces estaban, por lo tanto, en la incertidumbre; pero salieron de ella de un modo bastante desagradable y que probaba que sus sospechas no carecían de fundamento. Yusof, que de ordinario no emprendía nada sin haber consultado a sus faquíes, les preguntó qué debía hacer, y los faquíes declararon: primero, que era su deber combatir a los castellanos, y después, que, si necesitaba Algeciras y no se la querían ceder, tenía derecho a tomarla. Provisto de este *fetfa*, Yusof había dado a muchos cuerpos de ejército la orden de embarcarse en Ceuta en un centenar de navíos, y hacer vela a Algeciras; de modo que esta ciudad se vió pronto rodeada por un gran ejército, que exigía víveres y la plaza misma. Radi, que la gobernaba, se encontró en la mayor perplejidad, por no estar el caso previsto. No se negó a suministrar víveres a los almoravides, pero al mismo tiempo se puso en disposición de rechazar, si era preciso, la fuerza con la fuerza. Además escribió a su padre pidiéndole órdenes, y atando su carta al ala de una paloma, la dejó ir a Sevilla. La respuesta de Motamid no se hizo esperar. Se decidió pronto, porque, por irritante que pareciese la conducta de Yusof, conocía que había ido demasiado lejos para retroceder y que

era preciso poner a mal tiempo buena cara. Mandó a su hijo evacuar Algeciras y retirarse a Ronda (1). Entonces embarcáronse nuevas tropas para Algeciras, y llegó al fin el mismo Yusof. Su primer cuidado fué restaurar las fortificaciones de la plaza, surtirla de provisiones de boca y guerra y establecer allí una guarnición suficiente. En seguida se dirigió a Sevilla con el grueso de su ejército. Salió a su encuentro Motamid, rodeado de los principales dignatarios del reino, y cuando llegó a su presencia quiso besarle la mano; pero Yusof se lo impidió, abrazándole del modo más afectuoso. No se olvidaron los presentes de rúbrica; Motamid ofreció tantos al almoravide, que éste pudo dar algo a cada soldado de su ejército, lo que le hizo concebir una elevada idea de las riquezas que atesoraba España. Cerca de Sevilla se detuvo, y allí vinieron a unírsele los dos nietos de Badis: Abdala, de Granada, y Temim, de Málaga, con trescientos jinetes el primero y con doscientos el segundo. Motacim, de Almería, envió un regimiento de caballería mandado por uno de sus hijos, manifestándole su contrariedad porque la amenazadora vecindad de los cristianos de Aledo no le permitía venir en persona. Ocho días después, el ejército tomó el camino de Badajoz, donde se le unió Motauakil con sus tropas.

---

(1) Ben-al-Abar, en mis *Investigaciones*, t. I, pp. 173, 174 de la primera edición. Véase también *Abad*, t. I, pp. 169, 175—versos de Radi—; t. II, pp. 37, 191-193, 231.

En seguida marcharon sobre Toledo (1). Pero no habían andado mucho cuando encontraron al enemigo.

En el momento que se supo que los almoravides habían desembarcado en España se hallaba Alfonso sitiando a Zaragoza. Creyendo que el rey de esta ciudad ignoraba la llegada de los africanos, le mandó a decir que, si le daba mucho dinero, levantaría el sitio; pero Mostain, que había recibido la gran noticia lo mismo que él, mandó contestarle que no le daría un solo *dirhem*. Alfonso volvióse entonces a Toledo, después de dar a Alvar Fáñez, lo mismo que a sus demás lugartenientes, la orden de venir a unírsele con sus tropas. Cuando su ejército—en el que figuraban muchos caballeros franceses—se reunió, púsose en marcha, porque quería llevar la guerra a país enemigo. Encontró a los almoravides y a sus aliados no lejos de Badajoz, cerca de un paraje que los musulmanes llamaban Zalaca, y los cristianos, Sacralias, y no había acabado aún de fijar sus tiendas, cuando recibió una carta en que Yusof le invitaba a abrazar el islamismo o a pagar un tributo, amenazándole con la guerra si no aceptaba una cosa u otra. Alfonso se indignó extraordinariamente con este mensaje. Encargó a uno de sus empleados árabes respondiese que, habiendo sido los musulmanes tributarios suyos durante muchos años, no esperaba

---

(1) Ben-al-Abar, *ubi supra; Abad*, t. II, pp. 23, 193; Abd-al-uahid, p. 91.

proposiciones tan ofensivas; pero que tenía un gran ejército, con el que sabría castigar la jactancia de sus enemigos. Habiendo llegado esta carta a la cancillería musulmana, un andaluz la contestó en seguida; pero cuando enseñó su respuesta a Yusof, éste la encontró demasiado larga, y se limitó a escribir en el reverso de la carta del emperador estas sencillas palabras: "Ya verás lo que sucede", y se la devolvió (1).

Tratóse entonces de fijar el día de la batalla, según costumbre de la época. Era el jueves 22 de octubre de 1086, y Alfonso envió este mensaje a los musulmanes: "Mañana viernes es vuestra fiesta y el domingo la nuestra; propongo, pues, que la batalla se dé pasado mañana, sábado." (2). Agradó a Yusof esta proposición; pero Motamid vió en ella una estratagema, y como en el caso de ataque él tenía que sostener el primer choque del enemigo—porque las tropas andaluzas formaban la vanguardia, mientras los almoravides se mantenían a retaguardia ocultos entre los montes—, adoptó precauciones, a fin de no ser atacado de improviso, mandando observar los movimientos del enemigo a sus tropas ligeras. Su ánimo no estaba

---

(1) El califa Harun ar-Raxid respondió casi del mismo modo a una carta del emperador Nicéforo. Por lo demás, los autores que hacen citar a Yusof un verso de Motanabi han tomado una cita de un historiador por parte de la respuesta del monarca. Yusof era demasiado inculto para poder citar versos de Motanabi.

(2) *Abad*, t. II, p. 22; Abu-'l-Hadchach Baiyasi, *apud* Aben-Jalican, XII, 16. Según otros autores, Alfonso propuso el lunes, por ser el sábado la fiesta de los judíos.

tranquilo, y consultaba sin cesar a su astrólogo. En efecto: hallábanse en un momento crítico y decisivo. La suerte de España dependía del éxito de la batalla que iba a entablarse, y los castellanos tenían superioridad numérica; al menos, los musulmanes creían que sus fuerzas se elevaban a cincuenta o sesenta mil hombres (1), en tanto que las de los sarracenos no sumaban más que veinte mil (2).

Al rayar la aurora, Motamid vió realizados sus temores, siendo avisado por sus centinelas de que se aproximaba el ejército cristiano. Su situación era muy crítica, porque corría el peligro de ser aniquilado antes de que los almoravides llegasen al campo de batalla, por lo que envió a decir a Yusof que viniera prontamente en su auxilio con todas sus tropas, o le enviase, al menos, un refuerzo considerable; pero Yusof no se apresuró a acceder a esta demanda. Tenía formado un plan, del que no quería apartarse, y se inquietaba tan poco por la suerte de los andaluces, que exclamó: "¿Qué tengo yo que ver con que esas gentes sean degolladas? Todos son enemigos" (3). Abandonados así a sus propias fuerzas, los andaluces emprendieron la fuga; sólo los sevillanos, estimulados por el ejemplo de su rey, que, aunque he-

---

(1) *Abad*, t. II, pp. 23, 38.
(2) Abd-al-uahid, p. 93.
(3) *Kitab al-ictifa*—*Abad*, t. II, p. 23—, en donde es preciso conservar la transcripción del manuscrito: *Facolon*. Este testimonio es notable, porque el autor del *Kitab al-ictifa* es muy parcial por los almoravides.

rido en la mano y en la cara, daba pruebas de extraordinario valor, resistieron vigorosamente el choque del enemigo, hasta que al fin vino en su ayuda una división almoravide. Desde entonces el combate fué menos desigual; pero los sevillanos se quedaron asombrados cuando de pronto vieron a los enemigos batirse en retirada, pues el refuerzo que habían recibido no era bastante considerable para que pudieran lisonjearse de haber obtenido la victoria. He aquí lo sucedido: Viendo al ejército castellano empeñado contra los andaluces, Yusof se había propuesto atacarlo a retagurdia. Por eso envió a Motamid todo el refuerzo que necesitaba para impedir que le aniquilasen los enemigos y, dando un rodeo, cayó con el grueso de sus fuerzas sobre el campamento de Alfonso, donde hizo una carnicería horrible en los soldados encargados de custodiarlo, y después de incendiarlo, fué a caer sobre la espalda de los castellanos, llevando delante de sí una turba de fugitivos. Alfonso se hallaba entre dos fuegos, y como el ejército que tenía a retaguardia era más numeroso que el que tenía de frente, se vió obligado a volver contra el primero su fuerza principal. El combate fué empeñadísimo; el campamento fué sucesivamente conquistado y reconquistado, mientras Yusof recorría las filas gritando: "¡Valor, musulmanes! ¡Tenéis delante a los enemigos de Dios! ¡El paraíso espera a los que sucumban!"

En tanto, los andaluces, que habían emprendi-

do la fuga, habían llegado a rehacerse, volviendo al campo de batalla para sostener a Motamid y, por otra parte, Yusof lanzó contra los castellanos su guardia negra, que tenía de reserva y que hizo maravillas. Un negro logró hasta aproximarse a Alfonso y darle una puñalada en el muslo. Al caer la noche, la victoria, ardientemente disputada, declaróse al fin por los musulmanes; la mayoría de los cristianos yacían muertos o heridos sobre el campo de batalla; otros habían emprendido la fuga, y el mismo Alfonso, rodeado tan sólo de 500 jinetes, logró salvarse con gran trabajo—23 de octubre del 1086—.

No se recogió, sin embargo, todo el fruto que podía esperarse de esta gran victoria; pues aunque Yusof tenía intención de penetrar en territorio enemigo, renunció a ello al saber la muerte de su primogénito, que había quedado enfermo en Ceuta. Contentóse con dejar a las órdenes de Motamid una división de 3.000 hombres y volvió al Africa con el resto de sus tropas (1).

XIII

A consecuencia de la llegada de los almoravides a España, los castellanos habían tenido que evacuar el reino de Valencia y levantar el sitio de Zaragoza. La derrota de Zalaca les había pri-

(1) Véase la nota E al fin de este volumen.

vado de muchos de sus mejores guerreros, pues perdieron en ella—según los musulmanes—diez mil y aun veinticuatro mil hombres (1). Además, los príncipes andaluces se habían librado de la vergonzosa obligación de pagar a Alfonso un tributo anual, y el Oeste, donde las fortalezas estaban defendidas ahora por soldados que Yusof había dejado a Motamid, nada tenía que temer de los ataques del emperador. Eran, ciertamente, espléndidos resultados, de los cuales se regocijaban, con razón, los andaluces. Así que en todo el país resonaban gritos de júbilo, todas las bocas pronunciaban el nombre de Yusof, alabándose su piedad, su valor, sus talentos militares, proclamándole salvador de Andalucía y de la religión musulmana y llamándole el primer capitán del siglo. Sobre todo, el clero no le regateaba los elogios. Para él, Yusof era más que un grande hombre: era el hombre bendecido por Dios, el elegido del Señor (2).

Sin embargo, los triunfos obtenidos, por grandes y gloriosos que fuesen, no eran decisivos en modo alguno. Al menos, los castellanos lo creían así. A pesar de las pérdidas que habían experimentado, no desesperaban de rehacerse. Sabían muy bien que arriesgaban demasiado si dirigían sus ataques hacia Badajoz y Sevilla; pero no ignoraban tampoco que el este de Andalucía les

---

(1) *Abad,* t. II, pp. 23, 199.
(2) Abd-al-uahid, p. 94.

brindaba aún algunas probabilidades de éxito; que les sería fácil devastarlo y tal vez hasta conquistarlo. Los pequeños principados de Levante: Valencia, Murcia, Lorca y Almería eran, en efecto, los más débiles de todos los de la península, y los castellanos ocupaban, cerca de ellos, una posición muy fuerte, que dejaba a merced suya todo el país. Era la fortaleza de Aledo, cuyas ruinas existen aún hoy, y que se hallaba entre Murcia y Lorca. Situada en una montaña escarpadísima y capaz de contener una guarnición de doce o trece mil hombres, podía pasar por inexpugnable. De ella salían los castellanos para hacer correrías en las inmediaciones, llegando hasta a sitiar a Almería, Lorca y Murcia (1), y todo parecía presagiar que, si no se tomaba alguna providencia, acabarían por caer en sus manos estas ciudades. Conocía Motamid la gravedad del peligro que amenazaba por esta parte a Andalucía, y además se trataba de sus propios intereses.

Las dos ciudades más expuestas a los ataques del enemigo, Murcia y Lorca, le pertenecían: la primera de derecho, la segunda de hecho, porque el señor de Lorca, Ben-al-Yasa, que se sentía demasiado débil para resistir a los castellanos de Aledo, le había reconocido como soberano, con la esperanza de que le ayudase (2). Respecto a Mur-

(1) *Abad*, t. II, p. 25.
(2) *Abad*, t. II, p. 120.

cia, reinaba allí todavía Aben-Raxic, y Motamid ardía en deseos de castigar a aquel rebelde. Resolvió, por lo tanto, hacer una expedición a Levante, con el doble propósito de contener las invasiones de los cristianos y de reducir a Aben-Raxic a la obediencia, para lo cual reunió sus propias tropas a las que le había confiado Yusof, y tomó el camino de Lorca.

Al llegar a esta ciudad le informaron de que había en las inmediaciones un escuadrón de trescientos castellanos. En consecuencia, ordenó a su hijo Radi que fuese a atacarlos con tres mil jinetes de Sevilla. Radi, mucho más aficionado a las letras que a la guerra, se excusó, pretextando una indisposición. Irritadísimo con esta negativa, confió el mando a otro de sus hijos, llamado Motad; pero la superioridad de los castellanos sobre los andaluces iba a patentizarse una vez más, pues aunque eran diez contra uno, los sevillanos sufrieron la más vergonzosa derrota (1).

No fueron más afortunadas las tentativas de Motamid para someter a Murcia. Aben-Raxic había sabido interesar en su favor a los almoravides que figuraban en el ejército sevillano, y Motamid se vió obligado a volver a su capital sin haber conseguido nada (2).

Era, pues, evidente que lo mismo antes que después de la batalla de Zalaca los andaluces no

---

(1) *Abad,* t. II, p. 25; es preciso rectificar este pasaje con ayuda de Aben-Jacan—*Abad,* t. I, pp. 172-175—.

(2) *Abad,* t. II, p. 121.

estaban en situación de defenderse, y que si Yusof no venía por segunda vez en su ayuda acabarían por sucumbir. Por eso el palacio de Yusof estaba asediado continuamente por los faquíes y las personas notables de Valencia, Murcia, Lorca y Baza. Los valencianos se quejaban de Rodrigo el Campeador—el Cid—, que se había erigido en protector de Cadir, después de obligarle a pagar un tributo mensual de 10.000 ducados, y que asolaba el reino, so pretexto de someter a los rebeldes a la autoridad del rey (1). Los habitantes de otras regiones protestaban también contra las vejaciones con que los abrumaban los castellanos de Aledo, y todos declaraban unánimemente que si Yusof no venía en su auxilio Andalucía caería inevitablemente en poder de los cristianos (2). Sus súplicas producían, no obstante, poco efecto en el ánimo del monarca. Cierto que Yusof prometía pasar el estrecho en cuanto la estación se lo permitiese; pero no hacía serios preparativos, y, aunque no lo decía, dejaba adivinar que esperaba una petición directa por parte de los príncipes. Entonces Motamid se decidió a hacerla. Las sospechas que había concebido sobre las secretas intenciones de Yusof se habían casi disipado, o, al menos, debilitado poco a poco. Salvo la ocupación de Algeciras, el monarca africano no había hecho nada que pudiese herir la

(1) *Investigaciones*, t. II, pp. 136, 137.
(2) *Abad*, t. III, p. 201.

dignidad de los príncipes andaluces o justificar sus aprensiones; al contrario: había dicho algunas veces que antes de ver a Andalucía tenía una gran idea de la hermosura y riqueza del país; pero que había sufrido un desengaño (1). Motamid estaba por esto casi tranquilo, y como el peligro que amenazaba a su patria era realmente muy grande, adoptó la resolución de presentarse en persona a Yusof.

El almoravide le hizo el recibimiento más honroso y cordial.

—No necesitabas—le dijo—venir en persona; bastaba con que me hubieses escrito, y me hubiera apresurado a satisfacer tus deseos.

—He venido—respondió Motamid—para decirte que estamos en un peligro espantoso. Aledo se halla en el corazón de nuestro país, y no podemos quitárselo a los cristianos. Si tú lograras hacerlo, prestarías a la religión un inmenso servicio. Ya que nos has salvado una vez, sálvanos otra.

—Lo intentaré, al menos—le respondió Yusof.

Cuando Motamid volvió a Sevilla activó mucho los armamentos y, terminados los preparativos, cruzó el estrecho con sus tropas, desembarcó en Algeciras en la primavera de 1090 y, uniéndose con Motamid, invitó a los príncipes andaluces a reunirse con él para sitiar a Aledo. Temim, de Málaga; Abdala, de Granada; Motacim, de Almería; Aben-Raxic, de Murcia, y algunos otros

(1) Abd-al-uahid, p. 92.

señores menos importantes respondieron a su llamamiento. Comenzó el sitio; las máquinas de guerra fueron construídas por carpinteros y albañiles de Murcia, y se convino en que los emires atacasen la fortaleza alternativamente un día cada uno. Sin embargo, no se adelantaba mucho; los defensores de Aledo, que eran 3.000—una tercera parte de caballería—rechazaban vigorosamente los asaltos, y la plaza era tan fuerte, que los musulmanes, después de haber intentado en vano apoderarse de ella por la fuerza, se decidieron a sitiarla por hambre (1).

Por otra parte, los sitiadores se preocupaban mucho menos del asedio que de sus intereses personales. Su campamento era un foco de intrigas, estimulándose en muchos sentidos la ambición de Yusof. Al decir que España no respondía a sus esperanzas, no había sido sincero. La verdad era que el país le había agradado extraordinariamente, y, ya sea por afán de conquista, ya por móviles más nobles—porque la religión le interesaba cordialmente—, deseaba apoderarse de él, deseo que no era difícil de realizar. Muchos andaluces opinaban que su patria no podía salvarse sino uniéndose al imperio de los almoravides. Cierto que no era éste el parecer de las clases más elevadas de la sociedad, pues para la gente culta, Yusof, que sabía muy poco árabe, era un rústico, un bárbaro y además había dado hartas

(1) *Abad*, t. II, pp. 202, 203.

pruebas de su ignorancia y falta de educación. Por ejemplo: cuando Motamid le preguntó si comprendía los versos que acababan de recitarle los poetas sevillanos, respondió: "Lo que comprendo es que piden pan." Y cuando, después de su regreso a Africa, recibió una carta de Motamid con estos dos versos, tomados de un célebre poema que Abul-Ualid-aben-Zaidun (1)—el Tíbulo de Andalucía—había dirigido a su amante Ualada: "Desde que estás lejos de mí, el deseo de verte consume mi corazón y me hace derramar torrentes de lágrimas. Mis días son ahora negros, y antes, gracias a ti, mis noches eran blancas", Yusof había dicho: "Parece que me pide muchachas blancas y negras". Cuando le explicaron que en estilo poético *negro* significaba *obscuro*, y *blanco* significaba *sereno*, dijo: "Es muy hermoso. Pues bien: respondedle que a mí me duele la cabeza desde que no le veo" (2). En un país tan aficionado a la literatura como Andalucía no se perdonaban tales cosas. Unase a esto que los hombres de letras estaban muy contentos con su posición y no deseaban que cambiase. Las pequeñas cortes eran otras tantas academias, y los literatos, los niños mimados de los príncipes, que les asignaban sueldos magníficos. Los librepensadores tampoco podían estar quejosos, pues, gracias a la protección que les dispensaban la ma-

(1) Era el padre del visir de Motamid.
(2) *Abad*, t. II, p. 221.

yoría de los príncipes, podían por primera vez decir y escribir lo que pensaban, sin temor a ser quemados o lapidados (1). Por tanto, deseaban menos que nadie la dominación de los almoravides, que había de traer indefectiblemente la del clero.

Pero si Yusof contaba con pocos partidarios entre las clases superiores e ilustradas, tenía muchos entre el pueblo, que en general estaba muy descontento, y le sobraba razón. Cada ciudad algo importante tenía su corte, que era preciso sostener y que costaba mucho, porque casi todos los príncipes eran excesivamente pródigos. Y ¡si a fuerza de pagar hubiese podido comprar siquiera la seguridad y la tranquilidad! Pero no era así, porque los príncipes, ordinariamente, eran muy débiles para proteger a sus súbditos contra sus vecinos musulmanes y mucho menos contra los cristianos. No había un momento de reposo; nadie tenía segura la vida ni la hacienda. Era, preciso es convenir en ello, una situación insoportable, y por lo tanto, muy natural que las clases laboriosas ansiasen que tuviera término. Antes no había medio de salir de ella. Cierto que había habido algunos conatos de rebelión, y se habían escuchado con placer estos versos de Somaisir, poeta de Granada:

"Reyes, ¿qué es lo que hacéis? Entregáis el islamismo a sus enemigos y no procuráis salvarlo.

(1) Said de Toledo, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 4 de la primera edición.

Es un deber rebelarse contra vosotros, puesto que hacéis causa común con los cristianos. No es un crimen substraerse a vuestro cetro, puesto que vosotros os habéis substraído al cetro del Profeta."

Pero como una rebelión no hubiera servido más que para empeorar la situación, era preciso esperar y armarse de paciencia, como el mismo poeta había dicho en estos versos:

"Esperábamos en vosotros, ¡oh, reyes!, pero habéis frustrado nuestra esperanza; esperábamos de vosotros nuestra libertad; pero hemos sufrido un desengaño. Pues bien: tengamos paciencia, que el tiempo trae grandes mudanzas. Al buen entendedor, con media palabra basta." (1).

Por el contrario, ahora ya era posible la insurrección, puesto que había en España un monarca justo, potente, glorioso, que había alcanzado sobre los cristianos una victoria brillante, que sin duda alcanzaría otras y que parecía enviado por la Providencia para devolver a Andalucía su grandeza y prosperidad. Lo mejor era, por lo tanto, someterse a su dominación, y, haciéndolo, se librarían a un tiempo mismo de una multitud de impuestos vejatorios, porque Yusof había abolido en sus Estados todos los que no se hallaban prescri-

(1) Aben-Basam, t. I, fol. 230 v.

tos por el Corán, y se tenía la convicción de que en España procedería del mismo modo.

Así razonaba el pueblo, y en muchos aspectos acertaba; olvidaba tan sólo que el Gobierno, a la larga, no podría pasarse sin los impuestos que hubiese abolido; que Andalucía, uniendo su suerte a la de Marruecos, se expondría a sentir de rechazo las revoluciones que estallasen en aquel país; que la dominación almoravide sería una dominación extranjera, el dominio de un pueblo sobre otro; que, en fin, los soldados de Yusof pertenecían a una raza que España había detestado siempre, y que, como eran bastante indisciplinados, podrían llegar a convertirse en huéspedes muy molestos.

Por lo demás, el deseo de un cambio era mucho más acentuado en unos Estados que en otros. En Granada era el voto unánime de toda la población árabe y andaluza, que no había cesado de maldecir a sus tiranos berberiscos. En los Estados de Motamid había también muchos descontentos (1); pero no en Almería, porque el príncipe que reinaba allí era muy popular, piadoso, justo, clemente, trataba a su pueblo con bondad paternal; siendo, en una palabra, un acabado modelo de las más atractivas virtudes.

Sin embargo, Yusof tenía en favor suyo, casi en todas partes, a los doctores, a los faquíes, a los cadíes, a los ministros de la religión y de la ley

---

(1) *Abad*, t. II, pp. 131, 132.

Estos eran sus auxiliares más adictos y diligentes, por ser los que tenían más que perder si triunfaban los cristianos, y además porque no podían estar satisfechos de príncipes que, ocupados en profundos estudios o entregados a sus placeres, apenas escuchaban sus sermones, no hacían ningún caso de ellos y protegían abiertamente a los filósofos. Yusof, que, por el contrario, era un modelo de devoción que nunca dejaba de consultar a los faquíes en los negocios de Estado, y que seguía sus consejos, contaba con todo su afecto y simpatía. Sabían, o al menos adivinaban, que Yusof sentía una gran tentación de destronar a los príncipes andaluces en provecho suyo, y desde entonces no pensaron más que en estimular sus deseos y en persuadirle de que la misma religión los sancionaba.

Uno de los más activos era el cadí de Granada, Abu-Chafar Colaií. Era de origen árabe, lo que equivale a decir que aborrecía a los berberiscos, opresores de su patria. Cierto que trataba de disimular sus sentimientos, pero no lo conseguía. Por un secreto instinto, Badis había visto en él al probable autor de la caída de su dinastía, y más de una vez había tenido intención de mandarle matar; "pero Dios—para servirme de la expresión de un autor árabe—había encadenado las manos del tirano, a fin de que se cumpliesen los decretos del destino". Este cadí formaba parte del ejército que sitiaba a Aledo, y sostuvo muchas entrevistas secretas con Yusof, a quien ya conocía,

pues se recordará que había sido uno de los embajadores que, cuatro años antes, habían sido encargados de invitar a los almoravides a socorrer a los andaluces. El objeto que se proponía con tales entrevistas es fácil de adivinar: Yusof tenía escrúpulos de conciencia, y el cadí procuraba vencerlos (1). Le hizo presente que los faquíes andaluces podían desligarle de su juramento; que les sería fácil obtener de ellos un *fetfa* donde se enumerasen todas las faltas y todos los atentados de los príncipes, sacando de aquí la conclusión de que habían perdido el derecho a los tronos que ocupaban.

Los razonamientos de este cadí, uno de los más famosos por su saber y piedad, hicieron profunda impresión en el ánimo de Yusof, y por otra parte, los discursos de Motacim, rey de Almería, le inspiraban profunda aversión hacia el más poderoso de los príncipes andaluces.

Ya hemos dicho que Motacim era un príncipe excelente; pero, aunque tan bueno y benévolo de ordinario, odiaba a alguien, y este alguien era Motamid. Aquel odio parece que tuvo origen en unos mezquinos celos más que en verdaderos y serios agravios; pero era muy fuerte, y aunque en apariencia se había reconciliado con el rey de Sevilla, se dedicaba a desconceptuarle ante el monarca africano, cuyo favor se había ganado por

---

(1) Ben-al-Jatib, man. G., fol. 16 v., 17 r., artículo sobre Abu-Chafar Ahmed aben-Jalaf ben-Abdalmelic al-Gasani al-Colaií.

medios que frisaban en bajezas. Sin embargo, Motamid no se daba cuenta de nada; cuando se hallaba a solas con Motacim le hablaba con el corazón en la mano, y un día en que el príncipe de Almería le manifestó sus temores por la prolongada permanencia de Yusof en Andalucía: "Sin duda—le respondió con tono de fanfarronería muy meridional—, sin duda que ese hombre lleva mucho tiempo en nuestro país; pero, en cuanto me harte, no tengo más que alzar la mano, y al día siguiente él y sus soldados habrán partido. Parece que temes que nos jueguen alguna mala pasada; pero ¿quién es ese príncipe lastimoso, y quiénes son sus soldados? En su patria eran mendigos que se morían de hambre; queriendo hacer una buena obra, los hemos llamado a España para saciarlos; pero cuando se hayan hartado, los enviaremos nuevamente al sitio de donde han venido." Tales discursos se convirtieron, en manos de Motacim, en armas terribles. Cuando se los refirió a Yusof, éste fué presa de violenta cólera, y, lo que hasta entonces no había sido más que un vago proyecto, se transformó en una resolución decidida, irrevocable. Motacim triunfaba, pero no había calculado lo que iba a ocurrir; "no había previsto—dice con mucha oportunidad un historiador árabe—que él también caería en el pozo que había abierto para el que odiaba, y que a su vez sería herido por la espada que había hecho desenvainar". (1).

(1) Abd-al-uahid, pp. 96, 97.

Por otra parte, esta imprevisión era común a todos los príncipes andaluces. Se acusaban recíprocamente ante Yusof; tomaban al almoravide por árbitro de sus querellas, y mientras el príncipe almeriense trataba de perder al de Sevilla, éste procuraba derribar al príncipe de Murcia, Aben-Raxic. Para lograrlo no cesaba de repetir a Yusof que Aben-Raxic había sido aliado de Alfonso; que había prestado grandes servicios a los cristianos de Aledo y que aún se los prestaba, según todas las apariencias. Después, haciendo valer sus derechos a la posesión de Murcia, exigió que el traidor que le había quitado esta ciudad le fuera entregado. Yusof encargó a los faquíes que examinasen este asunto, y cuando éstos dieron la razón a Motamid, mandó prender a Aben-Raxic y lo entregó al rey de Sevilla, aunque prohibiendo que le diese muerte. Esta prisión tuvo las consecuencias más funestas, porque los murcianos, irritados, abandonaron el campamento y en adelante se negaron a suministrar los obreros y los víveres que el ejército necesitaba.

La situación de los sitiadores había llegado a ser muy penosa y amenazaba serlo aún más, pues estaba cerca el invierno, cuando se supo que Alfonso llegaba en socorro de la plaza con un ejército de 18.000 hombres. Yusof tuvo al principio la intención de esperarlo en la sierra de Tirieza—al oeste de Totana—y presentarle batalla en aquel sitio; pero pronto renunció a este proyecto y se retiró a Lorca. Temía que los andalu-

ces huyesen de nuevo, como en la batalla de Zalaca, y, por otra parte, estaba convencido de que Aledo no se hallaba en estado de defenderse y de que los castellanos tendrían que evacuarlo. Este juicio era exacto, como lo demostraron los acontecimientos. Hallando las fortificaciones casi derruídas y la guarnición reducida a un centenar de hombres, Alfonso incendió la fortaleza y se llevó sus defensores a Castilla (1).

El objeto de la campaña se había alcanzado, aunque, a la verdad, de un modo poco brillante, porque Yusof había sitiado a Aledo durante cuatro meses sin apoderarse de él y su retirada al aproximarse Alfonso se parecía mucho a una fuga. Sin embargo, los faquíes tuvieron buen cuidado de que su popularidad no disminuyera. Afirmaban que si en aquella ocasión el almoravide no había obtenido un éxito tan feliz como cuatro años antes, la culpa era de los príncipes andaluces que sus intrigas, sus envidias, sus eternas discordias impedían al gran monarca hacer todo el bien que haría si mandase él solo. En general, los faquíes trabajaban más que nunca, y tenían que hacerlo, porque, habiendo advertido los príncipes sus manejos, comenzaban a correr grandes peligros. Bien lo experimentó, a costa suya, el cadí de Granada,

(1) *Abad,* t. II, pp. 39, 121, 203; *Aben-Jalican,* fasc. 12, página 25. En el relato del *Cartás*—p. 99—y, sobre todo, en el de Abd-al-uahid—p. 92—hay muchas inexactitudes. Véase también la *Gesta Roderici,* y, para la cronología, compárese con la nota F al fin de este volumen.

Abu-Chafar Colaii. Ya en el campamento, su soberano, cuya tienda estaba muy próxima a la suya, había advertido sus secretas entrevistas con Yusof y adivinado su objeto. Sin embargo, como la presencia de Yusof le intimidaba, no se había atrevido a adoptar contra el conspirador medidas rigurosas; mas apenas volvió a Granada, le hizo venir a su presencia, le recriminó por haberle vendido y haber tramado su pérdida, y en su cólera llegó a ordenar a sus guardias que le diesen muerte. Afortunadamente para Abu-Chafar, la madre de Abdala se arrojó a los pies de su hijo, rogándole que perdonase a un hombre tan piadoso, y como de ordinario Abdala se dejaba dominar por ella, revocó la orden, contentándose con encarcelar al cadí en una de las habitaciones del castillo. El cadí, que sabía estaba rodeado de personas muy supersticiosas, se puso a recitar oraciones y versículos del Corán. Su voz clara y vibrante resonaba de un extremo a otro del palacio. Todo el mundo prestaba oído a sus piadosas jaculatorias; se callaban para no distraerle, temiendo hacer ruido, y no cesaban de repetir al príncipe que Dios le castigaría de un modo espantoso si no se apresuraba a poner en libertad a aquel modelo de piedad y devoción. La madre de Abdala se mostró todavía más celosa que nadie, y entre súplicas y amenazas decidió a su hijo a poner en libertad al prisionero; pero, después de haber recibido semejante lección, el cadí se guardó muy bien de permanecer en Granada.

Aprovechó la obscuridad de la noche para llegar a Alcalá, y de allí se fué a Córdoba. Desde entonces nada tuvo que temer; pero, ardiendo en deseos de venganza, escribía a Yusof, le pintaba con los más vivos colores los malos tratamientos que había sufrido y le suplicaba que no aplazase más la ejecución del proyecto que tanto habían discutido (1). Al mismo tiempo se dirigió a otros cadíes y faquíes andaluces pidiéndoles un *fetfa* contra los príncipes en general y en particular contra los dos nietos de Badis. Los cadíes y los faquíes no vacilaron en decretar que los príncipes de Granada y Málaga habían perdido sus derechos por sus muchos atentados, y especialmente por el modo brutal con que el mayor de los dos había tratado a su cadí; pero no atreviéndose aún a declarar que los demás príncipes también habían perdido sus derechos. se contentaron con presentar a Yusof una súplica en que le decían que estaba obligado a intimar a todos los príncipes andaluces a volver a la legalidad y no exigir más contribuciones que las que el Corán había establecido (2).

En virtud de estos dos *fetfas* ordenó Yusof a todos los príncipes andaluces que aboliesen los impuestos, levas, etc, con que vejaban a sus súbditos (3), y se dirigió hacia Granada con una divi-

(1) Ben-al-Jatib, artículo sobre Abu-Chafar Colaii.

(2) *Abad.* t. II, p. 211.

(3) Aben-Jaldun, *Historia de los bereberes*, t. II, p. 79 de la traducción.

sión de su ejército, después de haber ordenado a otras tres que hiciesen lo mismo. Sin embargo, no declaró la guerra a Abdala; de modo que este príncipe adivinaba, más que conocía, sus intenciones. Su terror era extraordinario. No se parecía en nada a su abuelo, el ignorante pero enérgico Badis. Tenía cierto barniz de cultura, se expresaba bastante bien en árabe, hasta hacía versos y tenía tan buena letra que por mucho tiempo se conservó en Granada un Corán copiado por él; pero era, al mismo tiempo, un hombre pusilánime, enervado, indolente, incapaz, uno de esos hombres para quienes las mujeres no tienen atractivos, que tiemblan a la vista de una espada y que, no sabiendo nunca a qué partido quedarse, piden parecer a todo el mundo. Esta vez, habiendo reunido su consejo, pidió ante todo su opinión al anciano Moamil, que había prestado útiles servicios a su abuelo. Moamil procuró tranquilizarlo, diciéndole que Yusof no tenía intenciones hostiles, y le aconsejó que diese a este monarca una prueba de confianza saliendo a su encuentro. Viendo que este consejo no agradaba a Abdala, y que más bien pensaba en prepararse para la defensa, se esforzó en demostrarle que le sería imposible resistir a los almoravides, en lo cual tenía razón, porque Abdala disponía de muy pocas tropas y había alejado—por desconfiar de él—a su mejor general, el berberisco Mocatil el Royo (1).

(1) Ben-al-Jatib, man. E., artículo sobre Mocatil.

Todos los antiguos consejeros de la corte se adhirieron a la opinión de Moamil; pero Abdala sospechaba de la lealtad de este hombre y faltaba poco para que le considerase cómplice de Abu-Chafar, el pérfido cadí, que ya sentía haber dejado escapar. Por otra parte, sus sospechas no carecían, en absoluto, de fundamento. Ignoramos si Moamil estaba comprometido realmente a defender los intereses de Yusof; pero lo cierto es que este último monarca, cuyo favor se había ganado, y que apreciaba sus talentos, contaba con su apoyo. Abdala no vió más que un lazo en los consejos de Moamil, y, como sus favoritos jóvenes le aseguraban que Yusof tenía indudablemente malas intenciones, anunció que estaba decidido a rechazar la fuerza con la fuerza, después de lo cual abrumó a Moamil y a sus amigos con reprensiones y amenazas. Esto era una imprudencia, porque así se los enajenó por completo y casi los obligó a decidirse por Yusof. Fué lo que hicieron, en efecto. Saliendo de Granada durante la noche, se dirigieron a Loja, y apoderándose de esta ciudad, proclamaron allí la soberanía del rey de los almoravides. Las tropas que Abdala envió contra ellos los obligaron a rendirse, y los llevaron a Granada, donde fueron paseados por las calles como viles malhechores. Sin embargo, gracias a la intervención de Yusof, recobraron la libertad. El monarca africano ordenó perentoriamente al príncipe de Granada que los soltase, y como Abdala no conocía positivamente las inten-

ciones de Yusof, no se atrevió a desobedecerle. Pero mientras aun trataba de evitar una abierta ruptura, se preparaba activamente para la guerra. Despachó a Alfonso correo tras correo para rogarle que viniese en su ayuda, y, esparciendo el oro a manos llenas, alistó gran número de mercaderes, tejedores y obreros de todas clases. Todo esto no le sirvió de nada. Alfonso no respondió a su llamamiento; los granadinos, mal dispuestos contra él, esperaban con impaciencia la llegada de los almoravides, y todos los días salían de la ciudad multitud de personas para reunirse con ellos. En tal estado de cosas, la resistencia era imposible, Abdala lo comprendió, y el domingo 10 de noviembre de 1090, cuando Yusof estaba a dos parasangas de Granada, reunió nuevamente el consejo para preguntarle lo que debía hacer. Habiendo declarado éste que no se podía pensar en la defensa, la madre de Abdala, que asistía a las deliberaciones, y que, según se asegura, había concebido la esperanza loca de casarse con Yusof, tomó la palabra y dijo: "Hijo mío, no te queda más que un partido que adoptar: ve a saludar al almoravide; es primo tuyo (1) y te tratará honrosamente." Abdala se puso, por lo tanto, en camino, acompañado de su madre y de un magnífico cortejo. Abría la marcha la guardia eslava, y la cristiana rodeaba al príncipe. Todos los

---

(1) Es decir: es de la misma raza que tú, berberisco como tú.

soldados llevaban turbantes de tela de algodón muy fina y cabalgaban sobre soberbios corceles, cubiertos con mantillas de brocado.

Llegado a presencia de Yusof, Abdala se apeó del caballo y le dijo que, si había tenido la desgracia de desagradarle, le suplicaba que le perdonase. Yusof le aseguró con mucha afabilidad que si había tenido quejas contra él ya las había olvidado, y le rogó que fuese a una tienda que le indicó y donde sería tratado con todos los honores debidos a su categoría. Abdala lo hizo así; pero tan pronto como puso el pie dentro de la tienda fué cargado de cadenas.

Poco después llegaron al campamento los principales habitantes de la ciudad. Yusof les dispensó una excelente acogida, asegurándoles que no tenían nada que temer y que sólo podían ganar con el cambio de dinastía. En efecto: en cuanto recibió su juramento publicó un edicto en que se derogaban todos los impuestos no prescritos por el Corán. Inmediatamente hizo su entrada en la ciudad en medio de las ardientes aclamaciones del pueblo y fué a palacio para inspeccionar las riquezas que encerraba y que había acumulado Badis. Eran inmensas, prodigiosas, innumerables; las habitaciones estaban adornadas de esteras, tapices y cortinas de enorme valor; por todas partes las esmeraldas, los rubíes, los diamantes, las perlas, los vasos de cristal, la plata y el oro deslumbraban la vista. Había especialmente una capillita, formada por cuatro-

cientas perlas, valuada cada una en cien ducados. El almoravide quedó maravillado de tales tesoros; antes de entrar en Granada había declarado que le pertenecían; pero, como tenía más ambición que avaricia, queriendo alardear de generoso, lo repartió entre sus oficiales sin guardar nada para sí mismo. Sin embargo, sabíase que lo que estaba expuesto a la vista no era todo y que la madre de Abdala había escondido muchos objetos preciosos. Obligáronla a indicar dónde los había ocultado; pero sospechando que no era sincera en sus declaraciones, Yusof ordenó a Moamil—al que nombró intendente de palacio y de los dominios de la corona—que hiciese registrar hasta los cimientos y los albañales del edificio (1)..

Después de lo ocurrido hubiera sido bien excusable que los príncipes andaluces rompieran en el acto con Yusof; sin embargo, no lo hicieron; antes al contrario, Motamid y Motauakil se trasladaron a Granada para felicitar al almoravide, y Motacim envió en lugar suyo a su hijo Obaidala.

¡Cosa extraña! La ceguedad de Motamid era tal que se lisonjeaba con la esperanza de que Yusof iba a ceder Granada a su hijo Radi en compensación de Algeciras, que le había quitado. ¡Poco conocía al africano, suponiéndole capaz de

---

(1) Ben-al-Jatib, man. E., artículos sobre Abdala aben-Bologuin y sobre Moamil; *Abad*, t. II, pp. 9, 26, 39, 179, 180, 203 y 204; *Cartás*, p. 99. Respecto a la fecha, consúltese la nota F al fin de este volumen.

ceder un reino! Por otra parte, Yusof lo sacó bien pronto de su error. Trató a los emires con una frialdad glacial, no respondió a las insinuaciones de Motamid respecto a Granada y encarceló al hijo de Motacim. Semejante conducta tuvo que abrir los ojos a los príncipes; así que Motamid concibió vivísimas inquietudes. "Hemos cometido una falta gravísima trayendo a este hombre a nuestro país—dijo a Motauakil—y nos dará a beber el cáliz que Abdala ha tenido que apurar." Después, pretextando haber recibido aviso de que los castellanos amenazaban nuevamente las fronteras, ambos príncipes pidieron a Yusof permiso para abandonarle, y, habiéndole obtenido, se apresuraron a volver a sus Estados, después de lo cual propusieron a los demás emires que reinaban en España tomar de común acuerdo las medidas necesarias para defenderse contra el almoravide, cuyos proyectos no eran un secreto para nadie. Este paso fué coronado por el éxito. Los emires se comprometieron a porfía a no proporcionar a los almoravides tropas ni provisiones, y resolvieron firmar una alianza con Alfonso (1).

Yusof, por su parte, se fué a Algeciras, porque tenía la intención de reembarcarse y confiar a sus generales la odiosa tarea de destronar a los prín-

---

(1) *Abad,* t. II, pp. 180, 204; Aben-Jalican, fasc. XII, página 26; Ben-al-Abar, en mis *Investigaciones,* t. I, Apéndice, página L; Aben-Jaldun, *Hist. de los bereberes,* t. II, p. 79, de la traducción.

cipes andaluces. De camino quitó el pequeño principado de Málaga a Temim, el hermano de Abdala, príncipe completamente insignificante, y mandó avisar a los faquíes de que, habiendo llegado el momento decisivo, esperaba de ellos un *fetfa* muy explícito. Apresuráronse a satisfacer su deseo; declararon que los príncipes andaluces eran unos libertinos, disolutos e impíos; que su mal ejemplo había pervertido a los pueblos, volviéndolos indiferentes hacia las cosas sagradas, como lo demostraba la poca diligencia que tenían por asistir al culto divino; que habían impuesto contribuciones ilegales; que, aunque intimados por Yusof a abolirlas, las habían exigido; que, para colmo de atentados, acababan de concertar una alianza con el rey de Castilla, es decir, con el más implacable enemigo de la verdadera religión; que, por consiguiente, se habían hecho indignos de reinar por más tiempo sobre los musulmanes; que Yusof quedaba desligado de todos los compromisos que había contraído con ellos, y que tenía no sólo el derecho, sino el deber, de destronarlos sin demora. "Nos encargamos—decían para terminar—de responder ante Dios de este hecho. Si nos equivocamos, consentimos en sufrir, en la vida futura, la pena debida por nuestra conducta, y declaramos que tú, emir de los musulmanes, no eres el responsable de ello; pero creemos firmemente que, si dejas en paz a los príncipes andaluces, entregarán nuestro país a los infieles, y, en este caso, tendrás que dar cuenta a Dios por tu inacción."

Tal era el sentido general de este memorable *fetfa*, que, además, contenía acusaciones dirigidas contra algunos príncipes en particular. Todos, hasta Romaiquia, tenían allí cabida, acusándola a ella de haber arrastrado a su esposo en un torbellino de placeres y de ser la causa principal de la decadencia del culto.

Este *fetfa* era precioso para Yusof; pero, queriendo darle aún mayor autoridad, le hizo aprobar por los faquíes africanos y lo envió inmediatamente a los más célebres doctores de Egipto y de Asia, a fin de que confirmasen la opinión de los doctores occidentales con la suya. Parecía natural que se hubiesen declarado incompetentes, por tratarse de asuntos que no conocían; pero se guardaron bien de hacerlo; la idea de que en cualquier parte había un país en que los hombres de su profesión disponían de los tronos, halagaba grandemente su orgullo; así que los más renombrados, a cuyo frente figuraba el gran Gazali, no vacilaron on declarar que aprobaban en absoluto el decreto de los faquíes andaluces. Dirigieron, además, a Yusof cartas llenas de consejos, induciéndole del modo más apremiante a gobernar con justicia y a no desviarse nunca del buen camino, lo cual significaba que debía atenerse constantemente a la opinión del clero (1).

---

(1) Aben-Jaldun, *Hist. de los bereberes*, t. II, pp. 79, 80, 82; *Abad*, t. II, pp. 27, 151.

XIV

Podía preverse el carácter de la guerra que iba a comenzar: sería una guerra de sitios y no de batallas. Así, los dos partidos se prepararon, el uno a atacar las plazas fuertes y el otro a defenderlas; el ejército almoravide, cuyo general en jefe era Sir Ben-Abi-Becr, pariente de Yusof, se dividió en muchos cuerpos, de los cuales uno fué a sitiar a Almería, mientras los otros se dirigieron contra las fortalezas de Motamid. De estas últimas, Tarifa tuvo que rendirse en el mes de diciembre de 1090 (1). Poco después—tan rápidos fueron sus progresos—los soldados de Yusof comenzaron el sitio de Córdoba, donde gobernaba un hijo de Motamid, llamado Fath, y por sobrenombre Mamún. La antigua capital del califato no opuso larga resistencia; sus propios habitantes la entregaron a los almoravides. Fath intentó aún abrirse camino con la espada a través de los enemigos y los traidores; pero sucumbió al número. Le cortaron la cabeza, y, colocada en la punta de una pica, fué paseada en triunfo—26 de marzo de 1091 (2)—. Carmona fué tomada el 10 de mayo (3) y entonces pudo comenzar el sitio

---

(1) Abd-al-uahid, p. 98.
(2) *Abad,* t. I, pp. 54, 55. La fecha que consigno se halla en *Cartás*—p. 100—, Abd-al-uahid—p. 98—. Según Ben-al-Jatib—*Abad,* t. II, p. 178—, la toma de Córdoba debió verificarse en el mes de agosto.
(3) *Cartás,* p. 100.

de Sevilla. Marcharon dos ejércitos contra esta ciudad, estableciéndose uno al Este y otro al Oeste. El Guadalquivir separaba este último de la ciudad, que por este lado estaba defendida por la flota.

La situación de Motamid era, por lo tanto, muy crítica. Tan sólo le quedaba una esperanza: contaba con el socorro de Alfonso, a quien había hecho las más brillantes promesas en el caso de que le ayudase. Alfonso se había comprometido a hacerlo, y cumplió su palabra, enviando a Alvar Fáñez a Andalucía con un gran ejército. Desgraciadamente para Motamid, Alvar Fáñez fué vencido cerca de Almodóvar por las tropas que Sir había enviado a su encuentro (1). La noticia del desastre fué un rayo para el rey de Sevilla. Sin embargo, no desesperaba aún: lo que le sostenía, lo que le daba fuerzas, eran las predicciones, los sueños de su astrólogo. Mientras los pronósticos fueron favorables, creyó salvarse por cualquier milagro; pero cuando fueron adversos, cuando vaticinaron un fin que se aproximaba, cuando hablaron de un león que cogía su presa, cayó en un sombrío abatimiento y abandonó a su hijo Raxic la defensa de la plaza.

En tanto, los descontentos que querían entregar la ciudad al enemigo, se agitaban, conspiraban y se esforzaban para que estallase una sedición.

(1) *Cartás*, pp. 100, 101; *Abad*, t. II, pp. 42, 232; *Anales Toledanos*, II, p. 404—en la falsa fecha de 1092—.

Motamid los conocía y hubiera podido darles muerte, como le aconsejaban; pero, repugnándole la idea de terminar su reinado con un acto de rigor, se contentó con hacerlos espiar. Parece, sin embargo, que la vigilancia que se ejercía sobre ellos no era bastante activa, pues hallaron medio de comunicarse con los sitiadores, los ayudaron a abrir una brecha, por donde penetraron en la ciudad algunos almoravides el martes 2 de septiembre. Apenas informado de lo que ocurría, cogió Motamid un alfanje, y sin detenerse a tomar un escudo o una coraza, montó a caballo y se precipitó sobre los agresores, rodeado de algunos soldados adictos. Un jinete almoravide le arrojó un dardo. Pasó el arma bajo el brazo y le rozó la túnica. Cogiendo entonces el alfanje con las dos manos, parte al jinete en dos, rechaza a los demás enemigos y los obliga a buscar su salvación en una fuga precipitada. La brecha fué reparada en el acto; mas el peligro, alejado por un instante, no tardó en reaparecer. Después del mediodía, los almoravides lograron incendiar la flota, lo que causó gran consternación en los sitiados, porque sabían que, destruídos los buques, la ciudad no podría sostenerse, y tampoco ignoraban que los sitiadores sólo esperaban para asaltarla la llegada de Sir, que debía traerles refuerzos. Así que el terror fué tal, que los habitantes no pensaron más que en salvar sus vidas. Algunos se arrojaron al río, tratando de pasarle a nado; otros se precipitaron desde lo alto de las forti-

ficaciones, y hasta hubo algunos que se deslizaron por las cloacas. Sir llegó al fin, y el domingo 7 de septiembre mandó dar el asalto. Los soldados, apostados en las murallas, se defendieron valientemente, pero fueron vencidos por el número; los almoravides penetraron en la ciudad, la saquearon y cometieron toda clase de excesos. Su rapacidad fué tal, que quitaron a los sevillanos hasta su último vestido.

Motamid estaba todavía en el castillo. Sus mujeres lloraban, sus amigos le suplicaban que se rindiera. El no quiso, porque entreveía con horror—no la muerte, que estaba demasiado habituado a desafiarla, para temerla—, sino el suplicio infamante. Lo que pensaba en esta ocasión lo expresó en estos versos:

"Cuando mis lágrimas cesaron al fin de correr y se calmó un poco mi corazón desgarrado: "¡Ríndete—me dijeron—, es el partido más prudente!" "¡Ah —respondí yo—, un veneno me parecería más dulce de apurar que semejante vergüenza! ¡Que los bárbaros me quiten mi reino y que los soldados me abandonen; mi valor, mi dignidad, no me abandonan! El día en que caí sobre los enemigos, no llevé coraza; salí a su encuentro sin más vestido que una túnica, y, esperando hallar la muerte, me lancé en lo más fuerte de la palea; mas, ¡ay!, mi hora no había sonado."

Resuelto a buscar una vez más la muerte, que parecía huir de él, reunió a los soldados; se lan-

zó como un desesperado sobre un batallón almoravide, que había penetrado en el patio de la fortaleza; lo rechazó y lo precipitó en el río. Su hijo Malic perdió la vida en esta ocasión; pero él no recibió ni una herida. De vuelta al castillo, concibió por un momento la idea de darse muerte; pero creyendo que esto sería ofender a Dios, renunció a su proyecto y se decidió a rendirse. Llegada la noche, envió a su hijo Raxic cerca de Sir, porque esperaba todavía obtener condiciones. Esta esperanza se desvaneció. Raxic pidió en vano una audiencia, y se le dió a entender que su padre tenía que rendirse a discreción. No teniendo más que un partido que elegir, decidióse Motamid a adoptar el único que le quedaba. Se despidió de su familia, de sus compañeros de armas, que lloraban y gemían, y se entregó a los almoravides con su hijo Raxic. El castillo fué saqueado, como lo había sido la ciudad, y se advirtió a Motamid que no se les perdonaría la vida a él y a su familia sino a condición de ordenar a sus hijos Radi y Motad, que mandaban el uno en Mértola y el otro en Ronda, se rindiesen inmediatamente a los almoravides que los sitiaban. Motamid consintió en hacerlo; pero como sabía que sus dos hijos tenían el alma tan altiva como él, les suplicó en los términos más conmovedores que obedeciesen su voluntad, pues sólo a ese precio podría salvarse la vida de su madre, de sus hermanas y de sus hermanos. Romaiquia unió también sus súplicas a la de Mo-

tamid, pues temía que sus hijos se negaran a someterse, y este temor era fundado. Sobre todo, a Radi, por mucho que sintiese la suerte que esperaba a su familia si continuaba defendiéndose, le costó mucho trabajo resolverse a obedecer, porque Ronda podía sostenerse aún mucho tiempo. El general Guerur, encargado del sitio, se mantenía a distancia; no se atrevía a aproximarse a aquel nido de águilas, asentado sobre la cima de una montaña escarpadísima, y no tenía esperanza alguna de apoderarse de la ciudad por la fuerza de las armas. Sin embargo, al fin triunfó en su corazón el amor filial; consintió en pactar y abrió a los almoravides las puertas de la fortaleza. Pero Guerur cometió la infamia de faltar a su palabra, y para castigar a Radi por haber vacilado tanto tiempo, le hizo asesinar. Motad, que se había decidido más pronto, sufrió una suerte menos dura, aunque también la capitulación que hizo fué violada, porque le quitaron todos sus bienes, habiéndose comprometido a dejárselos (1).

La toma de Sevilla apresuró la rendición de Almería. En su lecho de muerte había aconsejado Motacim a su hijo mayor, Iz-ad-daula, que fuese a refugiarse en la corte de los señores de Bugía en cuanto supiera que Sevilla había tenido que rendirse. Así, en cuanto esto ocurrió, Iz-ad-

(1) Abd-al-uahid, p. 98-101; *Abad,* t. I, pp. 55-59, 303, 304, 306; t. II, pp. 68, 178, 204, 205, 227, 228, 232.

daula obedeció la última voluntad de su padre, y los almoravides entraron en Almería a tambor batiente y con las banderas desplegadas (1). Poco después se apoderaron de Murcia, Denia y Játiba (2). Después volvieron sus armas contra el reino de Badajoz. Durante el sitio de Sevilla Motauakil había creído librarse de la ruina ultimando una alianza con los almoravides y, según dicen, hasta los había ayudado a apoderarse de la capital de Motamid (3); pero después, cuando sus supuestos aliados comenzaron a asolar sus fronteras, se había arrojado en brazos de Alfonso, cuya protección había comprado cediéndole Lisboa, Cintra y Santarén (4). Este paso había disgustado a sus súbditos, y ellos mismos llamaron a los almoravides. Por consiguiente, Sir, que había sido nombrado gobernador de Sevilla, envió un ejército contra Motauakil a comienzos del año 1094, y este ejército conquistó el país, sin exceptuar la capital, con tanta facilidad y rapidez que Alfonso no tuvo tiempo de venir en ayuda de su aliado. Motauakil cayó en poder de los enemigos, después de haber sido tomada por asalto la ciudadela de Badajoz, donde se había retirado con su familia. A fuerza de torturas, Sir

---

(1) *Investigaciones,* t. I, pp. 279, 281.
(2) *Cartás,* p. 101.
(3) *Abad,* t. II, p. 44.
(4) Compárese con Ben-al-Jatib—en mis *Investigaciones,* tomo I, p. 179, líneas 10-12 de la primera edición, donde debe leerse, con el manuscrito de Berlín, *emir,* en vez de *asr*—, con la *Chron. Lusit.,* p. 419, y los *Annal. Complt.,* página 317.

le obligó a revelar los sitios en que había ocultado sus tesoros, después de lo cual le anunció que le haría conducir a Sevilla, lo mismo que a sus dos hijos, Fadhl y Abas. No era ésta, sin embargo, su intención; al contrario: había resuelto acabar con estos príncipes; pero como temía que su ejecución en la capital produjese mal efecto, había ordenado al capitán que mandaba la escolta que los matase en cuanto la perdiesen de vista. Por consiguiente, a alguna distancia de Badajoz el capitán anunció a Motauakil que él y sus hijos debían prepararse a morir. El infortunado príncipe no trató de ablandar a sus verdugos; sabía que sería inútil; únicamente les rogó que comenzasen por sus hijos, porque, según las ideas musulmanas, podían rescatarse por el sufrimiento los pecados cometidos. Accedieron a su ruego, y cuando vió caer las cabezas de sus dos hijos, se arrodilló para rezar su última oración. Los soldados no le dejaron concluirla: lo mataron a lanzadas (1).

En 1102 los almoravides tomaron posesión de Valencia, ciudad de que se había apoderado el Cid ocho años antes. Mientras vivió, los almoravides intentaron en vano quitársela, y después de su muerte—1099—, su viuda, Jimena, se sos-

---

(1) Ben-al-Abar y Aben-al-Jatib—en mis *Investigaciones,* tomo I, pp. 175, 179, 180 de la primera edición—; Aben-Jaidun, *apud* Hoogvliet, p. 3—he corregido el texto de este pasaje en mis *Investigaciones,* t. I, pp. 158, 159 de la primera edición—.

tuvo allí más de dos años; pero Alfonso, a quien ella había llamado en su auxilio, y que encontraba a Valencia muy alejada de sus Estados para poder disputársela mucho tiempo a los sarracenos, la indujo a abandonarla. Así se hizo; pero no queriendo dejar a los almoravides más que escombros, los castellanos, al partir, incendiaron la ciudad.

No quedaban en la España musulmana más que dos Estados sin anexionar al imperio de los almoravides: el de Zaragoza, donde reinaba Mostaïn, de la familia de los Beni-Hud, y la Sahla, que pertenecía a los Beni-Razin. Aunque estos últimos habían reconocido la soberanía de Yusof, fueron depuestos (1). Más afortunado Mostaïn, que había sabido ganarse el favor de los almoravides por los ricos presentes que les enviaba, conservó su trono mientras vivió; pero a su muerte, ocurrida el 24 de enero de 1110, cambiaron de aspecto las cosas. Su hijo Imad-ad-daula le sucedió; pero los habitantes de Zaragoza no quisieron reconocerle más que a condición de que se comprometería a licenciar a los soldados cristianos que servían en el ejército, condición muy dura de cumplir, pues hacía un siglo que los cristianos eran lo mejor de las tropas de Zaragoza, el más seguro apoyo del trono, y si Imad-ad-daula los despedía, era evidente que no tardaría en sucumbir, pues sus súbditos no deseaban más que en-

(1) Ben-al-Abar, p. 182.

tregarse a los almoravides. A pesar de esto, el príncipe consintió en prometer lo que se le exigía; mas apenas lo hubo cumplido, sus súbditos se apresuraron a entrar en relaciones con Alí, hijo de Yusof, que reinaba entonces—pues su padre había muerto tres años antes—, y a decirle que, habiendo sido alejados los cristianos, le sería fácil apoderarse del reino. Informado de sus manejos, Imad-ad-daula alistó nuevamente a los cristianos. Esta medida colmó el descontento de sus súbditos, los cuales informaron a Alí de lo ocurrido y le suplicaron que los socorriese. Alí preguntó a los faquíes de Marruecos si tenía derecho a acceder a sus súplicas, y habiendo recibido una respuesta afirmativa, ordenó al gobernador de Valencia que fuese a tomar posesión de Zaragoza. Esta orden se ejecutó sin obstáculos, porque Imad-ad-daula, que no se creía seguro en su capital, la había evacuado para encerrarse en la fortaleza de Rueda. Sin embargo, antes de su partida había escrito a Alí una carta muy conmovedora, en que le rogaba, por la amistad que había existido entre sus padres, que le dejase sus Estados, puesto que no había hecho nada que pudiera motivar las resoluciones hostiles por parte de Alí.

Esta carta causó impresión al almoravide, tanto más cuanto que su padre le había recomendado en su lecho de muerte que viviese en paz con los Beni-Hud; así que envió una contraorden al gobernador de Valencia; pero llegó tarde, por-

que ya los almoravides habían entrado en Zaragoza (1).

Por lo tanto, toda la España musulmana estaba reunida bajo el cetro del rey de Marruecos; lo que deseaban el pueblo y los faquíes se había realizado, y por lo menos éstos no tuvieron por qué arrepentirse de haber cooperado del modo más eficaz al éxito de la revolución. Habría que remontarse hasta la época de los visigodos para hallar otro ejemplo de un clero tan poderoso como lo fué el musulmán durante el reinado de los almoravides. Los tres príncipes de esta casa que reinaron sucesivamente en Andalucía, Yusof, Alí —1106-1143—y Texufin—1143-1145—, fueron extremadamente devotos, rodearon a todos los faquíes de respetos y homenajes y no hacían nada sin obtener su aprobación. Sin embargo, a quien hay que conceder la palma es a Alí. La casualidad se había equivocado haciéndole nacer en las gradas del trono: la naturaleza lo había destinado para una vida de sosiego y de piadosa meditación, para el claustro, para una ermita en el desierto. Durante toda su vida no hizo más que rezar y ayunar. Naturalmente, los faquíes no tuvieron motivo más que para elogiarle: manejaban al monarca como querían, gobernaban el Estado, dispo-

(1) *Holal,* fol. 30 v., 31 v., 34 r., 39 r. y v.; Ben-al-Abar, página 225—en este autor no concuerda el día del mes con el de la semana—. *Cartás,* p. 104. Imad-ad-daula siguió en posesión de Rueda hasta 1130, año en que murió. Dos años después, su hijo y sucesor, Saif-ad-daula, cedió la fortaleza a Alfonso VII.

nían de todos los cargos y de todos los favores, acumulaban inmensas riquezas (1); en una palabra: recogían los frutos que se habían prometido de la dominación almoravide, y tal vez la cosecha sobrepujaba a sus esperanzas. Pero si los acontecimientos las habían justificado, justificaron también los temores de los que no querían ni la dominación del clero ni la de los soldados de Marruecos y del Sahara. Los literatos, los poetas, los filósofos, tenían grandes motivos de queja. Cierto que muchos literatos que habían servido en las cancillerías de los príncipes andaluces obtuvieron empleos en las del nuevo dueño; pero se encontraban fuera de su centro y a disgusto en medio de sacerdotes fanáticos y de rudos capitanes; la comitiva de los príncipes andaluces había sido muy distinta. Aun en aquellos que para ganar el pan cotidiano adulaban a los señores almoravides y les dedicaban libros, se advertía cierta tristeza, mezclada con una gran admiración hacia los príncipes literatos que habían reinado antes en Andalucía. Hubo también quien experimentó a veces la imperiosa necesidad de desahogar su bilis, como aquel secretario que, habiendo recibido orden de dirigir en nombre del monarca una reprimenda al ejército valenciano, que se había dejado vencer por el rey de Aragón, llegó en su antipatía hasta el extremo de poner en la carta frases como éstas: "¡Cobardes, infames! ¿Huís a la vista de un solo caballero? En vez de

(1) Abd-al-uahid, p. 122.

caballos que montar debíamos daros ovejas que ordeñar. Ya es tiempo de que os castiguemos severamente, de que expurguemos de vosotros la península y de que os volvamos otra vez al Sahara." No hay para qué decir que semejante lenguaje no agradó absolutamente nada al monarca y que el secretario fué destituído (1). Respecto a los poetas, no hallando ya Mecenas, deploraban la decadencia del gusto y maldecían la barbarie que había invadido su país (2). Algunos de ellos subsistían penosamente componiendo odas en honor de los faquíes, porque, por devotos que fuesen, no estaban exentos de vanidad, y su jefe, Ben-Hamdin, el cadí de Córdoba, tenía mucha. Pretendía pertenecer a la nobleza árabe, se daba tono de príncipe, y entre otros versos, se hizo componer los siguientes: "Que no se hable del esplendor de Bagdad ni de la belleza de la China o de Persia; no hay en toda la tierra ciudad como Córdoba ni hombre que pueda compararse con Ben-Hamdin" (3). Pero los faquíes, sin exceptuar a Ben-Hamdin, aunque era el hombre más rico de Córdoba (4), pagaban muy mal (5),

---

(1) Abd-al-uahid, p. 127.

(2) Aben-Jacan, en su capítulo sobre Abu-Mohamed ben-al-Chobair, ha copiado una carta conmovedora que este literato dirigía a Ben-Hamdin sobre este asunto.

(3) Macari, t. I, p. 299; compárese con el t. II, pp. 360, 361, 472.

(4) *Chron. Adef. Imper.*, c. 91.

(5) "El mundo toca á su fin—decía el poeta Ben-al-Bini—, puesto que Ben-Hamdin nos promete recompensas. Más fácil es que cojamos las estrellas que su dinero." Abd-al-uahid, página 123.

y, por otra parte, los poetas que se respetaban a sí mismos y a su arte no querían cantarlos. La pobreza era por lo tanto su destino. Aben-Baki, delicioso poeta, uno de los mejores que ha tenido Andalucía, vagaba errante de ciudad en ciudad y carecía de sustento (1). "A vuestro lado, compatriotas—decía en uno de sus poemas—, me encuentro en la pobreza y en la miseria, y si mereciese el nombre de hombre libre y digno, ya hubiese partido. Vuestro jardín no produce frutos, vuestro cielo no da ni una gota de agua. Sin embargo, yo tengo mérito, y si Andalucía no me quiere, el Irak me recibirá con los brazos abiertos. Aquí sería una locura querer vivir con el talento, porque no hay más que estúpidos y avaros advenedizos" (2). Un solo consuelo quedaba a los poetas: podían silbar a los poderosos del día, escribir sátiras llenas de hiel contra los faquíes, "esos hipócritas, esos lobos que se arrastran en la tinieblas y que devoran piadosamente todos los bienes terrenos" (3); pero era peligroso excitar su cólera de este modo, porque los faquíes sabían castigar a los audaces que se burlaban de ellos. No hay para qué decir que la filosofía era ciencia prohibida. Malic ben-Uohaib, de Sevilla, cometió la imprudencia de dedicarse a ella; pero viendo que arriesgaba su vida, la abandonó para entregarse enteramente al estudio de la teo-

(1) Aben-Jacan, *apud* Macari, t. II, p. 590.
(2) Macari, t. II, p. 303.
(3) Macari, t. II, pp. 303, 304; Abd-al-uahib, p. 123.

logía y del derecho canónico. No tuvo que arrepentirse, porque así llegó a ser el amigo y confidente del monarca; sin embargo, nunca se le perdonó por completo la falta que había cometido en su juventud, y uno de sus enemigos compuso contra él estos versos: "La corte de Alí—nieto de Texufin—estaría libre de toda mancha si el demonio no hubiese hallado medio de introducir en ella a Malic ben-Uohaib" (1). La intolerancia de los faquíes no tenía límites y sus miras eran muy estrechas. Poco versados en el estudio del Corán y en las tradiciones relativas al Profeta, no conocían más que los escritos de los discípulos de Malic, que consideraban como autoridades infalibles, de las que no era permitido apartarse. Su teología, a decir verdad, no era otra cosa que un conocimiento minucioso del derecho canónico. En vano los teólogos, un poco más ilustrados, se oponían a su exclusiva predilección por cuestiones y libros en realidad secundarios; les respondían con persecuciones, tratándolos de heterodoxos, impíos y cismáticos. El libro que el célebre Gazali había publicado en Oriente con el título de "Vivificación de las ciencias religiosas" produjo gran escándalo en Andalucía. Sin embargo, no era un libro heterodoxo. Gazali, a quien no había satisfecho ningún sistema filosófico, había caído primero en el esceptismo, y no habiendo po-

(1) Ben-abi-Osaibia, artículo sobre Avempace; Macari, tomo II, pp. 322, 323.

dido seguir en él, se entregó al ascetismo, y desde entonces se había convertido en enemigo declarado de la filosofía (1). Así, afirma en su *Vivificación de las ciencias religiosas*, que la metafísica no debe servir más que para defender la religión revelada contra los innovadores y los herejes; por lo que la declara superflua en tiempos de fe verdadera y viva; en cuanto al estudio de la naturaleza, quiere que se abstengan de él en absoluto si se dan cuenta de que puede quebrantar la fe (2). Pero predicaba una religión íntima, ferviente, apasionada, una religión del alma, y censuraba enérgicamente a los teólogos de su tiempo que, deteniéndose en la corteza, no se ocupaban más que de cuestiones de derecho, útiles solamente para terminar las insignificantes querellas del vil populacho (3). Esto era atacar en su flaco a los faquíes andaluces; así es que se indignaron. El cadí de Córdoba, Ben-Hamdin, declaró que todos los que habían leído el libro de Gazali eran impíos y estaban condenados, dirigiéndoles un *fetfa* en que se decía que todos los ejemplares debían ser entregados al fuego. Este *fetfa*, firmado por los faquíes de Córdoba, fué presentado al rey Alí, el cual lo aprobó. Por consiguiente, el libro de Gazali fué quemado en Cór-

---

(1) Renan, *Averroes*, p. 97 de la segunda edición.

(2) Gosche, *Sobre la vida y obras de Garali*, en las Memorias de la Academia de Berlín, de 1858, pp. 258, 290.

(3) Artículo de M. Hitzig sobre la obra de Gazali, en el *Journal Asiat. Allemand*, t. VII, pp. 173, 174.

doba y en todas las demás ciudades del imperio, prohibiéndose a todo el mundo, bajo pena de muerte y confiscación de bienes, tener un ejemplar (1).

Fácil es comprender que, bajo semejante régimen, la suerte de los que vivían fuera de la religión musulmana era intolerable. He aquí, por ejemplo, lo que aconteció a los judíos. Un faquí de Córdoba creyó haber encontrado un excelente medio para obligarles a abrazar el islamismo. Pretendió haber encontrado entre los papeles de Aben-Masarra una tradición que decía que los judíos se habían comprometido con Mahoma a hacerse musulmanes a fines del siglo V de la héjira, si el Mesías que esperaban no había aparecido en este intervalo. Evidentemente este faquí no estaba muy fuerte en historia literaria, pues si no, se hubiera guardado muy bien de decir que había hallado esta tradición en los papeles de Aben-Masarra, porque sabido es que la ortodoxia de este sabio era más que sospechosa (2). Pero no se miraba tanto, y el rey Yusof, que entonces se hallaba en España, se trasladó a Lucena—ciudad exclusivamente judía, porque ningún musulmán podía habitar allí—para intimar a los judíos a cumplir la promesa hecha por sus antepasados. Grande fué la consternación entre los judíos de Lucena, mas, afortunadamente para

(1) Abd-al-uahib, pp. 123, 124, 132; *Holal*, fol. 41 v.
(2) Véase HIST. MUSULMANES, t. II.

ellos, aun quedaba un medio para salir del apuro. En realidad no era su conciencia ni su fe lo que se quería: era su dinero; los judíos pasaban por ser los más ricos del mundo musulmán, y el Gobierno contaba con ellos para salvar el déficit creado en el Tesoro por la abolición de las contribuciones ilegales. Ellos no lo ignoraban, y en consecuencia se dirigieron al cadí de Córdoba, Ben-Hamdin, suplicándole intercediese por ellos con su soberano. El cadí no se mostró inaccesible a sus súplicas; prometió hablar en su favor y lo hizo. No nos atreveremos a afirmar que lo hiciera de balde; pero el caso es que persuadió al rey a que se contentase con una suma de dinero. Cierto que esta suma era enorme; pero en aquellas circunstancias los judíos debieron felicitarse de verse libres mediante un sacrificio pecuniario (1).

Los cristianos, los mozárabes—como los llamaban—tuvieron que sufrir mucho más; el odio que los faquíes y el populacho alimentaban contra ellos era más fuerte y más envenenado. En muchas comarcas no formaban más que una pequeña comunidad; pero todavía eran muy numerosos en la provincia de Granada, y muy cerca de la capital poseían una hermosa iglesia construída hacia el año 600 por un señor godo, llamado Gudila. Esta iglesia hacía sombra a los faquíes. Fundándose, probablemente, en la autoridad del

(1) *Holal*, fol. 33 r. y v. Respecto a Lucena y su población judía, consúltese a Edrisi, t. II, p. 54.

califa Omar II, que quiso que no quedara en pie ninguna iglesia ni capilla, fuesen antiguas o nuevas (1), promulgaron un *fetfa* ordenando destruirla; en virtud de este *fetfa*, una vez aprobado por Yusof, el edificio fué demolido hasta los cimientos—1099—. Según todas las apariencias, otras iglesias corrieron la misma suerte; lo cierto al menos es que los faquíes vejaron de tal modo a los mozárabes, que al fin éstos suplicaron al monarca aragonés, Alfonso el Batallador, que viniese a libertarlos del yugo intolerable que sobre ellos pesaba. Alfonso accedió a sus súplicas, y en septiembre de 1125 se puso en marcha con cuatro mil caballeros, seguidos de sus gentes de armas, que habían jurado sobre el Evangelio no abandonarse unos a otros. Sin embargo, su expedición no obtuvo el resultado que se habían prometido. Cierto que devastó Andalucía durante más de un año, que llegó hasta las puertas de Córdoba y que alcanzó un gran triunfo en Arnisol, cerca de Lucena; pero había ido para tomar a Granada y no lo consiguió. En cuanto se alejaron las huestes aragonesas, los musulmanes castigaron a los mozárabes del modo más cruel. Diez mil de ellos se habían substraído ya a su furor; comprendiendo la suerte que les esperaba, habían obtenido de Alfonso permiso para establecerse en sus Estados; pero aun quedaban muchos, y éstos fueron privados de sus bienes, mal-

(1) *Journ. Asiat.*, IV serie, t. XVIII, p. 513.

tratados en todas las formas, encarcelados o muertos. Sin embargo, la mayor parte de ellos fueron trasladados al Africa, expuestos a innumerables sufrimientos, y se establecieron en las inmediaciones de Sale y de Mequínez—1026—.

Todo esto se hizo en virtud de un decreto de Alí, que el cadí Aben-Roxd—abuelo del célebre filósofo Averroes—había promulgado (1). Once años después se verificó una segunda deportación de mozárabes (2); de modo que en Andalucía quedaron muy pocos.

Para muchas gentes, aquel Gobierno era muy duro y tiránico. Sin embargo, los cristianos, los judíos, los teólogos musulmanes de la escuela liberal, los filósofos, los poetas, los literatos no formaban en conjunto más que una pequeña minoría. Era, sin disputa, una minoría muy considerable, y que no podía menos de tenerse en cuenta, por formar parte de ella casi todos los hombres de talento; pero al fin no era la masa de la población. Lo que ésta esperaba del nuevo Gobierno podía formularse así: orden en el interior; fuera, protección contra el enemigo; diminución de los impuestos y acrecentamiento de la prosperidad pública. ¿Se realizaron estos deseos? Puede decirse que sí durante el reinado de Yusof y en los primeros años del de su hijo. Durante este tiempo no se perturbó el orden; los

---

(1) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 343-360.
(2) *Chron. Adefonsi Imperatoris*, c. 64.

caminos se hallaban seguros (1); los castellanos estaban tan a raya que ya no pensaron en ir a asolar el interior de Andalucía (2), y, por lo menos al principio, el Gobierno no impuso contribuciones ilícitas; como hemos visto, eran los judíos los que debían pagar por los musulmanes cuando el tesoro quedaba exhausto. Sin embargo, no nos atreveríamos a afirmar, como lo hace un cronista (3), que no hubiese ninguna contribución extraordinaria, pues se sabe que al menos una vez intentó Yusof imponer una contribución de guerra, una *mauna*—ayuda—, como se decía. Los almerienses, que nunca habían sido muy partidarios de los almoravides, se negaron a pagarla, y el cadí de aquella ciudad, Abu-Abdala ben-al-Farra, respondió en estos términos a la reprimenda de Yusof: "Me censuras, señor, porque no he querido forzar a mis conciudadanos a pagar la *mauna*, y dices que debe pagarse, en vista de que todos los cadíes y faquíes de Andalucía y de Marruecos lo han decretado así, fundándose en el ejemplo de Omar, el compañero del profeta, que fué enterrado al lado suyo, y cuya justicia jamás se ha puesto en duda. He aquí mi respuesta, emir de los musulmanes: tú no eres el compañero del Profeta, ni serás inhumado al lado suyo, ni yo sé que tu justicia haya dejado

---

(1) *Cartás*, p. 108.
(2) Abd-al-uahid, p. 114; *Holal*, fol. 52 r.; *Chron. Lusitanum*, p. 326.
(3) Citado en el *Cartás*, p. 108.

de ponerse en duda, y si los cadíes y faquíes te colocan en la misma línea que a Omar, tendrán que responder ante Dios de esta opinión temeraria. Omar, por otra parte, no exigió la contribución de que se trata sino después de haber jurado en la mezquita que no quedaba ni un solo *dirhem* en el Tesoro; si puedes hacer lo mismo, tendrás derecho a exigir un tributo extraordinario; si no, no. ¡Salud!" (1). Tan altivo lenguaje ¿hizo que Yusof renunciase a su designio o persistió en él? No podríamos decirlo; pero estamos inclinados a creer que durante el reinado de Alí las contribuciones ilegales fueron restablecidas, al menos en parte, porque, hablando de los *rumi*—cristianos—, a los cuales este príncipe confirió empleos, dice un cronista (2) que fueron también encargados de percibir los *magram*, y ordinariamente se designan con esta palabra los impuestos que no estaban prescritos en el Corán. Sin embargo, la población tuvo que pagar menos contribuciones que en tiempo de las príncipes andaluces, y es natural que, gracias a esta circunstancia y a la tranquilidad de que se gozaba, se acrecentase la prosperidad. En efecto: ésta fué muy grande; la prueba es que el pan se vendía

(1) Macari, t. II, pp. 262, 263; Aben-Jalican, fasc. XII, páginas 17, 18. Este cadí de Almería fué muerto en la batalla de Cutanda—cerca de Daroca—, dada en 1120. Macari, tomo II. p. 759.
(2) *Holal,* fol. 34 r.

muy barato y que podían comprarse legumbres casi de balde (1).

En general, el pueblo no se engañó, equivocándose solamente al creer que los almoravides obtendrían decisivas victorias sobre los cristianos y devolverían a la España musulmana la grandeza y el poder que había tenido en tiempo de Abderrahman III, de Alhaquen II y de Almanzor. Las circunstancias eran, sin embargo, favorables, porque después de la muerte de Alfonso VI —1109—, la España cristiana fué presa durante mucho tiempo de la discordia y de la guerra civil; pero los almoravides no supieron aprovecharlo. Todos sus esfuerzos por reconquistar Toledo fueron inútiles, y aunque se apoderaron de algunas ciudades menos importantes, los éxitos fueron contrarrestados con la pérdida de Zaragoza—1118—.

Por lo demás, el pueblo no tuvo mucho tiempo de felicitarse de la revolución efectuada: Gobierno, generales, soldados, todo se corrompió con asombrosa rapidez.

Los generales de Yusof, cuando llegaron a España, eran iletrados, es verdad, pero también piadosos, valientes, íntegros y acostumbrados a la vida sencilla y frugal del desierto (2). Enriquecidos por los tesoros de los príncipes andaluces que Yusof les había prodigado, perdieron bien pron-

---

(1) *Cartás*, p. 108; *Holal*, fol. 33 v.
(2) *Holal*, fol. 34 r.

to sus virtudes, y no pensaron, en adelante, más que en gozar tranquilamente los bienes adquiridos (1). La civilización de Andalucía fué para ellos un espectáculo completamente nuevo; avergonzados de su barbarie, quisieron iniciarse en la cultura y tomaron por modelos a los príncipes que habían destronado. Desgraciadamente tenían la piel demasiado dura para poder apropiarse la delicadeza, el gusto y la finura de los andaluces. Todo lo suyo llevaba el sello de una imitación servil y defectuosa. Protegieron a los literatos, se hicieron recitar poemas y dedicar libros; pero todo esto lo hacían torpemente, sin gracia y sin gusto; siempre seguían siendo semisalvajes, y no tomaban más que lo malo de la civilización andaluza. El cuñado del rey Alí, Abu-Becr ben-Ibrahim, que fué algún tiempo gobernador de Zaragoza, después de haberlo sido de Granada, era, por decirlo así, el prototipo de estos generales, que intentaron sin gran éxito *andaluzarse*, si nos es lícito emplear esta palabra. Nacido en el Sahara, había sido educado en los principios rígidos y austeros de su nación; pero los olvidó en Zaragoza, para imitar en todo a los Beni-Hud, antiguos reyes del país, que habían sido gente alegre, por lo que quiso serlo él también; en consecuencia, se rodeó de vividores, y, cuando bebía con ellos, se ponía una corona y un manto real; después, como los Beni-Hud habían protegido la filo-

(1) Abd-al-uahid, p. 148.

sofía, y dos de ellos, Moctadir y Mutámin, hasta habían escrito sobre esta ciencia, quiso imitarlos, y sin preocuparse de lo que dirían su cuñado y los faquíes, eligió por amigo, confidente y primer ministro a un hombre cuyo nombre no pronunciaban los fieles sino con horror, que no creía en el Corán, que negaba toda revelación; en una palabra: al célebre filósofo Avempace (1). Tanto se indignaron sus soldados, que lo abandonaron en gran número (2). No obstante, los soldados, aunque más ortodoxos, no valían más que sus jefes. Lo que los caracterizaba era su insolencia con los andaluces y su cobardía ante el enemigo. En efecto: esta última era tan grande, que el rey Alí se vió obligado a vencer su aversión contra los cristianos y a alistar a los que su almirante Aben-Maimún—que entablaba verdaderas cacerías de hombres—le traía de las costas de Galicia, de Cataluña, de Italia y del imperio bizantino (3); y en cuanto a su insolencia, no tenía límites. Trataban a Andalucía como a país conquistado, apropiándose de todo lo que les agradaba: dinero, bienes, mujeres. El Gobierno lo toleraba, porque nada podía hacer. Su debilidad causaba lástima. Los faquíes habían tenido que ceder el

---

(1) Avempace es una corrupción de Aben-Badcha.

(2) Ben-al-Jatib, man. G., fol. 98 v., 100 r.—artículo sobre Abu-Becr ben-Ibrahim—; Aben-Jacan, *Calayid,* artículo sobre Avempace.

(3) Véase sobre estos *rum*—que en el fondo eran los que antes se habían llamado eslavos—la *Chron. Adefonsi Imperatoris,* c. 45, 46, 94; *Holal,* fol. 35 r., 58 r., 62 v.

poder a las mujeres, o al menos compartirlo con ellas. El rey Alí se dejaba dominar por su esposa Camar; otras damas manejaban a su antojo a los altos dignatarios, y a poco que se satisficiese su codicia podía hacerse lo que se quisiera. Hasta los bandidos tenían derecho a contar con la impunidad, si lograban comprar la protección de estas damas. Ellas eran las que daban los empleos, y, por lo común, los concedían a hombres completamente incapaces. En una palabra: el Gobierno llegó a ser despreciable y ridículo. El ejército y el pueblo se burlaban de él, porque revocaba al día siguiente las órdenes que había dado la víspera; los grandes señores aspiraban al trono y se les oía decir que gobernarían mucho mejor que el débil Alí, que no sabía más que ayunar y rezar (1).

Para colmo de desgracias, estalló en Africa una terrible insurrección—1121—. Fanatizados por un supuesto reformador, que se presentaba como el Mahdi anunciado por Mahoma, los salvajes habitantes del Atlas marroquí, los almohades—*unitarios*, como ellos se apellidaban—empuñaron las armas contra los almoravides. Para una dinastía ya tan débil y vacilante, este golpe tenía que ser mortal. A excepción de los cristianos, los soldados de que disponía eran tan malos, que, ordinariamente, la sola vista del enemigo bastaba para iniciar la derrota. Así que el Gobierno, reducido

(1) Abd-al-uahid, pp. 128, 133, 148; *Holal*, fol. 58 v., 59 r.

al último extremo, no sabía qué hacer; para prolongar algunos instantes su triste existencia, desguarnecía Andalucía retirando de allí soldados, armas, municiones y víveres (1). No tardaron los cristianos en advertirlo y en aprovecharlo. En 1125, cuatro años después del comienzo de la sublevación de los almohades, Alfonso el Batallador, rey de Aragón, devastó Andalucía—como ya hemos visto—durante más de un año. En 1133, Alfonso VII de Castilla, que ostentaba el título de emperador, lo mismo que su abuelo Alfonso VI, pasó a sangre y fuego los alrededores de Córdoba, Sevilla y Carmona; tomó a Jerez, saqueándolo y quemándolo, y penetró hasta lo que entonces se llamaba la torre de Cádiz, es decir, hasta las columnas de Hércules (2). No había hecho más su abuelo en tiempo de Motamid. Cinco años después volvió para asolar los alrededores de Jaén, Baeza, Ubeda y Andújar. En 1143 dió de nuevo la vuelta por Sevilla y Carmona. Al año siguiente toda Andalucía fué saqueada e incendiada, desde Calatrava hasta Almería (3).

Después de haber gozado algunos años prósperos, el pueblo andaluz había ganado con la revolución, saludada con tanto entusiasmo: un Gobierno impotente y corrompido; una soldadesca

(1) *Holal,* fol. 52 r.

(2) *Chron. Adef. Imper.,* c. 13-16. Sobre la torre de Cádiz o columnas de Hércules, véanse mis *Investigaciones,* t. II, página 328, y el Apéndice núm. XXXV.

(3) *Chron. Adef. Imper.,* c. 60, 82, 88.

cobarde, indisciplinada y brutal; una policía lastimosa, porque en las ciudades pululaban los ladrones y las campiñas estaban infectadas por turbas de bandidos; la paralización casi completa del comercio y de la industria; la carestía de los víveres, por no decir el hambre, y, en fin, las invasiones más frecuentes que nunca y que, desgraciadamente, tendían a multiplicarse (1). Todas las esperanzas habían resultado fallidas, y ya maldecían a aquellos almoravides en que antes habían visto los salvadores del país y de la religión. En el año 1121, los cordobeses se sublevaron contra la soldadesca que estaba de guarnición en la ciudad, y que se entregaba a toda clase de excesos sin que el Gobierno lo impidiese. Entonces el rey Alí llegó a Andalucía con una nube de africanos; nunca había desembarcado en España un ejército tan considerable; pero los cordobeses, reducidos al último extremo y decididos a defenderse con el valor que da la desesperación, cerraron sus puertas y levantaron barricadas en las calles. A pesar de esto, el combate hubiera sido demasiado desigual, por lo que los faquíes se interpusieron para evitar la efusión de sangre. En aquella ocasión, a pesar de su habitual servilismo, defendieron a sus conciudadanos contra el poder. Declararon en un *fetfa* que la rebeldía de los cordobeses era justa y legítima, puesto que no había tomado las armas más que para de-

(1) Compárese con el *Holaï*, fol. 52 r.

fender su vida, sus mujeres y sus bienes. Allí cedió, como de costumbre, ante los faquíes, y después de algunas negociaciones los cordobeses se comprometieron a pagar una multa como indemnización de lo que habían saqueado y destruído (1). En otras ciudades el descontento crecía sin cesar, y aunque el pasado no hubiese sido brillante, se le echaba de menos y se deseaba volver a él: tan insoportable y sombrío era el presente. Podemos convencernos de esto leyendo el mensaje que los sevillanos enviaron en 1133 a Saif-addaula, hijo del último rey de Zaragoza, que formaba parte del ejército de Alfonso VII cuando éste se hallaba a las puertas de la ciudad: "Dirígete al rey de los cristianos—le decían—, conciértate con él y haz de modo que quedemos libres del yugo de los almoravides. Si lo conseguimos, pagaremos al rey de Castilla un tributo más considerable que el que nuestros padres pagaban a los suyos, y tú y tus hijos reinaréis sobre nosotros" (2). Once años después la medida estaba colmada, y desplomándose el imperio por todas partes, se decía en las calles y en las mezquitas: "Los almoravides nos sacan hasta la medula de los huesos; se apoderan de nuestros bienes, de nuestro dinero, de nuestras mujeres, de nuestros hijos... ¡Debemos sublevarnos contra ellos, echarlos, matarlos!" Otros proponían: "Pri-

(1) *Holal*, fol. 35 v., 36 r.
(2) *Chron. Adefonsi Imper.*, c. 16.

mero debemos aliarnos con el emperador de León; le pagaremos un tributo, como nuestros padres." "Sí, sí—gritaban por doquiera—; todos los medios son buenos siempre que nos libren de los almoravides." Y se imploraba la bendición del cielo sobre los proyectos que habían formado (1), y toda Andalucía se levantaba como un solo hombre para aniquilar a sus opresores, con los cadíes y los faquíes al frente, pues sabido es que el clero ha contado raras veces el agradecimiento entre sus virtudes.

No vamos a referir ni la historia de esta revolución ni la conquista de España por los almohades, que habían derrocado en Marruecos a los almoravides. La tarea que nos habíamos impuesto era diseñar la historia de la Andalucía independiente; y si al echar una rápida ojeada sobre el período en que este país no era más que una provincia de otro imperio hemos traspasado los límites de nuestro asunto, es porque hemos creído un deber demostrar que Andalucía, cuando se entregó a los almoravides, estuvo muy lejos de ser dichosa y llegó a echar de menos a los príncipes indígenas, a quienes tanto había calumniado y a quienes había abondonado y traicionado en el momento del peligro.

Sólo nos resta un deber que cumplir antes de terminar: referir la historia de Motamid durante su cautiverio.

---

(1) *Chron. Adef. Imper.*, c. 89.

XV

Cualesquiera que fuesen las virtudes de Yusof—los faquíes afirmaban que había tenido muchas—, no figuraba entre ellas la generosidad hacia los vencidos. Su conducta con los príncipes andaluces, a quienes había hecho prisioneros, fué odiosa y cruel. Cierto que los dos nietos de Badis fueron tratados convenientemente, recobraron la libertad a condición de no abandonar Marruecos y recibieron una pensión bastante considerable, por lo que Abdala pudo legar una buena fortuna a sus hijos. Es que Yusof tenía una debilidad por estos príncipes, que eran de su nación y además hombres incapaces, de los cuales nada tenía que temer, y que le adulaban (1). Respecto a los otros príncipes, ya hemos visto cuál fué la suerte de Radi, de Motauakil, de Fadl, de Abas, y la de Motamid, aunque le perdonó la vida, no fué menos deplorable.

Después de la toma de Sevilla se dió orden de transportarle a Tánger. En el momento de embarcarse con sus mujeres y con muchos de sus hijos, una turba inmensa se agolpaba a las orillas del Guadalquivir para darle el último adiós. En una de sus elegías, el poeta Ben-al-labana ha descrito la escena en estos términos:

"Vencidos después de una valerosa resistencia,

(1) Véase Ben-al-Jatib, man. E., artículo sobre Abdala-aben-Bologuin.

los príncipes fueron conducidos a un bajel. La multitud llenaba las orillas del río; las mujeres iban sin velos, y en su dolor se arañaban el rostro. Al despedirlos, ¡qué de gritos!, ¡qué de lágrimas! ¿Qué nos queda ya? ¡Vete de aquí, extranjero, recoge tu equipaje y haz tus provisiones, porque la morada de la generosidad ha quedado desierta! Tú, que tenías intención de establecerte en este valle, has de saber que la familia que buscabas ya no está aquí, y que la sequía ha destruído nuestra cosecha. Y tú, caballero del soberbio séquito, depón las armas, que de nada te servirán, porque el león ya ha abierto su boca para devorarte" (1).

Cuando Motamid llegó a Tánger, donde permaneció algunos días, el poeta Hosri, que vivía allí y que había pasado algunos días en la corte sevillana, le envió poemas compuestos en su honor; pero sólo uno era nuevo, y en él Hosri le pedía un regalo, aunque harto debía saber que no estaba en situación de hacerlo. Efectivamente: el ex rey de Sevilla, de todas sus riquezas no había conservado más que treinta y seis ducados, que había escondido en su bota y que sus pies habían manchado de sangre; pero era tal su generosidad, que no vaciló en sacrificar aquel último recurso; envolvió los ducados en un trozo de papel con una poesía, en que se excusaba por la exi-

(1) *Abad*, t. I, pp. 59-61.

güidad del regalo, y se los envió a Hosri. Este desvergonzado mendigo no tuvo siquiera la atención de darle las gracias. Cuando otros poetastros de Tánger y sus inmediaciones supieron que Motamid aun hacía regalos, acudieron en gran número a presentarle sus versos, y en aquella ocasión les dijo:

"Los poetas de Tánger, los de Mauritania entera, se esfuerzan en hacer versos, y quisieran recibir algo del cautivo. Pero más bien es él el que tendría que pedirles una limosna. ¡Qué maravilla, qué maravilla! Si el pudor que hay en el fondo de su alma, si la altivez que le legaron sus ascendientes no se lo impidieran, rivalizaría con ellos, mendigaría también, él, que antes, cuando se acudía a su generosidad, repartía el oro a manos llenas" (1).

Desde Tánger fué conducido a Mequínez. En el camino se encontró una procesión, que hacía rogativas por la lluvia, y con tal motivo compuso estos versos:

"Viendo a esas gentes que iban a implorar la lluvia les dije: "Mis lágrimas la substituirán."
"Tienes razón—me replicaron—; tus lágrimas son
"bastante abundantes para ello, pero están mez-
"cladas con sangre" (2).

(1) *Abad,* t. I, pp. 313, 314; t. II, pp. 71, 175, 222; Abd-al-uahid, pp. 101, 102.
(2) *Abad,* t. I, p. 383.

En Mequínez permaneció muchos meses (1), hasta que Yusof ordenó que le llevaran a la ciudad de Agmat, no lejos de Marruecos. Mientras le obligaban a andar este trayecto, su hijo Raxid, a quien no había querido ver porque, por un motivo que ignoramos, estaba enfadado con él, le dirigió estos versos para apaciguarle:

"Emulo de la lluvia bienhechora, señor de la generosidad, protector de los hombres, el mayor favor que podrías concederme sería permitirme contemplar un instante tu noble rostro, que, brillante y alegre, podría servirnos durante la noche de antorcha, durante el día, de sol."

Motamid le respondió con estos otros:

"Yo era émulo de la lluvia bienhechora, señor de la generosidad, protector de los hombres, cuando mi diestra prodigaba los dones el día de la distribución de presentes o quitaba la vida a los enemigos el día del combate y cuando mi izquierda tenía la brida que refrenaba el corcel, asustado por el ruido de las lanzas. Pero ahora me hallo en la cautividad y la miseria; me parezco a un objeto sagrado que ha sido profanado o a un pájaro a quien se han cortado las alas. Ya no puedo responder al llamamiento del oprimido o del pobre. La alegría de mi rostro, a que estabas acostumbrado, se ha trocado en sombría tristeza; los

(1) Abd-al-uahid, p. 102.

pesares no me permiten pensar en alegrías; hoy todas las miradas se apartan de mí, mientras antes todas me buscaban" (1).

En la prisión de Agmat llevó una existencia triste y dolorosa; el Gobierno pensaba en él para ordenar, ya que le cargaran de cadenas, ya que se las quitaran; pero no se preocupaba lo mismo de su subsistencia; así que vivía en la última miseria. Para subvenir a sus necesidades, su mujer y sus hijas se dedicaron a hilar. El buscaba consuelo en la poesía. Así, cuando vió desde la estrecha ventana de su calabozo una bandada de esas ligeras aves llamadas por los árabes *catas*, y que son una especie de perdices, dijo:

"Yo lloraba viendo pasar cerca de mí una bandada de *catas*, porque eran libres y no conocían la prisión ni las cadenas. No lloraba por envidia sino porque hubiera deseado imitarla; porque si hubiese podido ir adonde quisiera, mi dicha no se hubiera desvanecido, mi corazón no estaría henchido de dolor, no lloraría por la pérdida de mis hijos. ¡Qué felices son! No están separados uno de otro, no experimentan el dolor de estar lejos de su familia, no pasan como yo la noche en horribles angustias cuando oigo rechinar en la puerta de la prisión los cerrojos o la cerradura. ¡Ah que Dios les conserve sus hijos; los míos carecen de agua y de sombra!" (2).

---

(1) *Abad*, t. II, pp. 73, 74.
(2) *Abad*, t. I, p. 68.

Eran versos sobre su pasada grandeza, sobre los magníficos palacios, en otro tiempo testigos de su felicidad; sobre los hijos que le habían asesinado; y, en fin, con motivo de la fiesta de la terminación del ayuno, compuso éstos:

"Otras veces las fiestas te alegraban; pero la que te halla cautivo en Agmat te entristece. Ves a tus hijas cubiertas de harapos y muertas de hambre, hilando para quien las paga, porque ya no poseen nada en el mundo. Vienen a abrazarte fatigadas, destrozadas por el trabajo y con los ojos bajos. Caminan descalzas por el lodo de las calles, como si no hubiesen andado otras veces sobre almizcle y alcanfor (1). ¡Sus mejillas hundidas atestiguan la miseria y las lágrimas que las han surcado!... Lo mismo que con motivo de esta triste fiesta—¡Dios quiera que no vuelva para ti!—has roto el ayuno; tu corazón también ha roto el suyo; tu dolor, largo tiempo contenido, ha estallado al fin. Antes, cuando mandabas, todos te obedecían; ahora, tú mismo estás reducido a recibir órdenes. ¡Los reyes que se complacen en su poder se dejan engañar por un sueño!" (2).

La desgraciada Romaiquia no estaba acostumbrada a una vida tan dura, y cayó gravemente enferma. Motamid se entristeció mucho, por lo mismo que no había en Agmat nadie a quien se

(1) Alusión a la aventura que he referido antes.
(2) *Abad*, t. I, pp. 63, 64.

atreviera a confiar su curación. Afortunadamente, el célebre Abu-'l-Ala Avenzoar (1), que en los últimos años de su reinado había sido el médico de su corte, y al cual habían devuelto los bienes de su abuelo que Motadid le había confiscado (2), se hallaba entonces en Marruecos. Escribióle suplicándole que se encargase de la curación de la enfermedad de Romaiquia. Avenzoar le prometió venir; pero como su carta deseaba a Motamid una larga vida, le envió estos versos dándole las gracias:

"Me deseas una larga vida; pero ¿cómo puede desearla un prisionero? ¿No es preferible la muerte a una vida que trae sin cesar nuevas torturas? Otros pueden sentir ese deseo, porque esperan la dicha; pero el único deseo que yo puedo tener es la muerte. ¿He de querer vivir para ver a mis hijas carecer de vestidos y de calzado? Son ahora las sirvientes de la hija de un hombre cuya ocupación era anunciar mi llegada cuando me presentaba en público, separar las gentes que se agolpaban a mi paso, galopar a derecha e izquierda cuando pasaba revista a mis tropas e impedir que ningún soldado saliese de las filas (3). Sin embargo, tu súplica entraña una buena intención y me ha hecho mucho bien. ¡Dios te re-

(1) Aben-Zohr en árabe.
(2) Macari, t. II, p. 293.
(3) Entre las mujeres que habían dado lino a las hijas de Motamid para hilar, se hallaba la hija de un *arif* o ujier del ex rey de Sevilla.

compense, Abu-'l-Ala; eres un hombre de corazón! Ignoro cuándo se verá cumplido el voto que hago; pero me consuelo con la idea de que todo tiene fin en este mundo" (1).

Lo que algunas veces le proporcionaba momentáneo consuelo eran las cartas y las visitas de los poetas a quienes antes había colmado de beneficios. Muchos de ellos hicieron el viaje a Agmat; entre otros, Abu-Mohámed Hichari, que por un solo poema había recibido de él tanto dinero que pudo abrir una casa de comercio y gozar de un honrado bienestar mientras vivió. Confesóle Motamid que se había equivocado al llamar a Yusof a Andalucía: "Al hacerlo he cavado mi propia fosa", le dijo. Cuando el poeta vino a despedirse para volver a Almería, donde habitaba, aun quiso Motamid hacerle un regalo, a pesar de lo exiguo de sus medios; pero Hichari tuvo la delicadeza de rehusarlo, e improvisó estos versos:

"Te juro que no aceptaré nada de ti ahora que el destino te ha herido de un modo tan injusto y cruel. Lo que me diste en otro tiempo es muy suficiente, aunque tú mismo lo hayas olvidado" (2).

Pero el más fiel y el más asiduo de estos amigos era Ben-al-labana, y una vez que fué a Ag-

---

(1) Abd-al-uahid, p. 109.
(2) *Abad*, t. II, pp. 147-149.

mat trajo buenas noticias de Andalucía. Los ánimos—decía—estaban allí muy conmovidos. Los patricios, que nunca habían sido partidarios de la dominación de Yusof, se agitaban y conspiraban para restaurar en el trono a Motamid (1). Decía verdad; el descontento era grandísimo en las clases ilustradas, y el gobierno no tardó en adquirir pruebas de ello, por lo cual adoptó precauciones y mandó detener a muchas personas sospechosas, sobre todo en Málaga; pero los conjurados de esta población, cuyo jefe era Aben-Jalaf, patricio muy considerado, aprovecharon la obscuridad de la noche para evadirse de la prisión y se hicieron dueños de Montemayor (2). No tardó Abd-al-chabar, hijo de Motamid, que había permanecido en Andalucía con su madre, y a quien el pueblo tomaba por Radi—el que había sido asesinado en Ronda—, en presentarse a ellos, que lo eligieron como jefe, y todo parecía marchar a medida de sus deseos. Un navío de guerra marroquí que naufragó en las cercanías del castillo les proporcionó víveres, municiones y armas. Algeciras se declaró por ellos lo mismo que Arcos, y habiendo ido a esta última ciudad en 1095 Abd al-chabar comenzó a hacer correrías hasta las mismas puertas de la antigua capital del reino de sus antepasados (3).

---

(1) Véanse el poema de Ben-al-labana, *Abad,* t. I, páginas 319, 320, y mi comentario, *ibid.*, pp. 366 y sigs.

(2) Montemayor, cerca de Marbella, es lo que los españoles llaman hoy un despoblado, un lugar deshabitado.

(3) *Abad,* t. II, pp. 228, 229; t. I, p. 64.

La primera noticia de la rebelión de su hijo causó a Motamid un profundo dolor. Le asustaba la temeridad de la empresa y temía que Abd-al-chabar sufriese una suerte tan dura como la de muchos de sus hijos. Pero tales sentimientos cedieron bien pronto el paso a la esperanza; entreveía la posibilidad de volver a su país, de reconquistar su trono (1), y no lo ocultaba a sus amigos. Escribiendo, por ejemplo, al poeta Ben-Hamdis, que había vuelto a Mahdia después de haberle visitado, le envió un poema que comenzaba así:

"El púlpito en la mezquita y el trono en el palacio lloran al cautivo que el destino ha arrojado a las playas africanas."

Y en el cual decía:

"¡Oh! Quisiera saber si volveré a contemplar mi jardín y mi lago en el noble país donde crecen los olivos, donde arrullan las palomas, donde los pájaros dejan oír sus dulces gorjeos" (2).

Ben-al-labana alentaba sus esperanzas. La víspera de volverse a Andalucía había recibido de Motamid veinte ducados y dos piezas de tela; pero le devolvió el regalo, y entre los versos que le envió con este motivo figuraban éstos:

"¡Un poco de paciencia aún! Pronto me colmarás de felicidad, porque volverás a subir al tro-

(1) *Abad*, t. I, p. 66.
(2) *Abad*, t. I, p. 63.

no. El día en que regreses a tu palacio me elevarás a las más altas dignidades. Superarás, entonces, al hijo de Meruán en esplendidez, y yo sobrepujaré a Charir en talento (1). Prepárate a brillar de nuevo; un eclipse de luna no es nunca de larga duración (2)."

Cargado de cadenas—porque Yusof había ordenado que se las volviese a poner—, "había rugido el leoncillo—dice un rétorico de la época—y se temía el salto del león". Motamid vivía de esperanzas, no del todo infundadas; el partido de Abd-al-chabar era numeroso e inspiraba al Gobierno serias inquietudes, pues supo sostenerse durante más de dos años, y no estaba sometido aún cuando murió Motamid, después de una larga enfermedad (3)—1095—, a la edad de cincuenta y cinco años (4).

El ex rey de Sevilla fué sepultado en el cementerio de Agmat. Algún tiempo después, con motivo de la fiesta de la terminación del ayuno, el poeta andaluz Ben-Abd-as-samad dió siete veces la vuelta alrededor de su tumba, a imitación de los peregrinos que la dan en torno de la Caaba;

(1) Charir era el poeta favorito del califa Abdalmelic, hijo de Meruan.

(2) *Abad,* t. I, pp. 310, 311.

(3) *Abad,* t. I, p. 306.

(4) La rebelión de Abd-al-chabar comenzó en 1093; a los dos años hizo este príncipe su entrada en la ciudad de Arcos, donde fué sitiado por Sir, gobernador de Sevilla, muriendo de un flechazo; pero sus partidarios no se rindieron sino algún tiempo después. *Abad,* t. II, p. 228; t. I, pp. 64, 65.

después se arrodilló, besó la tierra que cubría los restos mortales de su bienhechor y recitó una elegía. Conmovida por su ejemplo, la multitud dió también la vuelta a la tumba, como los peregrinos, lanzando gemidos prolongados (1).

"Todo el mundo ama a Motamid—escribe un historiador del siglo XIII—: todo el mundo se apiada de él, y aun hoy es llorado (2)." En efecto: ha llegado a ser el más popular de todos los príncipes andaluces. Su generosidad, su valor, su espíritu caballeresco le granjeaban el amor de los hombres cultos de las generaciones siguientes; las almas sensibles se conmovían de su inmenso infortunio; el vulgo se interesaba por sus novelescas aventuras, y, como poeta, fué admirado hasta por los beduínos, que en estilo y en poesía pasaban por ser jueces más severos y competentes que los habitantes de las ciudades. He aquí, por ejemplo, lo que se refiere sobre este asunto:

En uno de los primeros años del siglo XII, un sevillano, que viajaba por el desierto llegó a un campamento de beduínos lajmitas. Habiéndose aproximado a una tienda y pedido hospitalidad a su dueño, éste, ufano de poder practicar una virtud que su nación aprecia infinito, le acogió con gran cordialidad. Ya había pasado el viajero dos o tres días con su huésped, cuando una noche, después de intentar en vano conciliar el sueño,

(1) *Abad,* t. I, p. 71.
(2) Ben-al-Abar, *Abad,* t. II, p. 63.

salió de la tienda a respirar el soplo de la brisa. Hacía una noche serena y admirable y el vientecillo acariciador y dulce atemperaba el calor. En un cielo azul, sembrado de estrellas, ascendía la luna, lenta, majestuosa, iluminando con su luz el desierto augusto, que hacía resplandecer como un espejo y que ofrecía la más perfecta imagen del silencio y el reposo. Este espectáculo recordó al sevillano un poema que su antiguo soberano había compuesto, y empezó a recitarlo. El poema era éste:

"Después de extender la noche las tinieblas a guisa de un inmenso velo, yo bebía a la luz de las antorchas el vino que centelleaba en la copa, cuando de pronto apareció la Luna acompañada de Orión. Se la hubiera creído una reina soberbia y magnífica, deseosa de gozar con los encantos de magnífica, deseosa de gozar con los encantos de la naturaleza, y que se servía de Orión como de dosel. Poco a poco otras estrellas centelleantes la rodearon a porfía; la luz aumentaba por momentos, y en el cortejo, las pléyades parecían la bandera de la reina.

"Lo que ella es en el firmamento, yo lo soy en el mundo, rodeado de mis nobles caballeros y de las hermosas jóvenes de mi harén, cuya negra cabellera se parece a la obscuridad de la noche, mientras sus copas resplandecientes son estrellas para mí. Bebamos, amigos míos, bebamos el zumo de la cepa mientras estas hermosas, al son de la

guitarra, van a cantarnos sus melodiosas canciones (1)."

Después recitó el sevillano un largo poema, compuesto por Motamid cuando quiso apaciguar el enojo de su padre, irritado por el desastre que había sufrido en Málaga su ejército a causa de la negligencia de su hijo, que era quien lo mandaba.

Apenas había concluído, cuando la tela de la tienda, ante la cual se hallaba por casualidad, se levantó, y un hombre, en quien desde luego podía reconocerse al jefe de la tribu por su aspecto venerable, se presentó ante sus ojos y le dijo, con esa elegancia de dicción y esa pureza de acento que siempre han hecho famosos a los beduínos y de las cuales están en extremo orgullosos:

—Dime, hombre de la ciudad, a quien Dios bendiga, ¿de quién son esos poemas límpidos como un arroyo, frescos como la hierbecilla recién humedecida por la lluvia; ya tiernos y suaves como la voz de una joven de collar de oro; ya sonoros y enérgicos como el grito de un camello?

—Son de un rey que ha reinado en Andalucía y que se llamaba Ben-Abad—respondió el extranjero.

—Supongo—replicó el jefe—que ese rey reinaría en un rinconcito de la tierra y podría consagrar todo su tiempo a la poesía; porque cuando se tienen otras ocupaciones no hay tiempo para componer versos como éstos.

---

(1) *Abad*, t. I, p. 40.

—Perdona; ese rey reinaba en un gran país.

—¿Y podrías decirme a qué tribu pertenecía?

—Seguramente: era de la tribu de Lajm.

—¡Qué dices! ¡Era de Lajm! ¡Entonces era de mi tribu!

Y entusiasmado de encontrar una nueva gloria para su tribu, el jefe, en un arranque de entusiasmo, empezó a gritar con voz vibrante:

—¡Arriba, arriba, gentes de mi tribu! ¡Alerta, alerta!

En un abrir y cerrar de ojos, todos estuvieron de pie y rodearon a su jefe, el cual, viéndolos reunidos, les dijo:

—Escuchad lo que acabo de oír y retened bien lo que acabo de grabar en mi memoria, porque es un título de gloria que se os ofrece a todos, un honor de que tenéis derecho a estar orgullosos. Te suplico nos recites una vez más los poemas de nuestro primo.

Cuando el sevillano hubo satisfecho este deseo y los beduínos admiraron los versos con el mismo entusiasmo que su jefe, éste les refirió lo que había oído contar al extranjero respecto al origen de los Beni-Abad, sus aliados y parientes, pues descendían también de una tribu lajmita que en otro tiempo había recorrido el desierto con sus camellos y levantaba sus tiendas allí donde las arenas separan Egipto de Siria. Después les habló de Motamid, poeta unas veces gracioso, otras sublime, el caballero heroico, el poderoso monarca de Sevilla. Cuando hubo terminado, todos los

beduinos, ebrios de gozo y de orgullo, montaron a caballo para entregarse a una brillante *fantasía*, que duró hasta el amanecer. Luego el jefe eligió veinte de sus mejores camellos y se los dió como regalo al extranjero. Todos le imitaron, en la medida de sus recursos, y antes de que el Sol hubiese aparecido completamente, el sevillano se halló en posesión de un centenar de camellos. Después de acariciarle, cuidarle, festejarle y honrarle de todos modos, aquellos generosos hijos del desierto apenas consentían en dejarle marchar cuando llegó el momento de reanudar el viaje; tan querido se había hecho para ellos el recitador de los versos del rey poeta, a quien llamaban primo suyo (1).

Cerca de dos siglos y medio después, cuando la España musulmana, antes tan escéptica, hacía mucho tiempo que se había consagrado a la devoción, un peregrino, empuñando el bordón y el rosario, recorría el reino de Marruecos a fin de conversar con los piadosos eremitas y visitar los santos lugares. Era aquel peregrino el célebre Ben-al-Jatib, primer ministro del rey de Granada. Habiendo llegado a la pequeña población de Agmat, se encaminó al cementerio donde reposaban Motamid y su esposa, bajo un otero cubierto de lotos. A la vista de las dos tumbas destrozadas por el abandono y el tiempo, el visir granadino

---

(1) *Abad*, t. II, pp. 66, 67.

no pudo contener sus lágrimas e improvisó estos versos:

"He venido a Agmat en cumplimiento de un penoso deber: para arrodillarme sobre tu tumba. ¡Ah! ¿Por qué no he podido conocerte en vida y cantar tu gloria? ¡Tú excedías a todos los reyes en generosidad; tú brillabas como una antorcha en la obscuridad de la noche! ¡Séame permitido, al menos, saludar respetuosamente tu tumba! La elevación del terreno la distingue de las del vulgo; habiendo sobresalido entre los demás durante tu vida, sobresales también entre los que duermen a tus pies el sueño eterno. ¡Oh, emir entre los vivos y emir entre los muertos! Nunca vieron los pasados siglos otro igual a ti, y estoy convencido de que tampoco verán los siglos futuros un rey que se te parezca" (1).

Motamid no fué ciertamente un gran monarca. Reinando sobre un pueblo enervado por el lujo y no viviendo más que para el placer, lo hubiera sido difícilmente, aunque su natural indolencia y ese amor a las cosas exteriores que constituyen la dicha y la enfermedad de los artistas no se lo hubiesen impedido. Pero ninguno atesoró en su alma tanta sensibilidad, tanta poesía. El menor acontecimiento de su vida, la menor satisfacción o el menor pesar, revestía inmediatamente para

(1) *Abad,* t. II, pp. 222, 223.

él una forma poética, y podría escribirse su biografía, o al menos su vida íntima, tan sólo con sus versos, revelaciones del corazón donde se reflejan esas alegrías y esas tristezas que el Sol o las nubes de cada día traen o se llevan consigo. Tuvo, además, la fortuna de ser el último rey indígena que representó digna, brillantemente, una nacionalidad y una cultura intelectual que sucumbieron o poco menos bajo la dominación de los bárbaros que habían invadido el país. Túvose por él una especie de predilección, como por el más joven, como por el Benjamín de esta numerosa familia de príncipes poetas que habían reinado en Andalucía. Se le echó de menos más que a ninguno, casi con exclusión de todos los demás, lo mismo que la última rosa de primavera, los últimos hermosos días de otoño, los últimos rayos del sol poniente son los que inspiran los más vivos sentimientos.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ULTIMO

NOTAS

Nota A, págs. 22 y 24.

Algunos autores suponen que Yahya murió en el año 427 de la héjira, y otros, en el 429. El relato de Ben-Hayan demuestra que la primera fecha es la verdadera. Este autor refiere las propias palabras que empleó un soldado berberisco de Carmona, Abu-'l-Fotuh—o Abu-'l-Fath—Birzeli, que figuraba entre los que fueron a Sevilla con motivo de la fiesta de los sacrificios el año 426 —es decir, en el último mes de aquel año—, soldado que, *al mes siguiente, en el de Mohárram de 427*, tomó parte en el combate que la caballería sevillana sostuvo contra Yahya a las puertas de Carmona, combate que terminó con la muerte de Yahya. No cabe por lo tanto ninguna duda respecto al año y al mes de la muerte de este príncipe; pero no podríamos señalar el día. Abd-al-Uahid dice: "Domingo, siete días después del comienzo de Mohárram—es decir, el octavo día de este mes—del año 427; pero el 8 de Mohárram del año 427 cae en miércoles y no en domingo.

Por otra parte, el relato de Ben-Hayan prue-

ba también que en vez de decir que Hixem II fué proclamado de nuevo califa en Córdoba *en el mes de Mohárram del 429,* Ben-al-Atir—*Abad,* t. II, página 34, línea 9.ª—, hubiera debido decir: en el *mes de Mohárram del 427;* porque, en vista de que Aben-Chauar consintió solamente en hacerlo porque temía ser atacado por Yahya—*Abad,* tomo I, p. 222, línea 28—, tuvo que hacerlo necesariamente antes de la muerte de este príncipe. Aben-Jaldun—*apud* Hoogvliet, p. 28; yo he corregido el texto de este pasaje en mis *Investigaciones,* t. I, de la primera edición, p. 215, en la nota—se ha equivocado gravemente al hablar del papel que Mohámed ben-Abdala desempeñó en esta época.

Nota B, pág. 78.

Aben-Jacan pretende que Ben-Abd-al-bar escribió esta carta a Motadid por orden de Mouafac Abu-'l-chaix, es decir, de Mochehid, príncipe de Denia. Pero habiendo muerto este último en el año 436 de la héjira, y habiendo ocurrido la toma de Silves en 443, o en el año siguiente, tiene que haber algún error en este aserto. La fecha de la toma de Silves no puede ser dudosa. Esta ciudad debió ser conquistada después de la toma de Niebla y de Huelva en 443—véase *Abad,* t. I, página 252, y compárese con el tomo II, p. 210—, y antes de la de Santa María en 444—véase *Abad,* tomo II, p. 210, última línea, y p. 123—. Ade-

más, Motamid, que no nació hasta el año 431, no podía mandar el ejército de su padre antes de 436, época de la muerte de Mochehid. Creo, por lo tanto, que Aben-Jacan debía de nombrar a Alí, hijo y sucesor de Mochehid, o tal vez algún otro príncipe

Nota C, pág. 86.

Los detalles esenciales de este relato se encuentran en un pasaje de Aben-Basam—*Abad*, t. I, páginas 250, 251—, donde hay dos o tres errores que corregir. Nouairi—*ibíd.*, t. II, pp. 129, 130—proporciona también buenas noticias; sólo que este cronista, sin hablar de inexactitudes de menor importancia, ha incurrido en el error de nombrar a Carmona en lugar de Ronda. Los relatos de Aben-Jaldun—*ibíd.*, t. II, pp. 210, 214, 215—me parecen confusos e inexactos, sobre todo en lo concerniente a los nombres propios y a las fechas. Consúltese también a Ben-Hayan, en mi *Introducción a la Crónica de Ben-Adari*, p. 86.

Nota D, pág. 173.

Para tratar de este período no me he servido del libro titulado *Raud al-mitar*—*Abad*, t. II, página 236 y siguientes—. Macari, que ha escrito sobre él largos extractos, parece concederle importancia porque es de un autor español; pero este español no es de los antiguos, y no hace más

que copiar a un escritor asiático. Esto es lo que resulta de comparar el artículo sobre Yusof aben-Texusin en Aben-Jalican, donde se hallan largos pasajes sacados de una biografía de Yusof, titulada *al-Morib an sirati meliki 'l-Magrib*, y que fué escrita en Mosul en 1183; porque estos pasajes figuran textualmente en el *Raud al-mitar*, por lo que es seguro que el autor de esta última obra ha copiado al escritor anónimo de Mosul. Ahora bien: cuando se trata de historia de España es preciso desconfiar casi siempre de los relatos escritos en Asia. Estos relatos, como ya he tenido ocasión de indicar en otra parte (1), ordinariamente provienen de viajeros, de mercaderes, de noticieros, y no es extraña a ellos la fantasía; antes por el contrario, suele desempeñar un gran papel. El que nos ocupa no constituye una excepción a la regla general; escrito en un lenguaje extremadamente sentencioso y que revela en el autor la pretensión de rivalizar con los antiguos sabios de Oriente, contiene muchas cosas inverosímiles en sí mismas, y de las cuales nada saben los cronistas españoles.

Nota E, pág. 187.

Las crónicas latinas, excepto el *Chronicon Lusitanum*—*Esp. Sagr.*, t. XIV, pp. 418, 419—, no entran en ningún detalle relativo a la batalla de

---

(1) *Investigaciones*, t. I, pp. 184 y sigs.

Zalaca, y entre los cronistas árabes que hablan de ella muy extensamente (1) hay pocos que merezcan entera confianza. Algunos se equivocan hasta en la fecha. La fecha verdadera, viernes 12 de Recheb de 479, se encuentra en el *Holal* —*Abad,* t. II, p. 197—y en el *Cartás*—p. 98—, donde se lee que ese día corresponde al 23 de octubre—1086—, lo que es cierto—compárese con los *Annales Complut.*, pp. 314, 315—; pero otros autores se engañan no solamente en el mes —porque le llaman Ramadán en vez de Recheb—, sino también en el año. Abd-al-uahid—pp. 93, 94—, por ejemplo, cita el año 480, y Ben-al-Cardebus—*Abad,* t. II, p. 23—consigna el año 481. Es un fenómeno muy singular, pues se trata de una batalla muy célebre, y que en Andalucía solía decirse el año de Zalaca, en vez del año 479 (2); pero el hecho es que ninguna de las crónicas que nos quedan ha sido escrita por un contemporáneo; son de los siglos XIV, XIII y todo lo más del XII, y merecen por lo tanto poca confianza. Unase a esto que en la época en que se escribieron, los retóricos se complacían en idear cartas que suponían escritas por personajes históricos. Esto no puede ser puesto en duda porque existen pruebas fehacientes. Así por ejemplo, el autor del *Holal* trae la carta que Motamid escribe a su

---

(1) *Abad,* t. II, pp. 8, 21, 23, 36-39, 134-136, 196-201; *Cartás,* p. 94-98; Abd-al-uahid, pp. 93, 94; Abu-'l-Hadchach Bayasi, *apud* Aben Jallcan, fasc. XII, pp. 16, 17.

(2) Aben-Jallcan, fasc. VII, p. 135.

hijo Raxid la noche después de la batalla. No tiene más que dos renglones—véase *Abad,* t. II, página 199—; pero el autor del *Raud al-mitar* —*ibíd.,* t. II, p. 248—la incluye también; pero ya es diferente. Una tercera carta se halla por último en Ben-al-Jatib—*ibíd.,* t. II, p. 176—, y no tiene menos de quince líneas. Es, pues, absolutamente preciso que dos de estas cartas sean de redacción moderna, y quizá lo son las tres. La prudencia aconseja, por tanto, estar prevenidos contra los pretendidos documentos oficiales que ofrecen estas crónicas; creo deber confesar que dudo de la autenticidad de la mayoría de las cartas que incluye el *Holal,* y que el boletín en que Yusof refiere la batalla de Zalaca, y que figura en el *Cartás,* me parece muy sospechoso.

Nota F, págs. 202 y 209.

Tengo que justificar la cronología adoptada en este relato. A mi juicio, Yusof llegó por segunda vez a España en la primavera del año 483 de la héjira, o sea en el 1090 de nuestra era; tres años y medio después de la batalla de Zalaca sitió a Aledo durante el verano y se apoderó de Granada en noviembre. Sin embargo, Abu-'l-Hadchach Bayasi—citado por Aben-Jalican en su artículo sobre Yusof—, el autor del *Cartás* y el del *Holal* traen otra cronología; suponen que Yusof llegó por segunda vez a España en el año 481

—1088—y que puso sitio a Aledo (1) en este año; que en el otoño regresó al Africa; que volvió a España por tercera vez el año 483—1090—, y que entonces se apoderó de Granada (2).

Contra esta opinión debo advertir primero que los autores que la han adoptado no son muy antiguos—Abu-'l-Hadchach Bayasi escribía en el siglo XIII, y el *Cartás* es del siglo XIV, lo mismo que el *Holal*—; además están muy lejos de ser siempre exactos (3); y, en fin, no están de acuerdo entre sí cuando tratan de fijar el mes. Así, el autor del *Cartás* afirma que Yusof llegó por segunda vez a España en el mes de Rebi, primero del año 481—junio de 1088—, mientras Bayasi afirma que llegó en el mes de Recheb, es decir, en septiembre u octubre.

Por otra parte, los autores más antiguos y dignos de fe, los del siglo XII, están de acuerdo en fijar el sitio de Aledo y la toma de Granada en el mismo año; es decir, en el 483—1090—. Aben-Casim de Silves, por ejemplo, que escribió una historia de Motamid muy estimada (4), historia de la cual nos ha conservado algunos fragmentos Ben-al-Abar, dice formalmente que Aledo fué si-

---

(1) *Alaet,* en Pelayo de Oviedo—c. 11—, que incluye esta ciudad entre las que conquistó Alfonso; *Halaet,* en la *Gesta Roderici.* En vez de: "Fué la batalla de Dalaedón", como se lee en los *Annal. Toled.,* I—p. 386—, creo debe leerse: "Fué la batalla de Alaedo", o bien "de Haledo".

(2) El autor del *Cartás* habla de un sitio de Toledo con este motivo; a mí me parece un grave error.

(3) Esta censura recae especialmente sobre el autor del *Cartás.*

(4) *Abad,* t. II, p. 92.

tiado por Yusof y por los príncipes andaluces en el año 483 (1). Mohamed ben-Ibrahim (2) atestigua que cuando Yusof llegó a España por segunda vez puso sitio a Aledo y se apoderó de Granada. Ben-al-Cardebus, en su *Kitab al-ictifa* (3), afirma lo mismo, y añade (4) que cuando Yusof vino por tercera vez a España corría el año 490 —1097—. A estos testimonios, seguramente muy respetables, podemos sumar el de Ben-al-Atir (5), sólo que este historiador, que escribía en Mosul, y que, por consiguiente, no estaba siempre bien informado de la historia de España, se equivoca cuando afirma que el sitio de Toledo y la toma de Granada ocurrieron un año después de la batalla de Zalaca; es decir, en 480—1087—.

En cuanto a la fecha precisa de la toma de Granada, el historiador Ben-as-Sairafi, citado por Ben-al-Jatib (6), dice que este acontecimiento ocurrió el domingo, 14 de Reched del año 483. Esta fecha suscita dos objeciones: primera, el 14 de Reched—26 de agosto—caía no en domingo, sino en jueves; en segundo lugar, es imposible que Yusof se hubiese apoderado de Granada en el

---

(1) *Abad*, t. II, p. 121—cf. 122, l. 3—.
(2) *Abad*, t. II, pp. 8 y 9.
(3) *Abad*, t. II, p. 26, l. 12. Al publicar este pasaje, yo he hecho mal en cambiar la transcripción del manuscrito, que es buena; en *algazua* debe entenderse la expedición contra Aledo.
(4) Man., fol. 162 v.
(5) *Abad*, t. II, p. 39.
(6) En sus artículos sobre Motamid—*Abad*, t. II, p. 179— y sobre Abdala aben-Bologuin.

mes de agosto, porque, habiendo llegado a España en primavera, sitió a Aledo durante cuatro meses (1), y hasta la aproximación del invierno, como asegura el autor del *Cartás*, en vez de domingo 14 de Reched creo que debería decir domingo 14 de Ramadán; esto es, 10 de noviembre. El 14 de Ramadán caía realmente en domingo el año 483, y estos dos meses son confundidos con frecuencia. Por ejemplo: muchos autores dicen que la batalla de Zalaca se dió en el mes de Ramadán de 479, siendo así que ocurrió en el mes de Reched. Podría suceder que en este tiempo se sirvieran a veces de abreviaturas para indicar los meses, y en este caso los meses de Reched y de Ramadán, que tienen la misma inicial, podrían fácilmente confundirse. Por otra parte, nada se opone al cambio que he propuesto. Bayasi y el autor del *Cartás* dicen que Yusof se reembarcó antes del fin del Ramadán, o sea antes del 26 de noviembre. Sin embargo, en el espacio de diez y seis días pudo fácilmente recibir la visita de los príncipes andaluces y hacer el viaje de Granada a Algeciras.

---

(1) *Cartás*, p. 99. El autor del *Holal* dice: durante un mes; pero como se quería rendir por hambre a los sitiados y hasta cierto punto se consiguió, el sitio debió durar mucho más tiempo.

FIN DE LAS NOTAS DEL CUARTO TOMO

CRONOLOGIA

DE LOS

PRÍNCIPES MUSULMANES DEL SIGLO X

SEVILLA. LOS BENI-ABAD

Abu-'l-Casim Mohámed ben-Ismael (el cadí), 1023-1042.

Abu-Amr Abad aben-Mohámed, *Motadid*, 1042-1069.

Abu-'l-Casim Mohámed ben-Abad, *Motamid*, 1069-1091.

CORDOBA. LOS BENI-CHAUAR

Abu-'l-Hazm Chahuar aben-Mohámed aben-Chahuar, 1031-1043.

Abu-'l-Ualid Mohámed aben-Chahuar, 1043-1064.

Abdalmelic, 1064-1070.

Córdoba queda anexionada al reino de Sevilla.

GRANADA. LOS BENI-ZIRI

Zaui aben-Ziri, hasta 1019.

Habus, 1019-1038.

Badis, 1038-1073.

Abdala, 1073-1090.

LOS HAMUDITAS DE MALAGA

Hamud.

Alí el califa.

Yahya el califa.		Idris I (1).
Idris II (4 y 7).	Hasan (3).	Yahya (2).
	Yahya.	Mohámed I (5).
		Hasan Mohámed II (8)
		Idris III (6).

1. Idris I, 1035-1039.
2. Yahya, hijo de Idris I, 1039.
3. Hasan, hijo del califa Yahya ben-Alí, 1039-1041.

El eslavo Nacha, 1041-1043.

4. Idris II, 1043-1047.
5. Mohámed I, hijo segundo de Idris I, 1047-1053.
6. Idris III, 1053.
7 Idris II, por segunda vez, 1053-1055.
8. Mohámed II, cuarto hijo de Idris I, 1055-1057.

Málaga queda anexionada al reino de Granada.

LOS HAMUDITAS DE ALGECIRAS

Mohámed, hijo del califa Casim ben-Amud, 1035-1048 (9).

Casim, hijo suyo, 1048 (9)-1058.

Algeciras queda anexionada al reino de Sevilla.

CARMONA. LOS BENI-BIRZEL

Según Aben-Jaldun—*Abad*, t. II, p. 216—, la lista de estos príncipes sería:

Ishac.

Abdala, hijo suyo.

Mohámed ben-Abdala, hasta 1042 (3).

Al-Aziz Mostadir, 1042 (3)-1067.

Según Ben-Hayan—*apud* Aben-Basam, t. I, folio 78 r.—, Ben-Abdala—es decir, Mohámed ben-Abdala—gobernaba en Carmona en la época en que Hixem III reinaba en Córdoba—1029-1031—, y a creer al mismo autor—*ibíd.*, fol. 109 r.—, que merece mucha más confianza que Aben-Jaldun, Mohámed ben-Abdala tuvo por sucesor a Ishac, hijo suyo que reinaba en 1050.

Parece que Ben-al-Abar—en mis *Investigaciones*, t. I, p. 286 de la primera edición—se engaña cuando dice que Mohámed ben-Abdala vivía aún en 1051.

RONDA

Abu-Nur aben-Abi-Corra, 1014-(5)-1053.

Abu-Nasr, hijo suyo, 1053.

Ronda es anexionada al reino de Sevilla.

MORON

Nuh, 1013 (4)-1041 (2).

Abu-Menad Mohámed, hijo suyo, 1041 (2)-1053.

Morón es anexionado al reino de Sevilla.

ARCOS

Aben-Jazrun, hasta 1053.
Arcos es anexionado al reino de Sevilla.

HUELVA. LOS BECRITAS

Abu-Zaid Mohámed ben-Ayub, desde 1011-(2).
Abu-'l-Mosab Abdalaziz, hasta 1051.
Huelva queda anexionada al reino de Sevilla.

NIEBLA. LOS BENI-YAHYA

Abu-'l-Abas Ahmed aben-Yahya Yahsobi, 1023-1041-(2).
Mohámed, hermano suyo.
Fath aben-Jalaf aben-Yahya, sobrino de los precedentes, hasta 1051.
Niebla es anexionada al reino de Sevilla.

Ben-al-Abar—en mis *Investigaciones*, t. I, p. 287 de la primera ed.—da al último príncipe de Niebla los nombres de Yahya ben-Ahmed aben-Yahya. He creído deber atenerme a Aben-Jaldun—*Abad*, tomo II, p. 211—. Ben-Hayan—*apud* Aben-Basam, t. I, fol. 108 v.—le llama Fath aben-Yahya.

SILVES. LOS BENI-MOZAIN

Abu-Becr Mohámed aben-Said aben Mozain, 1028-1050.
Abu-'l-Asbag Isa, hasta 1051 (2).
Silves es anexionado al reino de Sevilla.

SANTA MARIA DE ALGARVE

Abu-Otman Said ben-Harun, 1016-1043.
Mohámed, hijo suyo, 1043-1052.
Santa María es anexionada al reino de Sevilla.

MERTOLA

Aben-Taifur, hasta 1044.
Mertola es anexionada al reino de Sevilla.

BADAJOZ

Sabur.
A continuación los Aftasidas:
Abu-Mohámed Abdala aben-Mohámed aben-Masdama, *Almanzor I.*
Abu-Becr Mohámed, *Modafar*, hasta 1068.
Yahya, *Almanzor II.*
Omar, *Motauakil*, hasta 1094.

TOLEDO

Yaix aben-Mohámed aben-Yaix, hasta 1036.
A continuación, los Beni-Di-'n-nun:
Ismael *Dafir*, 1036-1038.
Abu-'l-Hasan Yahya *Mamun*, 1038-1075.
Yahya ben-Ismael ben-Yahya *Cadir*, 1075-1085.

ZARAGOZA

Mondir aben-Yahya el Tochibita (*), hasta 1039.

A continuación, los Beni-Hud:

Abu-Ayub Solimán aben-Mohámed *Mostain I*, 1039-1046-(7).

Amed *Moctadir*, 1046 (7)-1081.

Yusof *Mutamin*, 1081-1085.

Ahmed *Mostain II*, 1085-1110

Abdalmelic Imad-ad-daula, 1110.

LA SAHLA—SU CAPITAL, ALBARRACIN LOS BENI-RAZIN

Abu-Mohámed Hodail I aben-Jalaf aben-Lope. Aben-Razin, desde 1011.

Abu-Meruan Abdalmelic I aben-Jalaf, hermano suyo.

Abu-Mohámed Hodail II Iz-ad-daula, hijo del anterior.

Abu-Meruan Abdalmelic II Hosam-ad-daula, hasta 1103.

Yahya.

(*) Un relato muy circunstanciado de Ben-Hayan—*apud* Aben-Basam, t. I, fol. 47 r. y v.—demuestra que he tenido razón al decir en mis *Investigaciones*—t. I, apéndice núm. 17—que no hubo en Zaragoza más que un solo rey de esta familia, esto es, Mondir, y que a este príncipe, y *no* su *hijo*, fué a quien asesinaron en 1039.

ALPUENTE. LOS BENI-CASIM

Abdala I aben-Casim el Fihrita.
Nidam-ad-daula, hasta 1030.
Mohámed Iomn-ad-daula.
Ahmed adod-ad-daula, hasta 1048 (9).
Abdala II Chana-ad-daula, hermano del anterior, 1048 (9)-1092.

VALENCIA

Los eslavos Mobarac y Modafar.
El eslavo Lebib, señor de Tortosa.
Abdalaziz *Almanzor*, 1021-1061.
Abdalmelic *Modafar*, 1061-1065.
Valencia se une al reino de Toledo.
Mamun—de Toledo—, 1065-1075.
Valencia se separa de Toledo.
Abu-Becr ben-Abdalaziz, 1075-1085.
El cadí Otman, hijo suyo, 1085.
Cadir—ex rey de Toledo—, 1085-1092.
Valencia se convierte en república bajo la presidencia de Aben-Chahaf, 1092-1094.

DENIA

Abu-'l-chaix Mocheid Mouafac, hasta 1044 (5).
Alí Icbal-ad-daula, 1044 (5)-1076.
Es destronado por Moctadir de Zaragoza.
Unión de Denia al reino de Zaragoza.
Moctadir—de Zaragoza—, 1076-1081.

Moctadir divide sus Estados entre sus dos hijos; al que se llamaba el *hachib* Mondir le corresponden Lérida, Tortosa y Denia.

El *hachib* Mondir, 1081-1091.

MURCIA

Jairan—de Almería—, 1016 (7)-1028.

Zohair—de Almería—, 1028-1038.

Abdalaziz *Almanzor*—de Valencia—, 1038-1061.

Abdalmelic *Modafar*—de Valencia—, 1061-1065.

Durante el reinado de estos tres príncipes fué gobernador de Murcia Abu-Becr Ahmed *aben-Tair*. Muere en 1063.

Su hijo Abu-Abderrahman Mohámed le sucede, 1063-1078.

Motamid—de Sevilla—.

Ben-Amar.

Aben-Raxic, hasta 1090.

ALMERIA

Jairan, hasta 1028.

Zoair, 1028-1038.

Abdalaziz *Almanzor*—de Valencia—, 1038-1041.

A continuación, los Beni Somadi.

Abu-'l-Ahuas Man, 1041-1051.

Mohámed Motacim, 1051-1091.

Iz-ad-daula, 1091.

FIN DE LA CRONOLOGIA

LISTA

DE LAS OBRAS IMPRESAS Y MANUSCRITAS DE QUE SE HA SERVIDO EL AUTOR (1)

Abad: *Scriptorum arabum loci de Abbadidis*, editi a R. Dozy. Leyde, 1846.

Abd-al-uahid: *Historia de los almohades*, etc. Editi R. Dozy. Leyde, 1847.

Abu-Ismael al-Basri: *Fotuh as-Xam*, ed. Lees, Calcuta, 1854, en la Biblioteca Indica.

Abu-'l-mahasin: *Annales*, ed. Juynboll. Leyde, 1852 y sig.

Agani: *Alii Ispahaensis Liber Cantilenarum magnus*, ed. Kosegarten. Greifswalde, 1840.

Ahmed ben-Abi-Yacub: *Kitab al-Boldan*, man. de M. Muchlinski, de San Petersburgo. M. Juynboll, hijo, acaba de publicar una edición de esta obra.

Ajbar machmua, man. de París, núm. 706. Véase mi *Introducción* a la crónica de Ben-Adari, páginas 10-12. Poseo una copia de este manuscrito.

---

(1) He creído que debía incluir esta lista, porque he citado mis documentos de un modo muy sucinto, y muchos de ellos figuran en mis colecciones. No nombro aquí los libros que no he citado más que una o dos veces, porque he tenido cuidado, en el curso de la obra, de indicar la edición o el número cuando se trataba de manuscritos.

Alvaro: *Vita Eulogii*, en la *Esp. Sagr.*, t. X; *Epistolae Indiculus luminosus*, en la misma obra, tomo XI.

Annales Complutenses, en la *Esp. Sagr.*, tomo XXIII.

Annales Compostellani, en la *Esp. Sagr.*, tomo XXIII.

Annales Toledanos, en la *Esp. Sagr.*, t. XXIII.

Arib: *Historia de Africa y de España, titulada al-Bayano 'l-mogrib*, por Ben-Adari—de Marruecos—, y fragmentos de la *Crónica de Arib*, publicada por R. Dozy. Leyde, 1848 y sig.

Berganza: *Antigüedades de España*. Madrid, 1719.

Said de Toledo: *Extracto de su Tabacat al-oman*, man. de Leyde, núm. 159.

Cartás: *Annales regum Mauritaniae ab Abu-l-Hasan Alí ben-Abdala ben-Abi-Zer Fesano conscripti*, ed. Tornberg. Upsal, 1846.

Cazuini: *Cosmografía*, ed. Wustenfeld. Goettingue, 1848.

Xahrastani: *Historia de las sectas*, ed. Cureton. Londres, 1842.

Chronicon Adefonsi Imperatoris, en la *España Sagrada*, t. XXI.

Chronicon Albeldensi, en la *Esp. Sagr.*, t. XIII.

Chronicon Burgense, en la *Esp. Sagr.*, t. XXIII.

Chronicon de Cardeña, en la *Esp. Sagr.*, t. XXIII.

Chronicon Complutense, en la *Esp. Sagr.*, t. XXIII.

Chronicon Compostellanum, en la *España Sagrada*, t. XXIII.

Chronicon Conimbricense, en la *España Sagrada*, tomo XXIII.

Chronicon Iriense, en la *Esp. Sagr.*, t. XX.

Chronicon Lusitanum, en la *Esp. Sagr.*, t. XIV.

Edrisi: *Geografía*, traducida por Jaubert.

España Sagrada, por Flórez, Risco, etc. Segunda edición. Madrid, 1754-1850, 47 vol.

Eulogio. Sus obras se encuentran en Schot, *Hispaña Ilustrada*, t. IV.

Fakiri: *Historia de la Meca*, man. de Leyde, número 463. Véase mi catálogo, t. II, p. 170.

Hamasa: *Hamasae Carmina*, ed. Freytag. Bonn, 1828.

Historia Compostellana, en la *Esp. Sagr.*, t. XX.

Holal: *Historia de Marruecos*, man. de Leyde, número 24. Compárese con *Abad*, t. II, pp. 182 y siguientes.

Homaidi: *Diccionario Biográfico*, man. de Oxford, Hunt 464.

Ben-abi-Osaibia: *Historia de los médicos*. He hecho copiar el capítulo relativo a los médicos árabe-españoles del man. de París, núm. 673 suppl. ar., y M. Wright ha tenido la bondad de anotar al margen de esta copia las variantes de los dos man. de Oxford, Hunt 171 y Pocok 356.

Ben-Adari. Véase Arib.

Ben-al-Abar, en mis *Noticias sobre algunos manuscritos árabes*. Leyde, 1847-1851.

Ben-al-Atir, man. de París. M. Tornberg ha tenido la bondad de prestarme su copia.

Ben-al-Cutia, man. de París, núm. 706. Véase mi

Introducción a la Crónica de Ben-Adari, páginas 28-30. Poseo una copia de este manuscrito.

Ben-al-Jatib: *al-Ihata fi tariji Garnata*, y el Compendio de esta obra: *Marcaz al-Ihata bi-odabai Garnata*. B. man. de Berlín; E. man. de El Escorial—muchos artículos de este manuscrito me los ha copiado M. Simonet—; G. man. de M. de Gayangos; P. man. de París. Véase *Abad*, t. II, páginas 169-172, y mis *Investigaciones*, t. I, páginas 293, 294.

Aben-Badrun: *Comentario histórico sobre el poema de Ben-Abdun*, publ. por R. Dozy. Leyde, 1846.

Aben-Basam: *Dajira*, t. I. M. Julio Mohl posee este volumen y ha tenido la bondad de prestármelo. Este manuscrito pertenece al mismo ejemplar que el tercer volumen, que se halla en Gotha. T. II, man. de Oxford, núm. 749 del Catálogo de Uri. T. III, man. de Gotha, núm. 266. M. de Gayangos posee también un manuscrito de este volumen, del cual M. Wright me ha hecho el obsequio de coleccionar para mí los pasajes de Ben-Hayan citados por Aben-Basam. Respecto a Aben-Basam y a su Dajiri, véanse *Abad*, t. I, pp. 189 y sig., y el *Journal Asiat.*, febrero-marzo 1861.

Aben-Batuta: *Viajes*, ed. Defrémery y Sanguinetti. París, 1853 y sig.

Aben-Cotaiba, ed. Wustenfeld. Goettingue, 1850.

Ben-Habib. Véase Tarij.

Ben-Hayan, man. de Oxford, vol. 509; Catál. de

Nicoll, núm. 137. La copia que poseo de este manuscrito fué hecha para mí tomándola de la de M. Wright. Véase también Aben-Basam.

Ben-Hazm: *Tratado de las religiones,* man. de Leyde, núm. 480. *Tratado del amor,* man. de Leyde, núm. 927.

Aben-Jacan: *Matmah,* man. de Londres y de San Petersburgo. Calayid, man. de Leyde, números 306 y 35.

Aben-Jaldun: *Prolegómenos,* ed. Quatremère, en las *Noticias y extractos de los manuscritos de la Biblioteca imperial,* t. XVI, XVII y XVIII. Tomo II—Historia de los Omeyas de Oriente—, man. de Leyde, núm. 1.350, t. II. Tomo IV—Historia de España—, man. de París, núm. 742-4, suppl. ar., y de Leyde, núm. 1.350, t. IV. *Historia de los bereberes,* ed. de Slane, traducción francesa del mismo.

Istajri: *Liber Climatum, ad similitudinem Cod.* Gothani exprinendum curavit Moeller. Gotha, 1839.

Idacio Chronicon, en la *Esp. Sagr.,* t. IV.

Isidoro de Beja, en la *Esp. Sagr.,* t. VIII. Compárese con mis *Investigaciones,* t. I, pp. 2 y sig.

Isidoro de Sevilla: *Historia Gothorum,* en la *España Sagrada,* t. VI.

Joxani: *Historia de los cadíes de Córdoba,* manuscrito de Oxford, núm. 127 del Catálogo de Nicoll. Poseo una copia de este manuscrito.

Llorente: *Noticias de las tres Provincias Vascongadas.* Madrid, 1806.

Lucas de Túy: *Chronicon mundi*, en Schot, *España Ilustrada*, t. IV.

Macari: *Analectas sobre la historia y la literatura de los árabes en España*, por al-Makari publicado por MM. Dozy, Dugat, Krehl y Wright. Leyde, 1855-61.

Manuscrito de Meyá, en las *Memorias* de la Academia de la Historia, t. IV.

Masudi: *Moruj ad-deheb*, man. de Leyde, números 127 y 537 *d.*

Mobarrad: *Camil*, man. de Leyde, núm. 587. Véase mi Catálogo, t. I, pp. 204, 205.

Mon. Sil.: *Monachi Silensis Chronicon*, en la *España Sagrada*, t. XVII.

Nauaui: *Diccionario biográfico*, ed. Wustenfeld Goettingue, 1842-47.

Noticias sobre algunos manuscritos árabes, po R. Dozy. Leyde, 1847-51.

Nouairi: *Historia de España.* Cito las páginas de man. de Leyde, núm. 2 *h.*; pero he confrontad cuidadosamente el man. de París, núm. 645, qu es mucho mejor y llena muchas lagunas.

Paulo Emeritense: *De vita P. P. Emeritensium* en la *Esp. Sagr.*, t. XIII.

Pelagio de Oviedo, en la *Esp. Sagr.*, t. XIV.

Raihan al-albab, man. de Leyde, núm. 145. Véa mi Catálogo, t. I, pp. 268, 269.

Razi, traducción española. *Crónica del Moro Rasis*, en las *Memorias* de la Academia de la Historia, t. VIII. Compárese con mi Introducción la *Crónica de Ben-Adari*, pp. 24, 25.

Investigaciones sobre la historia y la literatura de España durante la Edad Media, por R. Dozy. Primera edición, Leyde, 1849. Segunda edición, Leyde, 1860.

Rodrigo de Toledo: *De rebus Hispanicis*, en Schot, *España Ilustrada*, t. II. La mejor edición de su *Historia Arabum* se encuentra en Elmacini, *Historia Saracénica*, ed. Erpenius.

Sampiro: *Chronicon*, en la *Esp. Sagr.*, t. XIV.

Samson: *Apologeticus*, en la *Esp. Sagr.*, t. XI.

Sebastián: *Sebastiani Chronicon*, en la *España Sagrada*, t. XIII.

Sota: *Chronica de los príncipes de Asturias y Cantabria*. Madrid, 1681.

Tabari: *Annales*, ed. Kosegarten.

Tarij ben-Habib, man. de Oxford, Catálogo de Nicoll, núm. 127. Compárese con mis *Investigaciones*, t. I, pp. 32 y sig.

Vita Beatae Virginis Argenteae, en la *España Sagrada*, t. X.

Vita Johannis Gorziensis, en Pertz, *Monumenta Germaniae*, t. IV de los Escritores.

FIN DE LA LISTA

INDICE DEL TOMO IV